

Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

La Ciudad contra el fin del mundo

La política y lo urbano en la globalización.

Una mirada desde México.

Ensayo para obtener el título de

Licenciado en Ciencias Políticas y Administración Pública

Presenta: Inti Muñoz Santini

Asesor: Adolfo Gilly

México, D.F., Ciudad Universitaria, mayo de 2013.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Laura y Pepe.

A Vannesa.

A mi hermano León.

A mis abuelos (†): Paz, Carmen, José y Armando.

A la memoria de Ginna Santini, Rita Guerrero, Carlos Monsiváis y Carlos Montemayor.

Porque aún resuena aquí su voz.

ÍNDICE

Agradecimientos	9
Introducción	13

CAPÍTULO 1

LAS CIUDAD Y SUS COORDENADAS PLANETARIAS

1.1 Juárez, Detroit. Lo urbano en el siglo XXI y a través del tiempo ..	21
1.2 Otro Mundo. La dimensión política del planeta urbano.....	32
1.3 La Historia aún no termina	39
1.4 La herencia neoliberal y la reinención del miedo.....	44
1.5 El eslabón más débil	49

CAPÍTULO 2

DE LAS COORDENADAS MEXICANAS

2.1 Las grietas que nos separan	53
2.2 Sobre nuestro subdesarrollo	57
2.3 ¿Qué reformas necesita México?	64
2.4 La política y nuestro barco	67
2.5 Apuntes emergentes sobre el presente y el regreso del PRI	
2.5.1 De la <i>#PrimaveraMexicana</i> y la agenda del porvenir.....	71
2.5.2 Entre el viejo régimen y otro futuro posible	75

CAPITULO 3

LAS COORDENADAS DE UNA CIUDAD INTERMINABLE

3.1 La ciudad sujeto.....	81
3.2 El 68 entre nosotros. Saber desobedecer	85
3.3 Acuérdate de ayer. La estela del CEU	87
3.4 Relato de una ciudad transformadora	93
3.5 El discurso en la política urbana. La visión de los gobernantes de la Ciudad de México.....	101

CAPÍTULO 4

LAS COORDENADAS DEL FUTURO.

4.1 Al futuro en bicicleta	111
4.2 El espacio público es primero	115
4.3 Del espacio público, la ciudadanía reconstituida y la sociedad en red	118
4.4 Educar y hacer ciudad en la marea global.	128
4.5 Sobre el valor de la discrepancia.....	131
4.6 ¿Cómo es la ciudad del futuro?	134
Bibliografía y fuentes.....	141

Agradecimientos

El presente trabajo ha tenido como punto de partida el apoyo, la generosidad, las enseñanzas y las observaciones críticas de muchísimas personas a las que aprecio. La lista es larga y corro el riesgo de no mencionar a algunas de ellas; sin embargo, haré un esfuerzo para relatar el proceso...

Laura Santini y José Manuel Muñoz, mis padres, fueron muchas veces los primeros examinadores de ideas y textos que luego se incorporarían en este ensayo. Su experimentado conocimiento en asuntos de educación, tecnología, desarrollo económico, sociedad y política, siempre me ha guiado. Mi agradecimiento y amor para ellos es infinito.

Vannesa Bohórquez, mi amada compañera, fue también lectora primaria y crítica tenaz –desde la óptica del arte, la cultura y la complicidad- de múltiples conceptos y temas que se fueron hilando lo largo del tiempo y la escritura. Sin el bello privilegio de su paciencia, cariño y solidaridad permanentes, nada me sería posible en la vida.

A Viétnika Batres le debo el haberme animado a escribir sistemáticamente sobre los temas que aquí se abordan. De ahí surgió la columna quincenal *Caos beat*, que durante más de un año se publicó en el portal web de la revista Emequis -dirigido por Viétnika- y en la que tuve la oportunidad de aventurar reflexiones que, al tiempo, serían integradas en este ensayo.

Ernesto León Alba, Rodian Rangel y Oliver Bárcenas, jóvenes científicos sociales y compañeros míos de mil batallas, siempre me brindaron valiosas opiniones y orientaciones en los procedimientos y las bibliografías, en los enfoques y los esquemas académicos. Mi estimado compañero de trabajo y amigo Juan Carlos González fue siempre un soporte solidario en la logística, la búsqueda de libros y las dificultades cotidianas. Con Omar Aguilar compartí varias veces la tarea organizativa del tiempo que debemos implementar quienes estudiamos y trabajamos.

Una buena parte de lo que aquí se dice hubiera sido impensable sin las largas y casi cotidianas conversaciones sobre la ciudad, el país y el mundo que desde hace algunos años he tenido la posibilidad de sostener -a propósito de la pasión y la responsabilidad compartidas en torno al Centro Histórico de la Ciudad de México- con Alejandra Moreno Toscano y Guillermo Tovar de Teresa; misma importancia que para ello han tenido las reflexiones permanentes, sobre la política en general, que durante largo tiempo he podido entablar con Salvador Martínez Della Rocca *El Pino*, Pablo Gómez, Ricardo Bautista, Sandra Ortega, Mara Robles y Argel Gómez.

Cuando tomó forma el propósito de escribir un ensayo que conformara un análisis de ciencia política sobre la relación de lo urbano y lo político en la actualidad mundial y mexicana, tuve como referente los trabajos sobre metodología, historia de México, historia mundial, teoría política y análisis político que realicé en mi Facultad de la mano de profesores como Rosa María Lince Campillo, Rosa María Mirón Lince, Rosa María Olvera y Luis Alberto de la Garza.

Cuando ya existían algunos borradores y debía darme a la tarea de estructurarlos para dar pie a un trabajo con valor académico, tuve el invaluable privilegio de reencontrarme con mi maestro más importante y querido, entrañable amigo, compañero de la universidad y la política desde mi adolescencia: Adolfo Gilly. Alguna vez conversamos sobre la idea que para entonces se tejía más claramente: una reflexión sobre el papel de la ciudad en la globalización partiendo del análisis de la tensión entre el valor de uso y el valor de cambio como factores determinantes de la transformación urbana y, a su vez, del papel transformador de las ciudades. Adolfo fue entonces el riguroso y paciente tutor de este ensayo y a él le debo que haya adquirido forma y lógica, una crucial organización de sus líneas conceptuales y el agregado de un conjunto de autores sin cuya lectura y análisis el resultado hubiera sido incompleto. No puedo pasar por alto que Tessa Brissac fue también parte de la empresa al acompañarnos, conversar y, junto a Adolfo, recibirme generosamente en su casa para trabajar.

Mi querida amiga Paula López Caballero fue una implacable revisora de la versión casi final del trabajo. Sus observaciones me llevaron a agregar puentes, reforzar ideas, corregir sobrantes y a buscar siempre la visualización de una estructura racional en el texto.

En el resultado final fue determinante y enriquecedora la evaluación académica formal que de la última versión del escrito hicieron el propio Adolfo Gilly y los sinodales designados por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales: los entrañables investigadores Alicia Ziccardi y Segio Zermeño y los brillantes académicos Leticia Santín y Roberto Mellado. Sus comentarios y planteamientos produjeron algunos ajustes esenciales antes de ir a la imprenta.

De manera especial debo agradecer a todas las personas de las que he aprendido y aprendo, más allá del acuerdo y el desacuerdo, a través del tiempo, la cercanía y la distancia (en la vida, en la amistad, en las aulas, en los valores y principios, en las batallas compartidas y/o en el debate de las ideas). A algunos de ellos me permito reiterarlos:

Adolfo Gilly, Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, Salvador Martínez Della Rocca, Carlos Monsiváis (†), Pablo Gómez, Alejandra Moreno Toscano, Guillermo Tovar de Teresa, Imanol Ordorika, Carlos Montemayor (†), Marcelo Ebrard, Carlos Payán, Elena Poniatowska, Marco Rascón, Octavio Rodríguez Araujo, Javier González Garza, Paco Ignacio Taibo II, Rosario Ibarra, Miguel Ángel Granados Chapa (†), Andrés Manuel López Obrador, Luis Javier Garrido (†), Raúl Álvarez Garín, Carmen Lira, Rafael Barajas, Alfredo López Austin, Alejandro Encinas, Juan Brom (†), Saúl Escobar, Antonio Santos, Carlos Imaz, Julio Boltvinik, Ifigenia Martínez, Manuel Camacho, Alfonso Ramírez Cuéllar, Alejandro Aura (†), Rogelio Luna, Jaime García Chávez, Víctor Orozco, Selma Beraud, Druso Ponce, Elba Gómez (†), Fernando Talavera, Magda Gómez, Jordi Borja, Alicia Ziccardi, Sergio Zermeño, Paloma Saiz; las y los Integrantes del EZLN; Isabel Careaga, Carlos González, Marcela Valadéz, Urania Cano, Araceli Llaguno, Óscar López, José Flores Flores (†), Florentino Maya (†); las y los profesores del CEPPSTUNAM, de la Secundaria 29, del CCH Sur, de la Facultad de Ingeniería y la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Gerardo Unzueta, Ricardo García Sáinz, Raymundo Sánchez Barraza, Marta Lamas, Elvira Concheiro, Arnoldo Martínez Verdugo (†), Arnaldo Córdova, Jenaro Villamil, Porfirio Encino (†), Adolfo Sánchez Vazquez, Bolfy Cottom, Héctor Díaz Polanco, Conrado Tostado, Carmen Boullosa, Eduardo Vázquez, Esther Orozco, Armando Ramírez, Federico Campbell Quiroz, Edur Velasco, Jordi Soler, Felipe Leal, Porfirio Muñoz Ledo, Victor Hugo Rascón Banda (†), Carlos Rodríguez A. (†), Leticia Bonifaz, Gerardo Estrada, Francisco López Morales, Higinio Muñoz (†), Adriana Luna Parra, Patricia Ruíz Anchondo, Carlota Botey, Miguel Ángel Mancera, Alejandro Álvarez B., Marcela Lagarde, María Emilia Caballero, Luis Gómez, Cecilia Loría (†), Luis Alberto Alvarado (†), José Antonio Rojas Loa, Adriana Corona, Antonio Helguera, Félix Hernández Gamundi, Rosaura Ruíz, José Narro, Juan Ramón de la Fuente, Eduardo Matos, Javier Corral, Enrique Semo, Jorge Legorreta (†), Tessa Brissac, Socorro Valadéz, Toño Lee, Superbarrio Gómez, Armando Ponce, Guillermo González G. (†), José Alfonso Suárez del Real, Lucina Jiménez, Raúl Jardón, Pablo Salazar, Leonardo López Luján, Mireya Imaz, Claudia Sheinbaum, Raquel Sosa, Tere Incháustegui, María Rojo, Eduardo del Río, Nuria Sanz, Benito Taibo, Alejandro Brito, Mercedes Osuna, Leonel Godoy, Juan Guerra, Leonel Durán, Elena Gallegos, Blanche Petrich, Georgina Saldierna, Carlos González G., Federico González, Alberto Mucio, Marcelo Nava, José Luis Cruz, Ángel Navarrete (†), Jorge Abásolo, Martí Batres, María Esther Ibarra, Alfonso Revilla, Georgina Rangel, Rocío Bolaños, Francisco Vidargas, José Luis Medina, Rafael Flores, Andrés Blaisten, Ricardo Pérez Escamilla (†), Marcela Fernández Violante, José Hernández, Luis Guerrero, Eugenia Loaeza, Ignacio Rodríguez, Guadalupe Loaeza, Jaime Ortiz Lajous, César Moheno, Santiago López de Medrano, Edgar Amador, Arturo Herrera, Vidal Llerenas, Federico Belmont, Maricela Contreras, Esperanza Rascón, Froylán Rascón, Agustín Salgado (†), Raúl Delgado, René Cervera, Héctor Serrano, Pepe Ávila, Carlos Mckinlay, Víctor Ugalde, Emilio Barriga, Moisés Rosas, Eugenia León, Jesusa Rodríguez, Pilar Muriedas, Carlos Navarrete, Daniel Giménez Cacho, Rosa Icela Rodríguez, Bruno Bichir, Guillermo Osorno, Diego Osorno, Hilda Trujillo, Paloma Porraz, Rocío Bárcenas, Alfredo Velarde, Giomar Rovira, Gloria Torres.

A mis amigos y compañeros de la vida, les agradezco con el corazón cada momento compartido y siempre aprendido:

Rita Guerrero (†), Paula López Caballero, Alejandro Ledezma, Gabriel Rodríguez, Ricardo Bautista, Argel Gómez, Sandra Ortega, Agustín Martínez, Jorge Mercado, Fernando Gaspar, Yuriria del Valle, Laura Reboloso, Benjamín González, Andrea González, Mara Robles, Federico Álvarez, Víctor Monterrubio, Arturo Paredes, Poncho Bautista, Trilce, Violeta, Nashrú y Emiliano López Rascón; Arturo Martínez, Eduardo Bohórquez, Paola Córdova, Sara Schulz, Lucía López de Medrano, Iria Gómez, Livia Barba, Fernando Belaunzarán, Ruth Orozco, Jesús Ramírez Cuevas, Adolfo Llubere, Claudia Sanginés, José Paredes Pacho, Alma Maldonado, Fabrizio Mejía, Alfonso Figueroa, Carolina Consejo, Abril Alzaga, Juan Alberto Ruíz, Rodrigo Figueroa, Federico Bonasso, Onel Ortiz, Sandino Luna, Araceli Murillo, Juan Carlos González, Santiago Behm, Leonardo Soqui, Alejandra Frausto, Phillipe Olé, Brenda Arenas, Iris Sosa, Iván Nuñez (†), Tonatiuh Díaz, Claude Rioux, Bernardo Bolaños, Ángeles Curioca, Carlos Curioca (†), Federico Campbell Peña, Carlos Martínez Rentería, Iván Mendoza, Ernesto León y Karla Alba, Marjorie González, Inti Cordera, Mariana Cordera, Ximena Moreno, Fernando Serrano, Nadia González, Hugo Gómez, María del Valle, Sayri Karp, César Gómez, Alexis Forcada, Mariana Elkisch, Carolina Romero, Francisco Arciniega, Carlos Cervantes, Mauricio Rodríguez, Amaru Alva, Gabriel Mendoza, Fernando Gálvez, Sergio Beltrán, Líber e Inti Terán, Tatiana y Mariana Fiordelicio, Ricardo Ward, Iñigo Martínez, Omar Aguilar, Enrique Villa Brooks, Anabelí Contreras, Javier Lara, Oliver Bárcenas, Julieta Rodríguez, Ayní Ruiz, Ernesto Alvarado, Rodian Rangel, Christian Tenorio, Luciano Matus, Jesús Rodríguez Loría, Heráclito Bojórquez, Ylenia Escogido, Noemí Ramón, Manuel Tlatoani González, Oscar Moreno, Antonio Calera, Santiago Chávez, Aarón y Gustavo Santamaría, Ana y Maite Reyes Retana, Mariel Ordoñez, Roberto López, Viétnika Batres, Sergio Soto, Erik y Simitrio Castañeda, Shijune Takeda, Carlos Cuevas, Rodrigo Espinosa, Juan Pablo Bastarrachea, Itari Marta, Carlos Sosa, Abraham García, Raúl Flores, Roberto Victoria, Alberto Martínez, Luis David Suárez, Gabriel Sánchez, Laila Saab, Alejandra Fregoso, Oliver Schneider, Ricardo y Teresa Rodríguez de la Vega (y fam.), Nadia González, Norma Ortega, René y Hernán Crespo, Jocelyn Pantoja, Juan José García, Enrique Pineda, Cuauhtemoc Cárdenas Batel, Nuri Escudero, Amaranta Sánchez, Bernardo Hernández, Rosaura Martínez, Raúl Cárdenas, Vania Policanti, Sándalo Gálvez, Rodrigo y Lisandro Marcó del Pont, Ernesto Armendáriz, Marco Velázquez, Carlos Bedolla, Claudio Ruz, Juan Carlos Flores, Carlos Chávez, Alex Otaola, Lino Nava, Julieta Venegas, Rocko, Panteón Rococó, Francisco Barrios, Armando Vega Gil, Rebeca Consejo, Margarita Campuzano, Pavel Granados, Citlalli Flores, Santiago Álvarez, Fernando Lobo, Pablo Enríquez, Iris Infante, Mónica Arrieta, Leobardo Anaya, Yuriria Álvarez, Michelle San Chimés, Agustín y León Ávila, Rafael Rodríguez, Ana Venus Cueva, Jesús García Roiz, Edgar Castelán, Ilana Boltvinik, Mariana Rodríguez, Pablo Lach, Juan Sebastián Lach. A todos los integrantes de la Caravana Universitaria Ricardo Pozas. A mis compañeras y compañeros del Fideicomiso Centro Histórico de la Ciudad de México.

Doy también gracias y dedico este trabajo todos los integrantes de las familias Muñoz, Santini, Villar y Villalobos. A Javi, Jorge y Héctor. A Mague, Sabina y Ernesto; a Carmelita, Pedro, Piti, Ricardo y César. A Armando, Lucy e hijos. A Pupa, Carlos, Cristina y Miriam. A mis queridos suegros Adolfo Bohórquez y Carmen López.

La Ciudad contra el fin del mundo

La política y lo urbano en la globalización. Una mirada desde México.

Inti Muñoz Santini

Introducción

El planeta que habitamos se ha tornado, por primera vez en la historia, mayoritariamente urbano. Hace tiempo que esta metamorfosis se veía venir y es muy posible que ya no se detenga: si hacia el año 1900 casi nueve de cada diez personas vivían en algún poblado rural, para 1950 la tercera parte de los residentes del orbe se había asentado en alguna ciudad. Hoy, más de la mitad de los 7,000 millones de seres humanos formamos parte de la población citadina (ONU, 2007 y 2011).

Se estima que en el 2050 habrá más de 9,000 millones de personas sobre la Tierra y que casi un 70% de ellas (ONU, *Ibid*) habitará en urbes a las que habrá que dotar de agua, alimentos y servicios. ¿Cuál es el contexto en que se está dando esta transición? ¿Cuáles son sus causas? ¿Qué nuevos paradigmas supondrá ello para la humanidad? ¿Cuál es el papel de la ciudad como actor político en esta trama?

Para introducirnos en el trazo de las respuestas a estas interrogantes, habrá que tomar primero en cuenta que desde hace más o menos 30 años una vorágine de procesos globales ha modificado el rostro del planeta y que una buena parte de las certezas sobre las que se configuró la sociedad capitalista industrial a lo largo del siglo XX ha mutado severamente. La revolución tecnológica de la información, la mundialización de los mercados financieros, la producción y las comunicaciones, así como la restricción de la función social de la política y el Estado han terminado por delinear un nuevo sistema transnacional que parece ser inasible para la mayoría de los seres humanos: lo público pierde terreno ante lo privado; cambian aceleradamente muchos de nuestros códigos de

entendimiento, sobrevivencia y convivencia; cambia el ritmo de nuestras vidas y, como un torbellino, el tiempo aparenta correr más rápidamente dejando atrás en un instante lo que comenzábamos a entender y hacer nuestro apenas ayer. En tanto, el caudal de lastres, contradicciones y preocupaciones que históricamente han aquejado a la comunidad humana permanece o se agrava. Como si fuera una condena, vivimos una realidad marcada por la opresión de unos sobre otros, por la violencia y la destrucción ambiental.

Parto entonces de un primer lugar común: el mundo que habitamos está en crisis y en medio de una intensa transformación. Pero ¿qué tanto sabemos, realmente hacemos y podemos hacer al respecto? ¿Es verdad que la globalización lo cambia absolutamente todo al grado de representar un nuevo comienzo totalmente distinto a lo ocurrido antes? ¿Es un definitivo derrotero en las relaciones humanas? ¿Podría la globalización funcionar de otra manera o producir resultados diferentes? ¿Es posible trazar un mejor futuro? ¿Qué función tiene o puede tener en todo esto el creciente espacio social urbano?

Es una realidad que ante el imperio del poder supranacional del dinero, la inmensa mayoría de las decisiones sobre el rumbo que seguimos hoy se toma fuera de las instituciones del poder político y los Estados nacionales (Bauman, 1999: 75-102) (Sassen, 1999). El desarrollo de nuestras sociedades ha sido puesto al servicio de la sed de ganancias de un inmenso aparato económico y comunicacional que nos lleva ventaja y que no se detiene. Es cierto también que en ese camino todo lo que nos identificaba o hacía diferentes, aquello que teníamos por cierto y seguro, se ha derrumbado o ha quedado en segundo plano: la idea de navegar juntos en el mismo barco que nos heredó la modernidad humanista sirve de poco cuando la política en manos de unos cuantos se pone al servicio del capital. Luego la visión mercantil del devenir que rige nuestro derrotero es capaz de arrasar con todo lo que le signifique un lastre. Y dónde todo tiene un precio, lastres son las aspiraciones de un mundo justo y solidario, la noción de comunidad, la preocupación por el medio ambiente o el ejercicio pleno de la libertad ciudadana.

A la luz de la historia de la economía política no es difícil descubrir que ese sistema de ideas y esas formas de funcionamiento de la producción, el comercio, la acumulación de

la riqueza, el poder y las comunicaciones que llamamos globalización financiera o neoliberalismo no es más que una reinención (de varias ya habidas) del sistema capitalista. Una readaptación diseñada e implementada por el propio gran capital para asegurar la reproducción de sus rentas.

Que ante ello haya formas de resistencia, subversión, crítica o construcción de alternativas tampoco es nuevo. Sin embargo, si lo que tenemos a la vista es un horizonte incierto y más bien tenebroso, si los arrebatos del descompuesto monstruo financiero global pueden arrojar en un solo día a millones de desempleados por la borda; si las bolsas de valores son indolentes ante la muerte por hambre de otros tantos millones, si el 99% de la población ha quedado fuera del círculo económico que gobierna el presente, es difícil pensar en el futuro. Más, cuando la narrativa fatal no termina ahí. Agreguemos que *el fin del mundo* ha trascendido las películas de ficción para convertirse en una noción real, que habita entre nosotros y está más viva que nunca. No solo porque al ritmo actual de explotación de la naturaleza, en efecto, el mundo se podría acabar; también, porque traemos el Apocalipsis en la cabeza como destino inevitable y en la televisión nos recetan todos los días la idea de que nada podremos hacer ante su llegada.

Arrastramos un pesado lastre que las filosofías de la dominación y las peores facetas de la religión nos han heredado: el terror ante lo desconocido y suprahumano, a los designios de una fuerza mayor que nosotros a la que es mejor no desafiar. El miedo es pasmo y retracción ante lo inevitable; la inacción es renuncia a la apuesta por cambiar al mundo. El miedo nos lleva a refugiarnos en nuestras casas, no hablar con nadie y no salir a la calle. No es entonces extraño que aquí y allá los sectores políticos tradicionalmente hegemónicos pretendan medrar con el miedo para ganar votos, ni que se haya encontrado una fórmula políticamente eficaz en ofertarnos guerras contra el mal en lugar de soluciones, ideas y alternativas para hacer de este mundo un lugar habitable en el que se busquen sin temor mejores horizontes.

Detrás del pensamiento dominante que se pretende único para uniformarlo todo en función de las necesidades del capitalismo, detrás del miedo controlador, detrás de todo

dogmatismo y detrás de la inacción y el escepticismo sociales inducidos por el poder político y económico, subyacen las ideologías intencionalmente creadas para condenar a los ciudadanos del mundo a solo contemplar las contradicciones y los desastres sin actuar para cambiar las cosas... a menos de que se esté dispuesto a recibir un castigo divino, fatal, apocalíptico por desafiar al orden establecido por Dios, por la moral dominante, por los dueños del poder.

El panorama no pinta nada bien. No obstante, en el presente trabajo nos propondremos demostrar cómo –a lo largo de la historia y a contracorriente- el actuar colectivo de los habitantes de las ciudades ha sido un factor capaz de transformar las realidades más complejas y desafiar los horizontes más oscuros. Factor que cobra relevancia a la luz de la expansión urbana contemporánea y el empeoramiento de muchos de los problemas que afligen al planeta.

En efecto, las grandes ciudades en las que habitamos la mayoría de los seres humanos son la impronta viva de ese sistema excluyente, vertical y hostil que ha regido largamente el desarrollo mundial. En ellas, hubo un tiempo en que las plazas, los jardines y las calles dejaron de servir para caminar y encontrarse los unos con los otros. Hoy, de la misma manera en que el instructivo neoliberal escatima la función de la política y las instituciones públicas como espacios horizontales para la construcción colectiva de equidad y gobernabilidad democrática, nuestros espacios públicos han sido socavados por ese torbellino que busca imponernos la idea de que el tiempo es dinero y que nuestras únicas aspiraciones posibles son la sociedad de consumo y una descarnada lucha por sobrevivir. La urbanización que nos han heredado el capitalismo salvaje y la política autoritaria está compuesta de guetos, grietas profundas que nos dividen, automóviles individuales para los que pueden pagarlos, barrios miserables, destrucción de los ecosistemas, unidades habitacionales inhumanas pero rentables para el poder inmobiliario, desigualdad, contaminación y violencia. En esa concepción, el espacio público se reduce al espejismo de un centro comercial y el transporte masivo es el mal necesario que sirve para que trabajadores, amas de casa, desempleados y burócratas se las arreglen en la batalla cotidiana.

Es importante insistir: pareciera no haber futuro y que frente a estas y otras mil calamidades no hay alternativas transitables. Sin embargo, advirtamos también la manera en que el vendaval que pasa sobre nuestras cabezas no ha podido arrasar con esos lugares en que vivimos nosotros y han vivido nuestros padres. Entendamos después que urbanización capitalista y ciudad –en tanto realidad urbana- son cosas distintas. Entre el asfalto, el ruido, la violencia y el *smog*, la comunidad urbana subsiste de mil formas y transforma interminablemente el lugar en el que vive. Si el planeta es un caos incomprensible, en las ciudades, a pesar de todo, hemos logrado entendernos en los momentos difíciles. Aquí, discutimos y criticamos, no nos resignamos; creemos menos en los designios divinos y en la fatalidad. Aún a regañadientes, más bien nos adaptamos y hasta nos ponemos de acuerdo. En las ciudades hacemos lo posible por estrechar las distancias siempre que podemos. Son ya tantas las veces que hemos reinventado todo cuando nos juntamos, que es difícil olvidarlo.

Luego la memoria colectiva puede convertirse en mapa y ahí donde todo parecía fragmentarse y hundirse sin remedio, emerge de las sombras aquel lugar cuyas coordenadas habíamos extraviado: el espacio público recuperado, el territorio que permite refundar la ciudadanía democrática. Ese es el sitio donde nos encontramos, interactuamos, somos iguales, vivimos e imaginamos la ciudad juntos. A veces para protestar, a veces para simplemente caminar y descubrir o para ir de un lugar a otro, el espacio público es la ciudad que se reconoce a sí misma como alternativa. Si a los estados nacionales debilitados y sometidos a las grandes decisiones financieras globales solo les queda prometer seguridad ante la incertidumbre, gastando enormes cantidades de dinero en armamento, en el espacio público utilizado socialmente la seguridad se construye con gente caminando por la calle, niños jugando en la plaza, vecinos que se reencuentran y ganan terreno al miedo y la oscuridad. En el espacio público se teje de nuevo el desgarrado entramado social y se crea comunidad.

Por todo eso, en esta realidad cruenta, es importante darse cuenta del lugar en el que estamos parados y mirar tanto atrás como adelante. Respirar profundo y reconocer nuestro alrededor presente. No estamos solos y no todo está perdido. Más aún, un futuro diferente

está en curso. La Ciudad de México, Medellín, Sevilla, Curitiba, París, Barcelona, Buenos Aires, Nueva York o Santiago de Compostela son viejas ciudades que se han propuesto levantarse una y otra vez; salir de nuevo a la calle para hacer conciencia de sí mismas y, entre retos y contradicciones, ampliar sus derechos y libertades, recuperar sus espacios comunes, apostar por el transporte público barato y de calidad, ser lugares más justos y menos desiguales, desafiar a los sistemas dominantes de la economía; sentir orgullo de sí y llenarse de bicicletas para mirarse el rostro y respirar mejor: demostrar que otro mundo es posible. Frente a la ciudad desigual, fragmentada y vista como simple mercancía, en el espacio urbano vivo también es posible cohabitar, participar y hacer política para cambiar las cosas.

Sin el afán de formular teoría o ecuación definitiva alguna, de todo ello busca hablar este ensayo. Se trata de un texto escrito inicialmente en partes entre los años 2011 y 2012 (algunas de ellas publicadas quincenalmente -en su versión inicial- en el portal web de la revista *Emeequis*), a partir de una reflexión política continuada y una mirada empírica – muchas veces coyuntural-, para después conformar un esfuerzo en el que he pretendido hilvanar una visión holística objetiva y crítica en la que he incluido intermitentemente posturas y puntos de vista propios.

Comenzaré entonces delineando un análisis sobre las principales realidades y problemas del presente mundial. Ahí tendré siempre como referente a las grandes ciudades en el marco de eso que llamamos globalización, su pasado y su papel en el complejo momento actual: ese momento determinado en general por la transición y la incertidumbre, aunque también alumbrado por prometedoras empresas colectivas. Para ello me he basado en las ideas tejidas al respecto por Henri Lefebvre (sobre todo en su obra *El derecho a la ciudad*), Saskia Sassen, Jordi Borja, Manuel Castells, Mike Davis y Zygmunt Bauman, aunque no únicamente. Luego, dado que hablaré del valor social de la política que se urde en las ciudades como factor determinante de múltiples cambios históricos que han definido el rumbo de la humanidad, recurriré a algunos conceptos de Aristóteles y Maquiavelo, aunque también de Luis Villoro, Adolfo Sánchez Vázquez, Giovanni Sartori, Norberto Bobbio, Max Weber y Marshall Berman, sin dejar de mirar al pensamiento marxista.

En el segundo capítulo, me he propuesto una ponderación crítica de México como engranaje de aquella realidad global. Hablaré entonces de sus contradicciones y conflictos, de algunos de sus componentes históricos, del papel de sus movimientos sociales en el contexto de lo nacional y lo urbano. En el tercer capítulo aterrizaré en la ciudad en la que vivo y he crecido: la Ciudad de México. A partir de una valoración y algunos relatos, tomaré a mi ciudad –una megaurbe compleja y caótica, tradicional y moderna, conflictiva pero en transformación- como ejemplo y caso de estudio. En estas dos partes del ensayo he echado mano de la experiencia personal vivida, del testimonio de algunos actores sociales, del conocimiento de primera mano de coyunturas que he presenciado a lo largo de los años y, de manera importante, de las ideas de algunos autores mexicanos que han sido parte esencial de mi formación académica y política, de mi visión de México y su historia: Adolfo Gilly, Carlos Monsiváis, Octavio Paz, Roger Bartra, entre otros.

Para explicar y reforzar distintos planteamientos, en diversos momentos aparecerán referencias mediáticas o datos estadísticos desarrollados casi en su totalidad a partir de los bancos de información de distintos organismos públicos y/o académicos mundiales y mexicanos. En el capítulo final y a manera de conclusión, abordaré una serie de ideas, apuestas y casos concretos que creo serán importantes para imaginar el futuro posible de las ciudades y del mundo.

CAPÍTULO 1

LA CIUDAD Y SUS COORDENADAS PLANETARIAS

1.1 Juárez, Detroit. Lo urbano en el siglo XXI y a través del tiempo.

Las ciudades son el fiel espejo de nuestras aspiraciones modernas, reflejan la sociedad que somos, hemos sido y queremos ser. En las ciudades los muros hablan y cada rincón urbano nos cuenta las historias de los seres humanos que las construyeron, habitaron y habitan: son el testimonio del sueño vigente o de los sueños trancos de quienes alguna vez se propusieron vivir en comunidad. La ciudad es el artefacto más acabado y culturalmente complejo que hemos inventado. Es ese otro mundo creado por la humanidad en favor propio –a través de la razón, el arte y el trabajo colectivos- para protegerse de las tempestades y definir su propio destino.

A lo largo del tiempo, las formas de producción económica han sido determinantes tanto del surgimiento de las ciudades, como de sus dinámicas, sus contradicciones y sus señas de identidad. De igual manera, la sociedad urbana de la que hoy formamos parte ha abrevado de una historia cultural de más o menos 5,000 años cuyo punto conocido de partida está ubicado en la antigüedad egipcia y mesopotámica; ahí donde la agricultura, el conocimiento de la vida, el tiempo y el clima, el dominio de los ríos, el mar y los desiertos dieron pie al surgimiento de asentamientos humanos estables que al tiempo se convertirían en ciudades, en culturas, en empresas civilizatorias, imperios o países. La actividad mercantil y la función social aparecerán desde entonces como ejes articuladores de las primeras ciudades. Luego la *polis* griega y las primeras ciudades romanas serían el escenario en que se trazarían los mapas organizativos fundacionales de la civilización occidental: en la ciudad habían nacido la noción política y el derecho (Borja y Muñoz, 2009:5-24)

Durante la Edad Media las ciudades quedaron varios siglos atrapadas entre las murallas del poder feudal y religioso; sin embargo, la llegada del Renacimiento y la ciencia ampliarían de nuevo los horizontes. La conquista de nuevos continentes a través de la

navegación y el conducente aumento de los flujos comerciales cambiarían al mundo a partir del siglo XVI. Ciudades como París, Sevilla, Lisboa y Venecia habían crecido para convertirse en las nuevas capitales de Occidente, epicentros de un profundo cambio cultural¹. Luego la Ilustración, la Revolución Industrial y el surgimiento del trabajo obrero asalariado –pilares del capitalismo moderno- traerían consigo las primeras megaurbes y el principio del urbanismo moderno (Borja y Muñoz, *Ibid*). Entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, las nuevas metrópolis de Estados Unidos ilustran el momento.

Las grandes ciudades son hijas de la modernidad. Fruto evolutivo del momento en que la razón, el conocimiento y la tecnología hicieron posibles nuevas dimensiones y formas de apropiación tanto del tiempo y las distancias como del espacio y el territorio (Bauman, 2003:121). Así, el dominio material y económico de las herramientas del progreso moderno (los transportes, las armas, los medios de producción, las comunicaciones) adquiriría un valor decisivo en la definición de las estructuras sociales, económicas y políticas de las urbes. Luego, la disputa por ese dominio se convertiría en el motor urbano de la historia.

Desde esa perspectiva, la modernidad se materializa en el tránsito del campo a la ciudad, y la ciudad se convierte en sinónimo de evolución y prosperidad. En consonancia, al consolidarse el capitalismo industrial entre finales del siglo XIX y las primeras décadas siglo XX, el poder económico encuentra en la gran ciudad la síntesis –metropolitana y cosmopolita- del dominio de Occidente sobre el mundo periférico, rural, dependiente y subdesarrollado (aunque la dñada fuera relativa) (Cordera Campos, 2007:4). Al regir el rumbo económico urbano, dentro de las ciudades el poder capitalista había conformado una estructuración vertical y jerarquizada que luego se replicaría para buscar normar las relaciones de dominio de los países ricos sobre los países pobres. Sin embargo, el mismo desarrollo moderno pronto produjo que la evolución urbana como signo de progreso dejara de ser exclusiva del Primer Mundo.

¹ Aunque existen distintas referencias que señalan que las ciudades más grandes del mundo en el siglo XVI eran París, Constantinopla y Nápoles, no hay que perder de vista la mención basada en distintas fuentes que sobre Tenochtitlan hace Serge Gruzinski en *La ciudad de México. Una historia* (2005: 263): “En 1520, con sus trescientos mil habitantes, la ciudad mexicana era, probablemente, la ciudad más grande del mundo, antes que Constantinopla (...) y París”.

Como señalamos al inicio de este ensayo, desde algún momento ocurrido entre 2005 y 2010, por vez primera la mayoría de los seres humanos habitamos en alguna ciudad. Esta transición debe entenderse advirtiendo que durante el siglo XX las ciudades del Tercer Mundo fueron el receptáculo de una intensa migración económica del campo a la ciudad. Y que si bien las estimaciones hechas por Naciones Unidas en el siglo XXI indican que las tasas de crecimiento urbano no serán tan altas como las del siglo pasado, en los países subdesarrollados las ciudades seguirán creciendo de manera sostenida. En la actualidad, Tokio, Nueva York, la Ciudad de México y Sao Paulo han comenzado a ser seguidas de cerca, o incluso superadas, por estrellas emergentes en la carrera de las megalópolis: Mumbai, Calcuta, Dhaka, Delhi, Jakarta, Karachi, entre otras (ONU, 2011). Todas en Asia, todas determinadas por los nuevos mercados globales y, la mayoría de ellas, con millones de pobres.

¿Cómo será ese futuro a la luz de nuestros retos y contradicciones actuales? Las respuestas son abrumadoramente inciertas. De un lado, las nuevas tecnologías han dado pie a la posibilidad de concebir un mundo mejor en el que la mayoría de nuestros problemas tienen una solución. El reverso de la moneda es abominable: la destrucción de la naturaleza, el hambre y la violencia parecen inclinar la balanza de la contradicción moderna hasta precipitarnos al abismo.

La relación campo-ciudad resultante de la industrialización del planeta ocurrida desde el siglo XIX ha sido modificada dramáticamente en el siglo XXI por la mundialización económica y la revolución tecnológica. A nivel global, el espacio rural tradicional ha entrado en crisis y, como decíamos, desde hace algunas décadas expulsa a sus habitantes originarios hacia las ciudades. Quienes salen del campo, lo hacen para no morir de hambre en las pequeñas comunidades y parcelas que han dejado de producir y ser rentables para sus antiguos poseedores y trabajadores debido al acaparamiento de las tierras y la producción operados por las grandes corporaciones agropecuarias globales, a la destrucción de los mercados locales y nacionales o a la aniquilación de los ecosistemas naturales a manos del capitalismo sin freno.

Queda claro que el *boom* urbano de nuestros tiempos tiene ahí sus fuentes primordiales de origen. En el mundo subdesarrollado cientos de poblados que antes fueron comunidades campesinas están desapareciendo, en tanto que una cantidad creciente de localidades semi-rurales medias se ha comenzado a convertir en nuevas ciudades. Mike Davis (2004:5-6) estima, con base en datos de Naciones Unidas, que si *“en 1950 había 86 ciudades en el mundo con una población superior al millón, hoy en día hay 400, (y) hacia 2015 habrá por lo menos 550”*. Las ciudades han absorbido la práctica totalidad del crecimiento demográfico mundial y –de no cambiar las cosas- el campo seguirá perdiendo habitantes sin parar en las próximas décadas. Hoy, a un ritmo de un millón de inmigrantes adicionales y nuevos nacimientos por semana, la población del territorio urbano del siglo XXI supera con creces a los 3200 millones de seres humanos que habitaban todo el planeta en 1960. El horizonte se torna aún más complejo si tomamos en cuenta que *“el 95 por ciento de esta explosión final de la humanidad se producirá en las áreas urbanas de los países en vías de desarrollo, cuya población se duplicará, alcanzando cerca de 4,000 millones durante la próxima generación”* (Davis, *Ibid*).

La casi totalidad de estas nuevas comunidades urbanas ha surgido -sin previsión ni planeación- en países y regiones carentes de recursos económicos para crear condiciones mínimas de habitabilidad, abasto e infraestructuras. Una marea de hacinamiento y pobreza sin límites se extiende por África, Asia y América para luego enraizarse en las periferias de las megaurbes ya de por sí saturadas, atravesadas por fragmentaciones, exclusiones, aglomeraciones y desequilibrios. Davis (2008) pone el dedo en la llaga:

“La frontera de la tierra segura, ocupable, está desapareciendo en todas partes, y las nuevas incorporaciones a los márgenes urbanos se producen en unas condiciones que solo se pueden describir como ‘la marginación dentro de la marginación’. (...) La pobreza periurbana –un mundo deprimente totalmente ajeno a la solidaridad existente en el medio rural e igualmente desconectado de la vida política y cultural de la ciudad tradicional– constituye la expresión nueva y radical de la desigualdad”.

Salvo en China -donde el crecimiento urbano va de la mano de una pujanza industrial producida por la fórmula que suma al Estado como férreo conductor, la mano de obra barata, la producción de materias primas sin límites (ni criterios ambientales claros), el capital trasnacional asociado y una agresiva inserción en el mercado global, en el resto del mundo la expansión explosiva de la urbanización está ocurriendo sin crecimiento económico, desarrollo industrial o generación de empleo. Las consecuencias de ello no pueden ser más que apocalípticas si tomamos en cuenta que el mercado financiero globalizado híper concentra la nueva acumulación de capital en unas cuantas metrópolis interconectadas entre sí a través de flujos mercantiles e informáticos transmitidos en tiempo real, convirtiéndolo todo a su alrededor en una periferia residual.

Más claro aún: los expansivos territorios urbanos emergentes que ha producido el mercado globalizado y desregulado, más allá de ser un efecto colateral, tienen como principal función la de almacenar a los miles de millones de seres humanos que no tienen cabida en la repartición de las utilidades capitalistas del siglo XXI. La explosión demográfica urbana producida por la industrialización ha evolucionado en la era global desde una de sus peores aristas: la desigualdad y la exclusión. La Tierra se ha convertido en un “planeta de ciudades miseria” –como lo llama Mike Davis- en el que, como señala el programa Habitat de la Organización de las Naciones Unidas en el estudio *The challenge of slums* (2003) “los residentes de áreas urbanas hiperdegradadas constituyen un asombroso 78.2 por ciento de la población urbana global”, ocurriendo además que, “en lugar de ser un foco de crecimiento y prosperidad, las ciudades se han convertido en un vertedero para una población excedente que trabaja en todo tipo de servicios informales mal pagados, descualificados y sin ningún tipo de protección” (Davis, 2004:13 y 24)

En su obra *La ciudad global* (1999) y en trabajos posteriores, la socióloga holandesa Saskia Sassen ha descrito la manera en que la mundialización de la economía financiera modificó el papel económico y la geografía global de las grandes urbes al finalizar el siglo XX. Nuevas formas de centralidad dispersa y redes de interacción determinadas por la dinámica de los mercados financieros y por los nodos de la redes informáticas, han asignado nuevos papeles a algunas ciudades, potenciando a aquellas mejor preparadas con

mayores inversiones e infraestructuras y relegando a un rol periférico a las que carecen de esas condiciones. Sassen (2003:31-33) lo puntualiza así: *“las nuevas tecnologías y formas organizacionales han alterado los correlatos espaciales de la centralidad”*. *“Estamos asistiendo a la formación de un ‘centro’ transnacional constituido por las transacciones económicas intensivas en la red de ciudades globales (...). El resultado es una multiplicación de los circuitos altamente especializados que conectan grupos de ciudades. Estas redes de grandes centros internacionales de negocios constituyen las nuevas geografías de la centralidad”*.

Pero a la comunicación en tiempo real para concretar multimillonarios acuerdos financieros, tecnológicos y comerciales mundiales que se comenzó a tejer desde la cima de los rascacielos de las megaurbes insertas en la globalización desde finales del siglo XX, también le corresponden nuevas dinámicas productivas, realidades sociales y formas de comunicación *localizadas* y protagonizadas por mujeres y hombres, obreros, empleados, desempleados, pequeños comerciantes, servidumbres, migrantes, familias, colectivos, que con su trabajo y brega cotidiana dan rostro humano -a ras de tierra- a nuevas realidades urbanas, nuevas formas de conflicto y cambio, nuevas formas de comunidad (muchas veces también transnacionalizadas por la migración): a nuevas batallas por el territorio y la supervivencia. Así, al iniciar el siglo XXI la tensión es omnipresente: la urbe es y produce solo mercancía para unos, mientras es el único lugar vital para otros. En tanto, como sintetiza Sassen (2007:39), *“el predominio cada vez mayor de las industrias de la información y el crecimiento de una economía mundializada (...) han contribuido a una nueva geografía de la centralidad y la marginalidad”*.

En el marco de estas tensiones, tanto Davis (2008) como Sassen (1999, 2003, 2007) han ilustrado la forma en que la desregulación de la economía –que lo deja todo a la suerte del libre mercado- tiene como contraparte el crecimiento de otra economía no estructurada que opera desde los territorios urbanos excluidos del auge financiero global en un mundo de salarios miserables y desempleo: el trabajo informal; esa red de producción y comercialización de servicios y artículos de consumo baratos, de invención de espacios y mecanismos de supervivencia que crecen por fuera del sistema “formal” atrofiado y

excluyente que gobierna al mundo. Desde las ciudades, el mundo informal mantiene a flote al disfuncional planeta de la economía financiera global -gracias al trabajo no asalariado de mujeres, migrantes, niños y ancianos- al tiempo que devalúa el valor del trabajo formal asalariado, puede propiciar enormes e impredecibles cotos de ilegalidad y ensancha la brecha entre los nuevos ricos y los nuevos pobres, arrasando en el camino con los fundamentos estabilizadores que cifraban en las amplias clases medias, en la fábrica y el Estado, la idea tradicional de bienestar y progreso.

Zygmunt Bauman –no sería el único- advirtió hace unos años que la globalización –tal como la conocemos- no opera en los mismos términos para todos. Es una para los dueños del poder financiero global y otra para los relegados a un papel periférico. Una élite cosmopolita accede a sus beneficios en tiempo real, posee información y disfruta de libertad absoluta de movimientos. Abajo subsiste otro mundo aparentemente atrapado en lo local y supeditado a las decisiones y los mensajes de arriba. Los de abajo deben batallar contra un sistema que pretende condenarlos a quedarse sin un lugar en el espacio habitable, ni siquiera el necesario luchar por ideales que busquen cambiar el funcionamiento del mundo...

“Segregados y separados sobre la Tierra, los locales conocen a los globales a través de las transmisiones televisadas desde el cielo. Los ecos del encuentro reverberan globalmente, ahogan todos los sonidos locales a la vez que se reflejan en las paredes locales, cuya solidez impenetrable, semejante a la de una prisión, queda con ello revelada y reforzada” (Bauman, 2001:73)

Vayamos a Detroit. Ciudad ícono de la industria automótrix y del pujante capitalismo del siglo XX estadounidense. Entre rascacielos *art déco*, gigantescas fábricas, elegantes mansiones y barrios populosos, aquella floreciente urbe de dos millones de habitantes supo reconstituirse una y otra vez ante las crisis; sin embargo, también se convirtió en el escenario de intensas pugnas raciales, de un fuerte movimiento obrero y del surgimiento de grandes guetos. Sin nexos comunitarios claros Detroit ya devenía en lugar violento cuando

algo adicional y sorprendente ocurrió: un día inesperado la globalización financiera produjo que las grandes empresas automotrices se fueran a Asia.

Detroit comenzó entonces a morir rápidamente y hoy es una urbe de parajes fantasmales (Monge, 2011) (Temple, 2010). Al ostentoso Teatro Municipal le crecen plantas entre las butacas y el piano que servía para la ópera está patas para arriba. En el rascacielos que albergó al Banco Central todas las ventanas están rotas y no se advierte rastro humano reciente, solo escritorios y sillones desvencijados por doquier. En la Biblioteca del Condado los libros han caído de los estantes enmohecidos. Los archivos del Registro Civil se han regado como una marea de papel podrido por las calles. La estación de trenes también ha sido abandonada y el gran reloj que avisaba del próximo viaje se ha detenido. Un millón 200 mil personas se fueron a buscar suerte en cualquier otro lugar. Los que se quedaron aún no salen del pasmo y entre los escombros lloran la caída de su ciudad.

Tres mil kilómetros al suroeste de Detroit está Juárez. Ciudad que cambió su suerte cuando a principios de los 90 del siglo pasado el gobierno mexicano se encargó de asegurar las condiciones para que las inversiones capitalistas multinacionales vieran en nuestras poblaciones fronterizas un lugar propicio para desarrollar una parte de su cadena de producción en las fábricas manufactureras llamadas *maquiladoras*. La clave se cifró en salarios bajos y pocas o nulas medidas de seguridad social. La ciudad duplicó su población con la llegada de cientos de miles de migrantes buscadores de empleo que encontraron una opción de sobrevivencia sin tener que cruzar ilegalmente a Estados Unidos. En la zona conurbada de Juárez crecieron entonces grandes barrios miserables sin alumbrado público, calles pavimentadas, escuelas u hospitales. Nadie –ni las empresas ni el gobierno- consideró necesario contemplar un nuevo desarrollo urbano que les diera condiciones dignas de vida a los nuevos obreros que ahí habitaban.

Menos de diez años después, los capitales de la manufactura encontraron en Asia mejores condiciones para asegurar el sostenimiento de sus tasas de ganancia. Se fueron sin más y atrás quedó casi un millón de desempleados. Por aquellos días comenzaron a

aparecer jóvenes mujeres obreras asesinadas en las oscuras terracerías de las favelas juarenses. Los feminicidios eran un síntoma sórdido de descomposición social que los gobernantes locales y una parte de la sociedad juarense tradicional prefirieron no escuchar. La negación de lo que se considera ajeno y un halo de impunidad se cernieron sobre la ciudad; poco tiempo después el crimen organizado se apoderó de las calles. Hasta hace poco, más de la mitad de los jóvenes de Juárez no acudían a la escuela y tampoco tenían un empleo (Puig, 2010). Como única opción, muchos trabajan para los narcotraficantes que les pagan quinientos pesos semanales -unos 40 dólares- para conformar escuadrones armados, trabajar como sicarios o vender heroína en decenas de picaderos. Los ricos y una buena parte de la clase media han emigrado a El Paso, en Texas, al otro lado de la frontera. Las casas y los comercios de Juárez han comenzado a vaciarse. ¿Resuena el eco de Detroit?

A propósito de las tempestades y colapsos a los que están expuestas las ciudades en la globalización, vale recordar que las ciudades como las conocemos todavía hoy son fruto de la Revolución Industrial iniciada a finales del siglo XVIII y que en torno a ellas el mundo se organizó económicamente desde hace al menos doscientos años. El papel articulador de las ciudades es, sin embargo, más antiguo e incluye en su mapa genético otras dimensiones que van de lo cultural a lo político y lo social. El punto de partida es aquel en que las urbes se convirtieron en *“centros de vida social y política donde se acumulan no solo riquezas, sino conocimientos, técnicas y obras”* determinando así tanto al mundo rural, como a la economía y al Estado, como ha señalado Henri Lefebvre. Luego, ya iniciado el siglo XIX y en el umbral del proceso de industrialización, *“este tipo de ciudad es en sí misma obra y esta característica contrasta con la orientación irreversible al dinero, al comercio, al cambio, a los productos”*. En los albores capitalistas aparecería con nitidez creciente la tensión entre la visión que pone en primer plano al valor de la ciudad como espacio vital de la comunidad que transforma su realidad y, del otro lado, la tendencia a ver en la ciudad un territorio que existe y crece en función de la producción, la plusvalía y el mercado.

“En efecto, la obra es valor de uso y el producto valor de cambio” –dice Lefebvre rememorando a Marx- y, hasta entonces, la ciudad se había fundado contemplando siempre el valor de su uso social, cultural y político; no solo su valor económico. Poco tiempo después, con la revolución industrial sobrevendría la imposición omnímoda del sistema capitalista y, *“cuando la explotación reemplaza a la opresión, la capacidad creadora desaparece”*. Se impone entonces a las urbes una creciente lógica mercantil e individualista hasta el punto en que *“el valor de cambio, la generalización de la mercancía por obra de la industrialización, tienden a destruir subordinándose, la ciudad y la realidad urbana, refugios (sin embargo) del valor de uso”* (Lefebvre, 1978: 18-20). La tensión entre la ciudad entendida por su *valor de uso* y la ciudad entendida como mercancía (por su *valor de cambio*) marcaría cada vez más el rumbo y el ritmo de la historia urbana .

La ciudad industrial transforma a la ciudad “clásica” (Borja, 2003) –aquella ciudad no tan grande, densa y muchas veces caótica, intensamente comunitaria y de caminos cortos-. Sobre todo desde mediados del siglo XIX el nuevo capitalismo urbano surgido del comercio y la usura bancaria desplazó a la riqueza feudal como eje rector de la economía. La ciudad antigua entonces se fue volviendo prescindible, avasallada por las nuevas formas de concentración urbana que enmarcaron la nueva concentración del capital. Ya entrado el siglo XX los centros urbanos originales mutan porque ya no son –primordialmente- la sede del valor de uso simbólico original que rememoraba la ciudad- estado; ahora serían espacios primero funcionales para la producción y el consumo. Algunos de esos centros se vaciaron de habitantes para dar paso a usos solo burocráticos y mercantiles. Otros centros quedaron simplemente abandonados para luego tugurizarse: llenarse de pobres habitando en obscuras e insalubres ruinas. Surgieron luego los suburbios residenciales para que habitaran la burguesía y los suburbios industriales para la producción. Luego vendrían los masificados suburbios habitacionales obreros y de clase media construidos por el Estado en alianza con el capital industrial. La ideología del poder burgués hizo de la aspiración a la propiedad y el consumo los nuevos paradigmas de la vida social urbana.

Lefebvre (1978:43) resume... *“En orden disperso, (...) se repartirán sobre el terreno las periferias, la urbanización desurbanizada. Todas las condiciones se reúnen así para un*

dominio perfecto, para una refinada explotación de la gente, a la que se explota a un tiempo como productores, como consumidores de productos, como consumidores de espacio". De esta manera, hacia las décadas de los 30 y 40 del siglo pasado, todas las grandes ciudades eran - una vez más- mucho más grandes que antes y habían sido reinventadas por el poder del dinero en su favor.

Había echado raíces la evolución permanente, contradictoria y dialéctica de la urbe que hoy prevalece y adquiere nuevas formas. La industrialización produciría una fragmentada y disfuncional urbanización. Una urbanización –desde entonces acompañada por el urbanismo como ideología- que al final resultaría en una realidad urbana extendida y de nuevas complejidades y tensiones. La ciudad se expandiría al servicio del crecimiento de la industria, la economía y luego de los automóviles, pero en ella también comenzarían a desarrollarse nuevas formas de vida social.

Cuando los obreros, las clases intermedias y los desposeídos fueron haciendo conciencia de su papel subordinado en la reinención urbana capitalista surgieron las primeras formas de resistencia social, como los ilustran las revoluciones obreras urbanas de 1848 en Europa. Estas formas se tradujeron en distintas expresiones, no pocas veces violentas y mil veces reprimidas por el Estado, que constituirían un influjo de larga duración: la disputa entre la comunidad que batalla por su derecho a existir como tal, usando la ciudad en su favor, y el poder del dinero –con el Estado casi siempre de su lado- dispuesto a todo en pos de la ganancia: una vez más y a flor de piel, la tensión entre la ciudad como valor de uso y la ciudad como valor de cambio. Y es que, económicamente hablando, la disputa por lo urbano nunca ha dejado de ser un componente de los conflictos de clase, más aún, las calles de la ciudad son el escenario primordial de esa batalla. El influjo transformador está inscrito entonces en el ADN de las urbes de nuestro tiempo. La ciudad es conflicto y tensión que define y conforma nuevas realidades cuando, como señala Lefebvre (1978:20) -al recordar la batalla de la Comuna de París contra la reforma burguesa de la urbe en 1871-, *“en el marco urbano, la luchas de facciones, grupos y clases refuerzan el sentido de pertenencia”*.

Rolando Cordera (2007:2) señala que *“el desarrollo moderno es inseparable de lo que podríamos llamar el derecho universal a la ciudad. Hoy, cuando una nueva ola de reclamos planetarios actualiza el derecho al desarrollo, la ciudad se nos vuelve a presentar como el locus universal de la política moderna (o post moderna), pero también como una abrumadora concentración de calamidades y frustraciones del desarrollo anterior, reproducidas y agudizadas por las crisis de fin de siglo y el impacto de una globalización en extremo asimétrica”*

Nuestro contradictorio mundo es entonces fruto de un sistema dónde el dinero ha pretendido regirlo todo; un sistema que ha dejado de incluir a una buena parte de los habitantes del planeta en su universo funcional pero que, al mismo tiempo, opera sobre la base del trabajo acumulado de millones de ciudadanos que han sostenido el barco a flote – antes y ahora- a través de esas formas de creación, cohabitación y organización humanas que tienen lugar justo en las ciudades. La exclusión marca nuestro tiempo, pone fuera a los débiles y los condena a una realidad violenta, pero ¿qué otros horizontes existen hoy? ¿qué papel juegan y jugarán los millones de urbanitas que están formalmente excluidos de la economía financiera, pero que al mismo tiempo constituyen la realidad urbana desde la cual funciona la globalización?

Es ya otro un lugar común citar a Marx y Engels (1972) por aquello de *“todo lo sólido se desvanece en el aire”*. Hoy valdría recordarlo si nos proponemos cuestionar lo que parece inevitable en nuestros lugares comunes. Juárez y Detroit parecen desvanecerse pero ¿es indestructible, irreformable o inmutable el sistema que está produciendo su derrumbe? ¿Es irremediable ese colapso? ¿Están a tiempo los habitantes de Juárez y Detroit de darle vuelta a la fatalidad? Para arrojar alguna luz sobre ello, debemos incursionar en el análisis del papel que en esta trama han tenido –tienen y pueden tener- el valor y la historia de una de las creaciones más trascendentes de la vida urbana: la política.

1.2 Otro Mundo. La dimensión política del planeta urbano

Hace 500 años los pensadores del Renacimiento fueron capaces de demostrar que la

humanidad no estaba condenada a vivir un presente infeliz y temeroso, que la historia no había sido preescrita por nadie y que la conformación del futuro del planeta estaba en manos de sus habitantes. Por aquellos días, Nicolás Maquiavelo (2004: 97) imaginó que el devenir humano era un río. Ante su caudal, nos habíamos acostumbrado a morir de miedo; a simplemente esperar el momento en que algún arrebató divino determinara nuestro castigo y el río se desbordara para arrastrarnos violentamente tras la tormenta. El florentino se preguntó entonces si el rumbo de la sociedad podría modificarse de la misma manera en que los ríos son desviados en su favor por aquellos hombres que aprenden a predecir el clima y se deciden a construir diques y represas. A partir de aquel momento –como nos recuerda Luis Villoro (2010:48) en su ensayo *El pensamiento moderno- “el hombre se realiza a sí mismo, como Dios, creando. No puede menos que hacerlo, pues de lo contrario, no sería el mismo. Sin embargo, en el acto de realizarse a sí mismo, engendra un mundo nuevo: el mundo de la cultura, sobrepuesto a la naturaleza”*. La cultura: la vasta dimensión del artificio humano en la que se despliegan y entrelazan el conocimiento, la creación, el arte, lo político, lo simbólico, la tradición y las creencias, el transformador (o conservador) actuar racional individual y colectivo.

Desde entonces, emprendimos una titánica travesía hacia territorios de libertad, desarrollo económico y progreso tecnológico antes inimaginables. Entre revoluciones y reformas, entre grandes acuerdos y sangrientas discordias, hicimos posible –para bien y para mal- una buena parte del sueño moderno: aquel en el que las mujeres y los hombres son dueños de su destino, constructores de su propia historia sin que ninguna fuerza natural o superstición supraterránea pueda impedirselos. Tras la Revolución Francesa, el artificio racional produjo frutos como el Estado democrático, las ciudades modernas, las libertades políticas, los derechos sociales y del individuo, la educación y la salud públicas, el derecho internacional, el fin paulatino del colonialismo, el uso y desarrollo de la ciencia y la tecnología en favor del acceso de millones de ciudadanos al bienestar, la conquista de la Luna, una inconmensurable creación artística y bienes culturales públicos.

En el anverso, la inmensa mayoría de los seres humanos vive, como hemos venido explicando, un presente de pobreza, guerra y exclusión. Agreguemos que hasta hace muy

poco comenzamos a caer en cuenta de los estragos de nuestro expolio de la naturaleza y ahora no sabemos como mirar atrás (ni adelante) para corregir el desastre. El poder del dinero sin contrapesos ha mostrado su rostro temible en varios episodios de la historia de los últimos doscientos años: la acumulación del capital y la lucha descarnada por los bienes materiales ha determinado y determina el rumbo casi siempre. La historia reciente de la cultura occidental -y con ella, la del planeta entero- es la historia de la pugna por la dominación de unos sobre otros y la reproducción infinita de la ganancia a sangre y fuego.

Hemos heredado una sociedad estratificada y jerarquizada, donde el progreso técnico económico y las formas de división social del trabajo han dado pie a una estructura vertical e injusta (Kaplan, 1980:78-79). Con cientos de años de funcionamiento, esa sociedad es en el fondo la misma que hoy prevalece en el mundo del encumbramiento del capitalismo financiero y la revolución tecnológica de la información. Parecería que ese es nuestro contradictorio destino y que la globalización de esas condiciones y reglas es desde hace algunas décadas el único porvenir posible.

Pero no perdamos de vista que la historia aún no termina. Luego hagamos un repaso por el pensamiento libertario que a través del tiempo ha postulado el valor de la crítica, la resistencia ante lo que parece inevitable, la rebeldía emancipadora frente a lo aparentemente inamovible. No en vano decía el viejo Marx (1972: XVI) que *"la sociedad (...) no es algo pétreo e inconvencible, sino un organismo susceptible de cambios y sujeto a un proceso constante de transformación"*. ¿Valen estas denostadas ideas para nuestro convulso tiempo y nuestros grandes problemas? ¿Cuál es la importancia de lo urbano en ello? Vamos viendo.

Como ha definido Giovanni Sartori (1999: 233), *"hoy estamos acostumbrados a distinguir entre lo político y lo social, entre el Estado y la sociedad"*; sin embargo, es importante recordar que esta distinción no siempre estuvo ahí. Dicha frontera es producto de un largo proceso de desarrollo de las relaciones históricas, económicas y de poder en las sociedades humanas, y en el camino, de los conceptos mismos de Estado, sociedad y política. La diferencia entre lo político y lo social, o más aún, su contraposición, corresponde a esa

visión dominante y vertical de la política en la que el Estado no es visto como una herramienta social y más bien representa una esfera superior, infranqueable y diferenciada del resto de la sociedad, donde esta última adquiere una posición de subordinación. Pero ¿es y ha sido esa la única política posible?

El vigente dominio de la noción vertical de la política –reproducida en sus versiones de derecha e izquierda- contrasta con el concepto de "lo político" surgido inicialmente en la antigüedad clásica. Para los griegos la "política" era todo lo referente a la *polis* como conjunto (un espacio horizontal del que todos sus miembros participan en términos de igualdad): sus formas de organización, sus mecanismos de decisión, el arte y la ciencia del gobierno. En aquella idea no había distinción entre lo social y lo político. El ser político, el vivir político, no era una parte o una actividad de entre otras en la vida, básicamente porque lo político era en sí mismo el hecho de vivir en sociedad, en la ciudad, en la *polis* entendida como la entera base fundamental de la vida para los ciudadanos libres (acotando que no para los esclavos o lo extranjeros). Así, al definir al hombre como un *zoon politikón* (animal político), Aristóteles postuló que la naturaleza racional de los seres humanos era vivir en comunidad.

No obstante, la Edad Media nos heredó después una idea de sociedad en la que los seres humanos no tenían derecho a la felicidad en este mundo. También, la creencia de que todo ocupaba un lugar predeterminado, inamovible, y que las personas estaban condenadas a vivir bajo los designios de los monarcas absolutos, los señores feudales o de Dios. Empero, al finalizar el siglo XV y como ya señalamos, el Renacimiento y la modernidad dejaron claro que aquello era relativo, que la humanidad también podía aspirar a caminar en sentidos diferentes, imaginar y crear otro mundo a su medida, conocer a la naturaleza y transformarla en su favor. Cuando Maquiavelo distinguió entre la razón de Estado y los intereses de la Iglesia, puso a la política en manos de los seres humanos; sin embargo, también describió una idea de la política en la que era posible desprenderse de la moral católica -y de toda moral- en aras de la consecución de los intereses del poder del príncipe. Fue esta última concepción la que definiría un nuevo vínculo entre la sociedad y el Estado. Las relaciones

sociales se convertirían entonces en un complejo edificio coronado por esa oscura esfera en la que los gobernantes, los poderosos, se refugiarían para tomar las decisiones en nombre de la eficacia sin lastres morales. Y quien pretendiera trepar por los muros para acceder a la esfera o ver a través de ella, vería la peor de sus suertes.

Luego, como veníamos diciendo, se consolidó el Estado constitucional moderno y ocurrieron las guerras y las revoluciones más cruentas que jamás hayan sido vistas. En contraparte, la sociedad humana cayó en cuenta de que su intervención en lo político no solo era posible, si no que, una y otra vez, podría convertirse en un asunto de vida o muerte. Ya lo advertía Max Weber (1997: 84) cuando cifra el significado de la política en *“la aspiración a participar en el poder o a influir en la distribución del poder entre los distintos Estados o, dentro de un mismo Estado, entre los distintos grupos de hombres que lo componen”*. La esfera seguía en la cima, pero ahora era menos inalcanzable. Y todos podían decidirse a escalar el muro con una aguja en la mano (aunque para hacerlo habría que estar dispuesto a soportar una lluvia de fuego).

El jerarquizado edificio político y social de estratos pretendidamente eternos ha evolucionado y prevalecido desde Roma hasta nuestro siglo XXI global, abrevando de la noción moderna (la razón de Estado, el principio de autoridad) pero también cimentado en conceptos premodernos (el dominio salvaje de los poderosos sobre los desposeídos). Empero, no debemos olvidar que a lo largo de la historia, la política en manos de la gente – ese otro fruto de la razón y la modernidad- ha salido al paso para buscar nuevos equilibrios, poner un freno, proponer nuevos caminos y transformar la realidad; impulsada ya por la inconformidad social organizada que toma las calles, ya por el más elemental espíritu de solidaridad, ya por la fuerza de las ideas o por la convicción de aquellos que decidieron no ser indolentes ante la injusticia. De las ideas de la Ilustración, el liberalismo y el socialismo democrático surgió la semilla de mil procesos de transformación y resistencia protagonizados por hombres y mujeres que pretendieron y lograron cambiar el rumbo. No son pocas las veces en que de la crítica y la discrepancia han resultado momentos en que el

poder ha debido reformarse, cambiar de manos, abrirse o pactar equilibrios. Muchas veces nos hemos equivocado, pero también hemos descubierto e inventado otros mundos.

Política y ciudad son palabras entrelazadas con viejos y nuevos significados y dimensiones. Hoy vivimos una profunda crisis global y lo urbano se transforma vertiginosamente. Paralelamente ese es también el escenario en que la sociedad humana ha iniciado una transición de gran calado. La noción global implica, más allá de lo financiero, una nueva comprensión del tiempo y el espacio en la que las distancias se estrechan. Las migraciones y las telecomunicaciones han dado lugar a una interactividad cultural urbana sin precedentes que puede entrañar el diálogo colectivo más formidable que hayamos concebido (Beck, 1999: 173-180) (Arizpe, 2006). Como nunca antes había ocurrido, sectores crecientes de la población mundial pueden contar ahora con la conciencia plena de vivir en el mismo tiempo y en el mismo espacio: posibilitar juntos otra idea de ciudadanía.

Donde los Estados nacionales se han debilitado, también se atisban las señales urbanas que dan cuenta del creciente surgimiento una sociedad civil global y de nuevas posibilidades para lo colectivo local que mira al mundo. Aparece con fuerza inusitada, como un nuevo factor, la capacidad ciudadana de imaginar sin cortapisas ni fronteras un mejor horizonte y proyectar alternativas. En esa potenciada imaginación colectiva es posible dilucidar -entre millones y al mismo tiempo- las injusticias, el buen y el mal gobierno, la corrupción y el autoritarismo, los motivos de la guerra, la exclusión, las soluciones y las propuestas. El imaginar ya no es utópico. Las ideas convergentes y divergentes, los símbolos, millones de imágenes por segundo, el lenguaje y múltiples estrategias de cambio circulan aceleradamente y en tiempo real entre quienes acceden al ciberespacio y las redes sociales desde el espacio local urbano (García Canclini, 1999) ¿Esa comprensión de lo otro y de los otros, a semejante escala, podrá devenir en un nuevo y horizontal espacio público para actuar? Saskia Sassen (2003:36 y 2007:37) reflexiona al respecto:

“Lo local ahora negocia con lo global: lo global se instala a sí mismo en lo local y lo global es en sí mismo constituido a través de una multiplicidad de (elementos) locales”.

“La nueva y vasta topografía económica que se está creando a través del espacio

electrónico es un momento, un fragmento, de una cadena económica aún más vasta que en gran parte está inserta en espacios no electrónicos". "Captar cómo la nueva tecnología digital puede servir de apoyo a iniciativas locales y alianzas entre los barrios de una ciudad (...) es sumamente importante en una era donde la noción de lo local suele observarse como algo cada vez más superfluo en términos de la dinámica global y sus actores".

Parece claro que es tiempo de ajustar la brújula, escuchar otros vientos y poner manos a la obra. El dilucidarse global de los desposeídos puede traer consigo nuevas aspiraciones comunes, una apuesta transfronteriza por nuevos derechos y por mejorar las condiciones de justicia, equidad, participación democrática e inclusión (Beck, 1999: 181) ¿Hasta dónde puede llegar ese influjo? ¿De qué tamaño y duración son los roles que protagonizan las ciudades y la política que se construye en ellas? Una vez más, Sassen (2003, 38- 39) teje los hilos de una primera respuesta...

"la gran ciudad de hoy (...) es un sitio estratégico para el capital corporativo global. Pero también es uno de los lugares donde la formación de nuevas exigencias por parte de los actores políticos informales (...) se materializa y asume formas concretas. La pérdida de poder a nivel nacional trae aparejada la posibilidad de nuevas formas de poder y de política a nivel subnacional". "La red transfronteriza de ciudades globales es el espacio en el que observamos la formación de nuevos tipos de política 'global' que se oponen a la globalización corporativa". "Una política para y de un lugar específico, pero con alcance global. Un tipo de trabajo político profundamente arraigado en las acciones y actividades de la gente." "El espacio de la ciudad es un espacio para la política mucho más concreto que aquel de la nación"

En tanto, hay que hacerse cargo de una inmensa desproporción. Como ya señalamos en parte, la movilidad posible de las ideas, las iniciativas y las empresas (de cualquier tipo: financieras, creativas o políticas) es una característica irrefutable de la globalización. Pero ello es primero prerrogativa de los dueños del dinero y, mucho después, de la comunidad.

Como señala Bauman (2001:17), en la globalización ha aparecido *“una nueva asimetría entre la naturaleza extraterritorial del poder (capitalista) y la territorialidad de la ‘vida en su conjunto’ que el poder –ahora libre de ataduras, capaz de desplazarse con aviso o sin él- es libre de explotar y dejar librada a las derivaciones de esa explotación”*.

1.3 La Historia aún no termina.

Hubo una vez, al iniciar el siglo XX, en que Occidente pensó haber llegado a una época definitiva de prosperidad y progreso alumbrados por la economía de mercado, la producción industrial y el Estado moderno. Muy poco tiempo después, los afanes imperiales de los países desarrollados concluyeron en la Primera Guerra Mundial. Unos años más adelante, la voracidad especulativa, los sobrepuestos y las sed de ganancias produjeron el primer gran tropiezo del joven capitalismo financiero: vino el *crack* de 1929 y el inicio de la Gran Depresión. Millones de desempleados fueron arrojados a los linderos del hambre y la supervivencia en Estados Unidos, ahí en el reino de la democracia, la libertad y las oportunidades que alguna vez imaginó Alexis de Tocqueville (1984).

Ahora quedaba claro que el sistema económico que movía al mundo podía producir, además de empleo asalariado para millones y ganancias para unos cuantos, una carga insostenible de desdicha y explotación para la mayoría de la humanidad. La legitimidad misma de Estados y naciones enteros podía desaparecer súbita y violentamente si no se intervenía a tiempo y con decisión para contrapesar las cosas, como lo demostraron el derrumbe de añejas monarquías como el Imperio Austro-húngaro tras la Gran Guerra, o la Rusia de los zares tras la Revolución de 1917. Fue entonces que, abrevando de las socialdemocracias europeas de finales del siglo XIX, una corriente de políticos, economistas y científicos sociales -entre quienes sobresalió el inglés John Maynard Keynes- advirtieron la necesidad urgente de inventar medidas para evitar que los efectos perversos del imperio del dinero pusieran en riesgo la gobernabilidad de la civilización occidental.

Las claves de un nuevo modelo se cifraron en la creación de mayores garantías y derechos laborales y sociales, en la protección del mercado interno y en la inversión estatal en infraestructura productiva; también en una amplia gama de políticas de intervención pública para equilibrar fiscal y financieramente los efectos del libre mercado. Tomó así fuerza la idea de que era necesario un mayor papel regulador de la economía por parte del Estado. A todo esto se denominó *Estado de Bienestar* y durante varias décadas se estableció una forma de funcionamiento económico en el que se contemplaba la importancia de la equidad social para hacer posible el crecimiento y el desarrollo (Sassen, 2003: 93-94). Dicha concepción aseguró la estabilidad de los países capitalistas tras la Segunda Guerra Mundial, al tiempo que alimentó ideas de desarrollo independiente y apuestas por los derechos sociales en los países del Tercer Mundo.

La estrategia cobró fuerza al grado de convertirse en un nuevo paradigma económico. Así se trazó el mapa del mundo en la posguerra y el escenario primordial del proceso serían las urbes del mundo y su renovada pujanza. Los grandes capitalistas aceptaron primero a regañadientes la nueva estructuración; más adelante advirtieron que las economías crecían, la productividad aumentaba y sus horizontes podrían ampliarse. Un periodo largo de prosperidad los puso temporalmente del lado de aquella idea de sociedad protegida por una amplia red de seguridad social que procuraba la igualdad. Pero las cosas comenzarían a cambiar con los primeros signos de agotamiento del esquema keynesiano. Al respecto dice Pablo González Casanova (1992:10):

“...el modelo entró en crisis en los años setenta, cuando la sociedad postindustrial y el desarrollo científico de las técnicas de la comunicación para la producción y los servicios quitaron una fuerza relativa a la clase obrera organizada, mientras ésta siguió formulando demandas económicas y sociales excesivas para su menguada fuerza, y demasiado costosas para la acumulación de capital, lo que llevó a una especie de ruptura del pacto social que estaba en la base del Estado benefactor”.

El nuevo desarrollo tecnológico comenzaba a generar que una buena parte de la fuerza de trabajo tradicional se volviera prescindible. El sistema dejó de satisfacer las exigencias

sindicales y la amplia clase media urbana que había surgido en las décadas anteriores exigía más derechos y libertades. Para entonces, los grandes capitales financieros vieron la oportunidad de imponer un paradigma distinto, fundado en las ideas de una corriente teórica nacida en los años 50 en la Facultad de Economía de la Universidad de Chicago, encabezada por el joven académico –hijo de un empresario que quebró en el 29- Milton Friedman.

En sincronía con la ambición renovada del capitalismo consolidado en esos años, Friedman impulsó el desarrollo de una nueva doctrina financiera que se revistió de aires modernizadores reivindicando los supuestos valores fundacionales del liberalismo económico puro. Para la naciente Escuela de Chicago dejar al mercado a su libre albedrío “*crearía el número preciso de productos a los precios exactamente adecuados para comprar esos productos: un edén de pleno empleo, creatividad sin límites e inflación cero*” (Klein, 2007:91). Friedman alegaba adelantarse a los supuestos efectos nocivos que el *New Deal*² produciría en la economía norteamericana, al grado de llevarla al desastre (cosa que para entonces no era precisamente la situación); y para salvarla proponía una serie de fórmulas que al poco tiempo adquirirían la categoría de ideología para los economistas de derecha.

Este nuevo credo veía a la sociedad y la economía desde la perspectiva de quienes piensan que todo se reduce a un sistema de ganancias, donde los fenómenos sociales y económicos son puros y duros (básicamente deshumanizados) y que podrían reproducirse en un laboratorio para lograr ecuaciones infalibles. Para la Escuela de Chicago “*la premisa inicial es que el libre mercado es un sistema científico perfecto, un sistema en el que los individuos, siguiendo sus propios intereses, crean el máximo beneficio para todos. (...) Si algo no funciona en una economía de libre mercado no es auténticamente libre*” (Klein, 2007:81).

Desde su laboratorio, Friedman y los suyos fueron delineando el dogma que algún día buscaría dominar al mundo en forma de instructivo. “*En primer lugar los gobiernos deben eliminar todas las reglamentaciones y regulaciones que dificulten la acumulación de beneficios. En segundo lugar deben vender todo activo que posean que pudiera ser operado por una empresa y dar beneficios. Y en tercer lugar deben recortar drásticamente los fondos*

² Término acuñado por Franklin D. Roosevelt para describir la versión estadounidense del Estado de Bienestar.

asignados a programas sociales” (Klein, 2007:88). Como señala Naomi Klein, al principio el radicalismo ideológico de los abuelos de la tecnocracia neoliberal de nuestros tiempos no encontró eco en la esfera política y social. La inviabilidad de la receta en la realidad concreta parecía indiscutible en un mundo que, más o menos, funcionaba entre equilibrios generales y en el que obreros y clases medias habían conquistado ciertos niveles de bienestar. En Estados Unidos su aplicación tal cual hubiera producido una revuelta y a ningún político (incluidos los republicanos) eso le parecía atractivo.

Hubo, sin embargo, quien comenzó a ceder a la tentación de una tierra prometida donde solo reinara el poder del dinero. El problema era lo doméstico, pero eso no significaba que no fuera seductora la idea de rescatar, poner al día y potenciar el núcleo duro de la ideología que dio a Estados Unidos uno de los rasgos fundamentales de su identidad como nación dominante y al capitalismo moderno su razón de ser: la ganancia sin límites más allá de las fronteras. Al estilo de las cruzadas y las campañas evangelizadoras el grupo de Friedman encontraría eco en el organismo gubernamental que se hacía cargo del afán estadounidense por controlar al mundo en plena Guerra Fría: la Agencia Central de Inteligencia (CIA) norteamericana y sus operaciones logísticas y militares para derrocar gobiernos disidentes e imponer regímenes al servicio de las grandes corporaciones transnacionales estadounidenses. Ahí la fórmula caía como anillo al dedo y comenzó a acompañar una política neocolonial de ideológica tabla rasa: de un lado el *keynesianismo*, el desarrollismo, el comunismo, el populismo y otros peligros para la humanidad; del otro, la misión divina y salvadora -para la que no hay medio que no se justifique- del imperio del mercado, “la libertad” y “la democracia”.

Para la Escuela de Chicago los primeros años fueron de frustraciones y fracasos. Pero si la tarea era salvar al mundo, los jóvenes neoliberales no se iban a detener y en la misión todo valdría. Esto quedó demostrado con la participación activa de los *Chicago Boys* en el asesoramiento económico del golpe de estado en Chile en 1973. Lo sustancial había sido confirmado: para imponer la doctrina capitalista neoliberal ya no era solo necesario, también era posible, eliminar cualquier obstáculo. Incluidos la constitución, las

instituciones, la educación y la salud públicas, la industria nacional y el sistema democrático de un país soberano.

Años después, el neoliberalismo se había encumbrado en casi todo el mundo a costa de la crisis del modelo desarrollista. También el gran capital trasnacional había perfeccionado sus armas a partir de repetidos experimentos en el Tercer Mundo. La llegada de Ronald Reagan al poder estadounidense en 1980 y de Margaret Thatcher en Gran Bretaña (1979) fueron signo de ello. Una revolución de la tecnología de la información acompañaba este proceso. Vinieron los tiempos de un poderoso imperialismo bélico-financiero y de la urdimbre de una renovada maquinaria ideológica de comunicación y penetración cultural a favor del libre mercado. En esta ruta apareció un nuevo punto de inflexión que redondearía la embestida: el derrumbe de los regímenes autoritarios del bloque soviético, el fin de la Guerra Fría y el surgimiento de un mundo unipolar. La batalla librada durante la segunda mitad del siglo XX había terminado con un solo ganador que ahora se aprestaba a dominarlo todo.

Treinta años después somos testigos del desastre. Un desastre que, en buena parte, ha tenido lugar en los territorios urbanos como sentencia una vez más Mike Davis (2004: 18-19) al afirmar que *“la década de los ochenta, cuando el FMI y el Banco Mundial utilizaron la palanca de la deuda para reestructurar las economías de la mayor parte del Tercer Mundo, es la década en la que las áreas urbanas hiperdegradadas se convirtieron en un futuro implacable, no solo para los migrantes pobres rurales, sino también para millones de urbanitas de toda la vida, desplazados o empobrecidos hasta la miseria por la violencia del ajuste”*. El informe *The Challenge of Slums* (2003) de la ONU coincide en esta visión al concluirse en él que *“la causa principal del crecimiento de la pobreza y la desigualdad durante las décadas de los ochenta y noventa fue el retraimiento del Estado”*.

Hoy los ricos son más ricos y los pobres (y las clases medias) son más pobres. La violencia se ha apoderado del tiempo real y es la música de fondo del fracaso de una sociedad fragmentada e individualista. Los mismos gobernantes que en su momento consintieron deshacerse de las herramientas necesarias para domar los arrebatos del mercado, hoy son

arrastrados por la marea de la especulación y la codicia financiera que durante todo este tiempo buscó destruir cualquier sentido de comunidad y futuro compartido. Reina la confusión y el horizonte es peor.

El dominante polo de poder compuesto por los dueños del dinero del mundo y el aparato político que les acompaña llegaron a sentenciar, una y otra vez, que la era de la prevalencia del mercado global desregulado sobre todas las otras dimensiones del devenir humano sería definitiva y eternamente sostenible. Sin embargo, entre 2010 y 2012, desde una u otra ciudad, casos como el de los jóvenes chilenos combatiendo la lógica privatizadora de la educación en su país; los miles de indignados que acamparon en la Puerta del Sol en España; los millones de egipcios que derrocaron a Hosni Mubarak saliendo a la calle; el movimiento civil que en México lucha contra el dolor de las muertes sin nombre producidas por la guerra contra el narcotráfico o las multitudes que se sumaron al movimiento estudiantil #YoSoy132 para defender la democracia en 2012, parecían decir otra cosa, buscando impulsar el barco, poco a poco, hacia nuevos destinos.

1.4 La herencia neoliberal y la reinención del miedo.

Haciendo un recuento, podemos ver que la sociedad urbana en movimiento tiene la capacidad de intervenir en el rumbo de la historia; a veces asaltando el timón, a veces haciendo valer su peso en la dirección de la nave o redibujando el mapa a la luz de nuevas señas, nuevas experiencias y nuevos conocimientos colectivos; casi siempre sorteando tempestades y a contracorriente.

Al finalizar el siglo XX las nuevas tecnologías de la información habían revolucionado los códigos culturales de la sociedad global y permitían la transmisión en tiempo real de todo tipo de contenidos e imágenes. Internet transformó la economía y el comercio, multiplicó los alcances del mercado financiero y potenció casi al infinito la comunicación de masas. Si bien, como hemos dicho, estas herramientas no sirven hoy solo a los dueños del capital trasnacional y también han posibilitado una intensa interacción cultural global, los

viejos y nuevos medios de comunicación en manos de los poderosos han sido uno de los motores del paradigma neoliberal y sus estrategias de imposición.

Tras los atroces atentados del 11 de septiembre de 2001 y sus efectos zozobrantés, el imperialismo del siglo XXI necesitaba una revancha contundente para poner a salvo su legitimidad. También vio la oportunidad de sofisticar sus tácticas de expansión e hizo de la guerra transmitida en tiempo real una poderosa campaña mediática para combatir el terror infundiendo terror. Un terror cegador diseñado para inmovilizar cualquier respuesta o voz discrepante: ya fueran las de las clases medias urbanas de las grandes ciudades que ven la televisión, o las de los habitantes iraquíes al esperar el infierno de los misiles cernirse sobre sus cabezas. Un halo de guerra santa contra el mal buscaba esconder que la embestida bélica que venía no solo buscaba justicia, sino también aprovechar el momento para conseguir jugosos réditos mercantiles. De ello dieron cuenta las guerras en Irak y Afganistán iniciadas por la administración de George W. Bush en aras del control político del petróleo en Medio Oriente.

No era la primera vez pero sí el más grande y exitoso experimento. Desde entonces las tácticas mediáticas fundadas en el miedo se volvieron parte imprescindible de cualquier *marketing* creado para esconder la realidad, infundir temor al cambio o conservar el estado de las cosas. De México a Europa y Asia, los *think tanks* al servicio de las élites políticas y financieras han hecho uso hasta el hartazgo del artilugio basado en la ecuación de la doctrina del *shock* (Klein, 2007), el estímulo a la ignorancia y el dogma conservador que no duda en transmitir mentiras y desinformar en cadena nacional para imponer medidas económicas impopulares, justificar guerras, hacerse de legitimidad o ganar elecciones.

Entre 2007 y 2009 el círculo vicioso del capitalismo bursátil vivió un abrupto terremoto producido por sus propios demonios, que aún en 2013 seguía haciendo sentir sus efectos. La crisis mundial que inició entonces ha resultado ser la más profunda en la historia de la economía (Cebrián, 2011). Los responsables de ella fueron los banqueros y las corporaciones transnacionales que durante casi treinta años no dejaron de saciar su sed de plusvalías recurriendo a la especulación y el abuso, a costa de la productividad, el empleo y

el crecimiento de las naciones. Los estragos de este cisma han sido de tal envergadura que, a diferencia de otras crisis, la actual ha puesto en entredicho la capacidad del paradigma neoliberal para, además de regir la economía mundial, asegurar los niveles mínimos de gobernabilidad en el marco de un vendaval de exclusión, desempleo y desamparo para sectores cada vez más grandes de la población del orbe.

Desde sus inicios este nuevo cataclismo económico producido por los excesos del libre mercado arrojó señales no vistas en mucho tiempo. La victoria electoral de Barack Obama en 2008 logró demostrar que, incluso sociedades como la estadounidense, conservan la capacidad de indignación y hartazgo necesaria para cambiar el rumbo. También hemos caído en cuenta de una cruda realidad: tras tres décadas de desmantelamiento de la capacidad reguladora del Estado y de su función social, éste ha perdido su capacidad de responder y generar alternativas. El propio Obama se vio pronto atrapado en las subordinaciones y las ataduras que el poder del dinero impuso a la intervención pública y la toma de decisiones gubernamentales durante los últimos años. El colapso del gobierno socialista español ante la crisis económica en 2011 es también ilustrativo de esta situación. Los gobernantes, incluso aquellos de corte progresista, no tienen herramientas eficaces para evitarlo. Si todo está subordinado al mercado, el poder político se ve obligado a buscar cualquier remiendo que evite que el barco se hunda; y esto casi siempre ha significado recurrir al déficit público para remediar los desastres privados. ¿Quién paga los platos rotos?: los trabajadores, las amas de casa, los campesinos, los que pierden su casa, los que tienen que emigrar para no morir de hambre, los jóvenes condenados a un presente sin educación ni empleo. Eso sí, los dueños del dinero nunca pierden

El historiador neoyorquino Tony Judt (2010) publicó, poco antes de morir, un agudo ensayo al que llamó *Algo va mal*. En él, Judt hace un extenso repaso de los saldos arrojados por la globalización del poder financiero. Las evidencias y las estadísticas son claras: nuestro mundo no va mejor que hace 30 años. Al contrario. Empezando por los países en los que se entronizó el culto al mercado al inicio de los años 80 del siglo XX –Estados Unidos y Gran Bretaña-, las consecuencias que trajo el haber seguido el manual privatizador han sido

desastrosas en áreas como el transporte, las carreteras y el sector energético. Los servicios que antes fueron públicos y sirvieron como eje conformador del desarrollo social, la igualdad y la calidad de vida para las mayorías, cuando fueron vendidos a empresas privadas no mejoraron. Más aún, terminaron siendo objeto de costosos rescates pagados con el dinero de la gente.

En todos los países occidentales lo público perdió importancia ante lo privado y ello condujo a la desintegración paulatina del tejido comunitario. Se impuso el culto al individualismo y la obsesión por los bienes materiales llevó a la pérdida del espíritu solidario. Ahí donde antes hubo sentido colectivo hoy privan la violencia, la desconfianza, el malestar, una dolorosa desigualdad y la pérdida de derechos sociales.

Otra consecuencia de que las transacciones mercantiles sin regulación estatal pública hayan regido nuestras vidas durante este tiempo ha sido la subordinación general de la política al dinero como ha postulado Ulrich Beck (1999: 186-187). Con ello, aumentó la corrupción y la opacidad en el quehacer público. Y en una sociedad en la que el Estado no tiene capacidad de respuesta y en la que se da por hecho que los políticos son corruptos por naturaleza o que la política es un mal ajeno, el miedo gana terreno. Si no hay un proyecto común ni capacidad para articular soluciones, si la idea de nación palidece cuando el rumbo económico y político es marcado en primer término por los intereses de las corporaciones financieras globales, al Estado solo le queda una fuente de legitimidad: el control de los ciudadanos y el mantenimiento de la seguridad en una sociedad excluyente, dividida y confrontada. El miedo se vuelve rentable y es el oxígeno de un sistema injusto.

Beck (1999) abunda y propone oponer una visión menos ingenua a la idea de que el sistema mundial fundado en la globalización financiera es producto de la evolución natural del progreso humano. La globalización que conocemos es una invención humana; más aún, es un proyecto político diseñado e impuesto a través de un complejo proceso histórico –de componentes ideológicos– por la élite económica mundial. Hay entonces, en efecto, un poder supranacional que ha puesto a su servicio no solo a los estados nacionales, sino también a los organismos creados para resguardar el derecho internacional y –sobre todo–

a nuevas y viejas instancias económicas mundiales como el Banco Mundial, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, la Organización Mundial del Comercio y el Fondo Monetario Internacional.

Como hemos explicado, los Estados nacionales han sido despojados de una buena parte de sus herramientas para contener los efectos desestabilizadores de los arrebatos financieros y de las destructivas mareas de las crisis y los abusos del capital. En tanto, los organismos internacionales de cooperación, con la Organización de las Naciones Unidas a la cabeza, también han quedado atados de manos, justo en la hora en que una buena parte de los asuntos humanos requieren de su intervención (Sartori y Mazzoleni, 2003: 223-228). Ya nos hemos preguntado si esa es la única globalización posible. Beck cuestiona que el actual sistema mundial lo sea y considera que lo existente es una ideología dominante que busca imponer su ley: el *globalismo*. Y afirma: *“el globalismo es un virus mental que se ha instalado en el interior de todos los partidos, de todas las redacciones, de todas las instituciones. Su dogma no es que se haya de actuar económicamente, sino que todo –política, (...) cultura- ha de supeditarse al primado de la economía”* (Beck, 1999:228). Nadie ha comprobado, sin embargo, que no existan otras formas de globalización en curso o que no se pueda imaginar y concretar una globalización que sirva para resolver los problemas de la humanidad a partir de la cooperación social que la propia globalización puede fecundar.

Algunas peculiares voces respaldan varias de las cosas antes dichas. Un viejo y experimentado gestor financiero, George Soros, encabezó la autocrítica que poco a poco surgió a finales del siglo pasado desde el interior de las propias elites económicas. Para Soros el poder del dinero ha abusado de su naturaleza amoral y ha perdido de vista todo valor social. El resultado de los excesos del mercado desregulado son la pobreza y la desigualdad. En sus textos, el exitoso agente bursátil se preocupa por la subordinación de la política a lo mercantil y la lógica corrupta de los gobernantes. Finalmente considera que *“el fundamentalismo del mercado ha facilitado (...) el ascenso del sistema capitalista global, que al mismo tiempo ha reducido la capacidad del Estado para proporcionar seguridad social a sus ciudadanos, mostrando con ello otra vez más el fracaso de la política”* (Soros, 1999:234). El diagnóstico de Soros es terrible: vivimos en un mundo diseñado por el poder del dinero,

donde el mercado es eficaz, inhumano y frío en la consecución de sus valores. El costo ha sido alto para la sociedad porque la política resultante nunca podrá ser tan eficaz como el mercado.

Recapitulando. El Estado nacional contemporáneo es más pequeño y más pobre. Ha dejado de tomar las decisiones importantes y su campo de acción es decididamente limitado. Ha perdido –porque se la han ido quitando- la mayor parte de su función social. Se han atrofiado sus instrumentos para mejorar las condiciones de la vida de la gente y garantizar la seguridad social y los derechos colectivos. Mantiene, en cambio y como dicta la única receta, su capacidad de “flexibilizar” las condiciones laborales para satisfacer la demanda de los dueños del capital financiero global y atraer inversiones de esa manera (como si fuera la única forma de posibilitar inversión y productividad). La inseguridad aumenta y la incertidumbre social también. La única fuente de autoridad real y el último reducto de legitimidad para los gobernantes se cifra entonces en lo que es también una demanda del poder económico: garantizar el orden y la seguridad (Bauman, 2001:153). Así, el poder político gana votos a costa del miedo que ha contribuido a generar. El Estado nacional está atrapado en un círculo vicioso del que difícilmente saldrá. Salvo que soplen otros vientos (sobre los que más adelante reflexionaremos).

1.5 El eslabón más débil

La vertiginosa sociedad moderna, urbana y global de la que formamos parte está atravesada por la injusticia y la contradicción. Vivimos en un mundo en el que los derechos humanos, sociales, económicos, educativos y culturales no son accesibles para todas y todos y en el que la ciudadanía sigue siendo un espacio de acceso restringido, aún cuando las legislaciones nacionales, el derecho internacional y las declaraciones universales digan otra cosa (Sassen, 2003).

La falta de ejercicio pleno de los derechos conquistados arduamente por la humanidad a través del tiempo produce, a su vez, que el ejercicio de la libertad y la vida democrática se pongan en entredicho. Quien tiene hambre, difícilmente irá a la escuela y,

sin empleo, nunca tendrá derechos laborales o seguridad social. Quien cada día se tiene que enfrentar primero al reto de sobrevivir, posiblemente venderá su voto; antes, luchará descarnadamente y a cualquier costo por tener un lugar dónde dormir y algo que comer. Condenada a la soledad, esa persona dejará la comunidad donde nació para buscar un improbable futuro en otro lugar o, en el menos peor y mayoritario de los casos, engrosará las filas de la economía informal. Para esa persona el sentido tradicional de comunidad ha dejado de tener sentido. Para esa persona el mundo conocido es solamente hostil.

Entre las distintas dimensiones de la exclusión social, es la desigualdad económica el factor que parece comenzar a cobrar la mayor de las facturas en el balance actual de los éxitos y fracasos de la empresa humana. La desigualdad es además –como ya mencionamos– el signo de la expansión urbana contemporánea. Decirlo, no es nada nuevo y parecería otro lugar común. Lo es. Sin embargo, ¿no es precisamente inhumano quitar el dedo de los renglones torcidos en nuestros lugares comunes? Más aún, si las tensiones mundiales producidas por la inequidad social y la exclusión salvaje van en aumento, ¿no valdría la pena preguntarnos con más ahínco si vamos por el camino correcto? ¿Así ha sido y será siempre? ¿Podría ser de otra manera?

Hay quienes, desde la ideología diseñada para defender el estado de las cosas, aseguran que esto no es una anomalía. Subliminal o expresamente, el pensamiento capitalista nos recuerda todos los días a través de sus poderosos medios comunicacionales planetarios que la desigualdad –la pobreza e inferioridad de unos y la riqueza y superioridad de otros– no solo es inherente a la naturaleza humana, sino que es necesaria para que el mundo funcione. Así, no hay más que obedecer. Si se considera que esto último es pura retórica temeraria y fatalista, solo basta echar un vistazo a la historia de la filosofía política y sus debates, desde el Renacimiento hasta la sección financiera de cualquier noticiero televisivo.

Zygmunt Bauman (2010: 9-55) señala la existencia de una nueva realidad donde nada dura y todo es inasible para la mayoría de los seres humanos. Lo que hoy sirve al sistema global de consumo, mañana puede dejar de ser rentable y rápidamente se volverá

un residuo desechable, prescindible. Las personas, las ideas, las cosas, solo valen en tanto sirven como objetos de consumo. Cuando han dejado de serlo, la marea implacable del mercado seguirá su curso, sin mirar atrás por las personas, las cosas o las ideas incapaces de ser útiles al sistema. La sociedad así, se ha vuelto temerosa de sí misma y el individualismo rapaz gana terreno.

Ese individualismo es útil para aquellos que viven en la cumbre de la pirámide económica y tienen la capacidad de consumir bienes e información para moverse de un estado a otro con facilidad comprando la felicidad a cualquier costo; innovando las maneras de obtener más riqueza, deshaciéndose de lo innecesario y mutando para adaptarse con ligereza. El mismo individualismo es frustrante para las clases medias, esclavizadas por la aspiración a pertenecer al estrato más alto, consumiendo ilusiones y productos milagro toda su vida sin lograr casi nada al final. Se trata de un individualismo inhumano que ata a los más pobres –a los que han perdido la posibilidad de consumir o de ser útiles- a un aciago destino sin escapatoria visible. El resultado es que la desigualdad crece sin que nada, aparentemente, lo pueda detener.

Aunque para los defensores de la infalibilidad de la máquina financiera que gobierna nuestro destino global se trate de un simple daño colateral (Bauman, 2011) o un sacrificio necesario para que el planeta camine, la desigualdad social en la era contemporánea se ha vuelto endémica y acumula sus efectos sobre el segmento poblacional –la mayoría de la humanidad- que se vuelve cada vez más vulnerable ante el torbellino. La exclusión por pobreza, trae después la exclusión por grado de instrucción, por género o por condición racial y éstas a su vez, traerán consigo otras exclusiones. Los viejos, las mujeres, los niños, los indígenas, los migrantes y los enfermos que además son pobres siempre tendrán a la vuelta de la esquina la calamidad siguiente.

La grieta que divide a los ricos de los desposeídos se ha ensanchado. Hoy el 90% de la riqueza mundial está en manos del 1% de la población planetaria, mientras que los 49 países más pobres del orbe subsisten con tan solo el 0.5% del producto global (Bauman, 2011: 36-37). En medio de la crisis financiera y la recesión infinita que comienza a

enquistarse en cada rincón de las economías locales, una buena parte del 99% que solo puede acceder al 10% de los beneficios económicos producidos por el capital global, siempre vivirá asolada por la incertidumbre y el miedo a perderlo todo.

Para Bauman, cuando la política y la economía sirven a la filosofía consumista que promueve la ley del más fuerte y cuando el sentido de comunidad de los individuos con intereses colectivos queda en segundo plano ante los dictados del mercado, las oportunidades seguras y legítimas que los más débiles pueden encontrar para acceder a un presente o a un futuro mejor se reducen hasta casi desaparecer. El influjo de lo mercantil es tal que avasalla a la política, al Estado y a la democracia misma...

“Tanto los políticos como los mercados de consumo anhelan capitalizar los difusos y nebulosos miedos que saturan la sociedad actual. Los comercializadores de servicios y bienes de consumo publicitan sus mercancías como remedios infalibles contra la abominable sensación de incertidumbre e indefinidas amenazas”. (...) “Hoy tenemos un poder (el financiero) que se ha quitado de encima a la política y una política despojada de poder. Los estados nacionales territoriales son distritos policiales de la ‘ley y el orden’, así como basureros y plantas locales de remoción y reciclaje de la basura que ocasionan los problemas y riesgos generados en el nivel global” (Bauman, 2011: 30 y 35).

¿Es eternamente sostenible un mundo como el que tenemos? Bauman increpa a los poderosos que han calculado la indestructibilidad de la estructura económica mundial a partir del dogma totalizador neoliberal obviando deliberadamente que los grandes puentes se derrumban cuando se rompe el eslabón más débil de la cadena que los sostiene. ¿No es la desigualdad acumulada el corroído eslabón oculto del sistema económico dominante? ¿Hay alternativas a nuestro excluyente presente? ¿Qué tan lejos o cerca estamos de esas alternativas? Ya lo veremos. A continuación hablaremos de México, uno de los países más desiguales del mundo y con menos margen para errores de cálculo en el concierto global.

CAPÍTULO 2.

LAS COORDENADAS MEXICANAS

2.1 Las grietas que nos separan

De vasta y difícil historia, México es un país que se encuentra frente a una encrucijada múltiple y aparentemente infinita. Entre el atraso y la modernidad; entre la riqueza, la desigualdad y la miseria. Entre la tradición conservadora y el impulso transformador; entre la democracia y el autoritarismo. Entre el campo y la ciudad; entre el nacionalismo identitario, una herencia cultural cosmopolita y la interacción global, entre su ser indio, mestizo y occidental. Entre los afanes uniformadores tejidos desde el poder y una intensa diversidad subalterna que lo revoluciona todo constantemente desde hace algunos siglos.

Hace más de 25 años Guillermo Bonfil Batalla concluyó que había dos Méxicos. Un “México profundo”, de raíz india, oprimido y colonizado, cuyas formas de ver al mundo y entender la vida en sociedad resistían ante la imposición y el dominio violento del otro México: el “México imaginario”. Se refería con ello a la cultura y la sociedad occidentales que a través del Estado y el poder económico buscaban socavar a las mayorías de orígenes culturales mesoamericanos en beneficio propio, aunque el discurso nacional moderno hablara de integración y ciudadanía. Dos mundos contrapuestos, aunque compenetrados, cuya principal interacción eran las relaciones de dominación (Bonfil, 1984).

Antes y en contraste, Octavio Paz (1981) -en su gran ensayo *El laberinto de la soledad*- describió la existencia de *un ser* mexicano contradictorio, trágico y festivo, complejo, dual y de tradición india, española, mestiza. Ambas reflexiones se inscribieron, desde perspectivas diferentes, en un largo esfuerzo intelectual abocado al desentrañamiento de las razones fundamentales de la siempre complicada realidad mexicana y de las formas de ser y de pensar de los mexicanos. Pero hoy, ya bien entrado el siglo XXI, ¿podemos seguir afirmando que hay solo dos Méxicos confrontados? ¿El México no-indio es solo imaginario? ¿Pueden existir otros Méxicos? ¿Hay un solo un espíritu

nacional? Para hacer un modesto esfuerzo reflexivo en torno a estas interrogantes, deberíamos escudriñar en torno a algunos de los cimientos más importantes de eso que llamamos México

De un lado, el Estado de derecho, social y democrático que hemos construido los mexicanos a partir de la Independencia, la Reforma liberal, la Revolución, el 68 y la lucha democrática de los últimos 25 años, adolece evidentemente de un conjunto de contradicciones no resueltas y de un agrietamiento oculto a través del tiempo. La incompleta, deficiente y convulsa democracia en que vivimos, lo ilustra.

En otro cimiento, el de la configuración de la historia, nos hemos acostumbrado a aceptar una idea de México que fue escrita a lo largo de los últimos doscientos años preponderantemente por el poder y las élites, aún cuando en el camino las batallas populares o las discrepancias ideológicas hayan modificado el rumbo una y otra vez. Los libros de texto, las estatuas de los héroes en las grandes avenidas y nuestros símbolos nacionales dan cuenta de la imposición de una narrativa oficial diseñada para procurar la imagen de un país unido y moderno que abrevando de su pasado glorioso mira con entusiasmo al futuro.

La historia oficial, por antonomasia, la escriben los vencedores. Detrás de la nuestra, subsisten muchas otras historias hechas a golpe de contradictorios y disímbolos episodios de tensión y confrontación, de derrotas descomunales y ominosas equivocaciones (Monsiváis, 2007). La bandera tricolor ondea con garbo en la plaza central y todos los días la saludamos con orgullo, pero ¿qué tanto nos damos cuenta de las omisiones y atropellos cometidos bajo su sombra o incluso en su nombre? ¿Cuántas historias de comunidades derrotadas, corrientes de pensamiento reprimidas, mayorías explotadas o minorías avasalladas están ahí representadas? ¿Cuántas pequeñas y grandes historias protagonizadas por la gente de la calle, por las amas de casa, las comunidades indígenas, los artistas no oficiales o los pensadores incomprendidos han sido sobreesridas por la solemne mirada dominante de nuestra identidad nacional?

Luego habría que darnos cuenta de que la columna jurídica de México -la Constitución y las leyes que nos rigen- son el resultado de un conjunto de aspiraciones y convicciones que hablan del país que hemos querido ser. Más aún, por el sentido de pertenencia y comunidad que de esas convenciones entendemos, nos asumimos como ciudadanos. El afán (o la creencia) de ser modernos y civilizados, de ser parte de una sociedad de libertades y derechos está no solo escrito en las normas, también está en cada párrafo de los distintos “proyectos de nación” que de la Independencia hasta nuestros días han marcado el rumbo de México. Pero ¿cuál es el grado de solidez de ese andamiaje? ¿Somos todas y todos parte de su sostenimiento? ¿Todas y todos jugamos ahí el mismo papel, cargamos el mismo peso y aseguramos su equilibrio?

Se supone que somos una república de iguales pero una profunda y dolorosa desigualdad atraviesa cada rincón de México. Se supone que tenemos los mismos derechos y las mismas libertades pero el pueblo rarámuri de Chihuahua o los indios tzotziles de Chiapas mueren de hambre todos los días. El hijo de un obrero mexicano que vive en Chimalhuacán o en Tijuana difícilmente encontrará un lugar en la universidad. Más aún, no terminará la secundaria y no tendrá un empleo o será propietario de una casa.

La desigualdad está entonces también en los cimientos de la nación y ya profundizaremos en ello. Pero hay algo más allá de la exclusión, algo sin duda producido por ella pero que también entraña otras raíces: recientemente con más intensidad, la violencia ocupa todos los días la atención nacional. Contamos las muertes violentas como si fueran cualquier otra estadística. Y hay que agregar los otros tipos de violencia, no solo la producida por el crimen organizado o la guerra contra el narcotráfico. Me refiero a esa violencia que parece expresarse en la totalidad de nuestras interacciones sociales y que últimamente –gracias a las redes de Internet- salta cotidianamente a la luz pública en forma de actos vergonzosos de racismo y discriminación.

Pareciera que el México de hoy carece de una suficiente capacidad de reconocimiento propio. Somos un país que no ha aprendido a convivir consigo mismo a partir de la asimilación de sus complejas diversidades sociales, étnicas y culturales. Antes

que combatir eficazmente nuestras desigualdades, somos una dudosa sociedad en la que amplios sectores no reconocen a los otros para la navegación colectiva; en la que no se discute sobre como ser solidario y habitar mejor el mismo espacio, sino la mejor manera de excluir o derrotar al diferente, al contrario, –insisto- al otro.

¿La clase media de Ciudad Juárez reconoce como conciudadanos a los cientos de miles de migrantes del sur del país que desde hace veinte años habitan en la desgarrada periferia de la ciudad? ¿Cuántas veces se usa todos los días la sentencia *no-somos-iguales-hay-clases-sociales* para querer confirmarle al otro que la cohabitación es un accidente del destino y que existen límites preescritos por una supuesta y aspiracional superioridad económica, racial o cultural, por un nostálgico afán de dominio?

Un país está enfermo cuando para insultar al otro se usan términos como “indio”, “prole” y “asalariado”, es decir cuando la condición –por una u otra variable o por todas- de la mayoría de su propia población es utilizada para ofender. Pero la enfermedad tiene otros síntomas: tampoco sabemos convivir con nuestros desacuerdos. La política mercantilizada, descarnada y que solo ve por sus propios intereses, esa política que domina la escena en la que se toman las decisiones, da cuenta de ello. La confrontación está arriba, abajo y en todos lados; nos gobierna y parece haberse convertido en el único presente posible.

Estamos atravesados por distintas grietas que crecen y nos separan, que nos impiden vivir armónicamente juntos, en sociedad. Sin embargo, también es claro que –entre jaloneos y discrepancias- hemos decidido continuar el intento de ser un país ¿Cómo hacemos entonces para organizarnos e ir juntos a lo largo de la travesía? ¿Qué determina la ciudadanía en México? ¿Todas y todos tenemos las mismas posibilidades de ejercer esa ciudadanía? ¿Ser ciudadano es un privilegio? Son preguntas que esperan respuesta a la luz de las evidencias que confirman que en la tarea de ser México, tantas cosas no funcionan y tantas otras han dejado de funcionar.

2.2 Sobre nuestro subdesarrollo

El desarrollo económico de América Latina ha estado marcado por el signo de la dependencia y la subordinación prácticamente siempre. Dicho de otra manera, nunca hemos crecido de manera independiente. Desde el siglo XIX y en mayor medida a partir la primeras décadas del siglo XX, la expansión del capital monopólico de los países desarrollados encontró terreno fértil en nuestra región. El punto de partida fue la llegada de capitales dirigidos a la explotación de materias primas que más adelante se tradujo (sobre todo en Argentina, Brasil y México) en inversiones de carácter industrial en alianza con las élites políticas y los grandes empresariados locales.

Sin poner nunca en riesgo el control sobre los medios de producción ni sus tasas de ganancia, a partir de la propiedad de las tecnologías y de una sólida influencia en los gobiernos locales, los consorcios trasnacionales (sobre todo norteamericanos) aseguraron la expansión del proceso de acumulación capitalista en Latinoamérica con múltiples y fecundos efectos. Esta etapa del desarrollo capitalista del siglo XX produjo una radical transformación de las sociedades latinoamericanas. La clase empresarial local acrecentó su poder al asociarse a la inversión extranjera; surgió también una nueva clase media urbana y una sociedad de consumo que agregó rentabilidad (y dependencia) al proceso. A su vez, garantizada por gobiernos generalmente autoritarios en lo interno pero sumisos al poder de las grandes potencias de occidente, la incursión capitalista en las subdesarrolladas naciones latinoamericanas produjo que la desigualdad social creciera como nunca: la base del ciclo había sido fundada en la explotación de las masas empobrecidas y en los bajos salarios que le devolvieron al dinero trasnacional la plusvalía que cada vez era más difícil al interior de los países desarrollados.

Cuando a principios de los setentas el paradigmático auge capitalista de la posguerra –en un mundo repartido y dominado en su polo occidental por Estados Unidos, en plena Guerra Fría y más o menos equilibrado por el Estado de bienestar- comenzaba a mostrar signos de agotamiento, las cosas comenzaron a ir peor en Latinoamérica. El sistema dejaba de responder a las expectativas de desarrollo de amplias capas de la población mundial.

Para unos, eso auguraba –no era la primera vez- el inminente derrumbe del capitalismo. Para otros, los capitalistas, la cosa era más sencilla. Si el sistema había dejado de garantizar el lucro necesario, era la hora de pensar en alternativas. Como ya hemos relatado en el capítulo anterior, un nuevo paradigma estaba en la cocina y valía también para nosotros. La receta: menos Estado, menos política social y absoluta libertad para que los mercados se hicieran cargo de nuestro nuevo y natural “equilibrio”.

En pleno siglo XXI y con una economía globalizada, la dependencia, la desigualdad y el imperialismo siguen entre nosotros. El gran problema adicional es que Latinoamérica ha dejado de jugar aquel papel funcional y altamente rentable al capital financiero que jugó en la posguerra. Nos dejaron la receta y ahora nos debatimos entre viejas y nuevas contradicciones. El capital financiero global ha encontrado otros terrenos y socios en Asia mientras que el horizonte económico de la región está ensombrecido por una grande y negra depresión global. ¿Qué lugar ocupan México y sus ciudades en ese mapa?

Tras casi treinta años de la aplicación sistemática en nuestro país de los esquemas fundados en la disminución al mínimo del papel estatal en la producción y el mercado; en la restricción de la inversión pública y el ahorcamiento presupuestal de las instituciones encargadas de la política social o de aspectos clave para el desarrollo como el sector energético, en el prácticamente nulo crecimiento de la cobertura de la educación superior pública, en la cero regulación protectora de los productores del campo -entre muchas otras regresiones-, los resultados son ominosos. Esto ha ocurrido a pesar de los esfuerzos y contrapesos producidos por la movilización de la sociedad civil y por la postura de las fuerzas parlamentarias opositoras, reflejados en algunas reformas legislativas en materia social y en los financiamientos aprobados por el Congreso para procurar el funcionamiento de las políticas alimentaria y de combate a la pobreza.

Tomando en cuenta que el 78% de la población mexicana vive en alguna ciudad (INEGI, 2010), el 80% de nuestras familias vive con menos de 5 salarios mínimos (INEGI, 2011) y una buena parte de ellas debe sobrevivir con menos de cinco dólares diarios. Con base en datos del Banco Mundial, podemos afirmar que más de la mitad de los habitantes de

México vive en la pobreza y que casi tres cuartas partes de ese universo que hoy es de más de 56 millones de personas, vive en la pobreza extrema. Durante el último sexenio (2006-2012) se agregaron a las filas de la miseria en este país entre dos y cuatro millones de personas al año, cuando menos. Llama la atención que de los más de 8 millones de nuevos pobres que produjo la crisis económica mundial en América Latina durante 2009, cerca de la mitad están en México; tan solo una quinta parte está en Brasil -país que tiene 70% más población y que hasta hace 10 años tenía un Producto Interno Bruto (PIB) similar al de México- y el resto se reparte en Argentina, Colombia, Ecuador, Guatemala y Venezuela. Algo pasa en México que producimos más pobres en condiciones económicas similares o mejores que el resto de Latinoamérica (salvo Brasil) tomando en cuenta que nuestra historia político-económica es además mucho menos cruenta que la de nuestros vecinos (González Amador, 2009) (Banco Mundial, 2011). Indaguemos en algunos hechos concretos...

De los países que integran la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), México es el que tiene la peor recaudación fiscal -que es además una de las más bajas del mundo- al representar esta apenas 18% del Producto Interno Bruto (OCDE, 2012 [1]), aunque diversos estudios calculan menos; sin embargo, la inmensa mayoría de los mexicanos que trabajamos sí pagamos nuestros impuestos de manera puntual ¿Qué pasa entonces? El motivo de nuestra tragedia recaudatoria es que la evasión y la elusión fiscales son prácticamente legales en México porque así ha sido impuesto desde hace tiempo por los partidos políticos de derecha que han gobernado al país.

Las grandes corporaciones privadas mexicanas pagan un ínfima parte de los impuestos que deberían pagar en otros países. Generamos fortunas millonarias al amparo de la debilidad recaudatoria de Estado, al tiempo que el gobierno flaquea cada día más en su capacidad de generar condiciones para el empleo, atender la miseria, la ignorancia y el hambre. La legislación fiscal favorece este régimen de irresponsabilidad empresarial con el desarrollo. Los últimos gobiernos solo han atinado en buscar una pretendida solución a nuestro creciente déficit fiscal con medidas como el aumento del Impuesto al Valor Agregado (IVA) a los alimentos y las medicinas, o cualquier otro subterfugio que le cargue el

costo a los consumidores y a los contribuyentes cautivos: los trabajadores, las clases medias y los pequeños empresarios

Por supuesto, la creciente economía informal tampoco paga impuestos; pero si no nos hacemos cargo de consolidar un régimen de tributación progresiva donde, de manera efectiva, paguen más los que más tienen (que son los que más mecanismos tienen para no pagar), nunca generaremos los empleos formales y productivos necesarios para ampliar la base tributaria o para generar una alternativa a la informalidad y la ilegalidad como medio de subsistencia. Estamos atrapados en un círculo vicioso que, por ser rentable para las elites económicas, pareciera que a la elite política le conviene mantener.

Si tomamos en cuenta que el monto total anual del Producto Interno Bruto mexicano ascendió a cerca de \$15 billones de pesos en 2011 según datos del INEGI (más o menos 1.2 billones de dólares), obtendríamos que cada punto porcentual del PIB equivale a \$150,000 millones de pesos. Si, a través de una nueva política fiscal equitativa fundada en la transparencia, el combate a la corrupción y la eficiencia administrativa, México se propusiera tener una recaudación fiscal similar a la de Chile, país que ocupa la penúltima posición en la tabla de la OCDE y que recauda el 21% de su PIB (OCDE, 2012 [1]), podríamos destinar \$450,000 millones de pesos (3% del PIB) a distintas tareas del desarrollo nacional. En tanto, si nos propusiéramos tener la recaudación de Turquía (25% de su PIB) (OCDE, 2012 [1]), antepenúltimo país recaudador, estaríamos en condiciones de financiar políticas públicas con una inversión de \$1.05 billones de pesos. Sobra decir hasta donde llegaríamos si la tributación en México se acercara al 40 ó 50% del PIB, como en muchos países desarrollados. ¿Para qué nos sirven estas cifras? Más adelante regresaremos a ello.

El desastre educativo mexicano ha sido ampliamente debatido durante los últimos años. Los números no mienten. A más de 100 años de la Revolución no hemos logrado abatir el analfabetismo y hoy casi seis millones de mexicanos y mexicanas no saben leer ni escribir. Al menos uno de cada diez niños no va a la escuela primaria, dos de cada diez adolescentes no asisten a la secundaria y 4.3 de cada diez jóvenes de entre 15 y 19 años no

asiste al bachillerato³ (INEGI, 2010). Estamos hablando de millones de futuros ciudadanos a los que condenamos a no tener futuro, ni expectativas, ni herramientas para participar del desarrollo de su país. Al final, como el rector de nuestra Universidad Nacional ha planteado con crudeza, el resultado es que 7.5 millones de jóvenes que deberían estar estudiando o contar con un primer empleo, ni estudian ni trabajan (Narro, 2010).

El presupuesto público total destinado a la educación en México ha oscilado entre el 4.5 y el 5.5% del PIB en los últimos años (Banco Mundial, 2012; INEE, 2008) aún cuando la UNESCO y la Ley General de Educación señalan que debería destinarse a la tarea educativa el 8% del producto nacional. A la Ciencia y la Tecnología deberíamos destinar el 1% del PIB según la Ley de la materia y solo destinamos entre el 0.3 y el 0.4% (OCDE, 2012 [2]). La UNESCO también ha recomendado asignar el 1% del PIB a la cultura y las artes y el gasto público federal en la materia es de solo 0.1%⁴. Es cierto que las carencias de nuestra política educativa, científica y cultural no se resolverán con el simple aumento del gasto. También es cierto que la eficiencia de nuestra inversión en estos ramos es bajísima. Se estima que solo entre el 2 y el 5% del presupuesto público asignado a la educación, la ciencia y la cultura se convierte en gasto sustantivo (Ver OCDE, 2010) y que el resto se va en financiar una pesada burocracia, gastos superfluos y las corruptas prebendas de las cúpulas sindicales que – obviamente- no resultan en mejores salarios para maestros, científicos y trabajadores de la cultura.

Hay que atacar el problema con responsabilidad; sin embargo, esto no debe ser pretexto para no cifrar un mejor futuro en la calidad y la cobertura universal de la educación pública, en el desarrollo de la investigación científica y en el acceso a los derechos culturales para todos los habitantes. Países como España o Corea del Sur hace treinta años tenían una tasa bruta de matriculación similar a la de México (poco más del 15%). En 2010 esos mismos países tenían a más del 50% de sus jóvenes en la universidad,

³ Este dato incluye a los jóvenes que no ingresan al nivel medio superior y a los que desertan sin terminar sus estudios.

⁴ Este dato se obtiene del cociente resultante de los 1.6 billones de pesos que reporta el INEGI como estimación del PIB mexicano para 2012 y los 16,633 millones de pesos asignados al gasto cultural federal en el Presupuesto de Egresos de la Federación para el mismo año, dato publicado en el Diario Oficial de la Federación.

mientras nosotros mandamos al abismo a casi 7.5 de cada 10 jóvenes de entre 18 y 24 años (OCDE, 2012 [2]): esos millones de mexicanos y mexicanas que deberían estar preparándose para ser los profesionistas que necesita el país. ¿Cómo resolvieron otros países el problema?: con inversión pública aplicada directamente al gasto por alumno, aunque el dogma financiero indicara otra cosa.

De las naciones que integran la OCDE, solo México ha hecho posible que su sistema educativo se deteriore en tal forma y que, en tanto, la educación superior privada haya crecido tres o cuatro veces más que la pública en los últimos veinte años (Ver ANUIES, 2011). ¿Podríamos hacer las cosas de otra manera? Un destacado sociólogo catalán que visitó México hace unos años, nos comentó su azoro al ver en la televisión del hotel un *spot* del Gobierno Federal que mostraba el eslogan “Vivir mejor” acompañado de las imágenes de un convoy de la Policía Federal formado por vehículos blindados y agentes encapuchados con armas largas que recorrían las calles de un pueblo. ¿Cuánto invirtió el gobierno mexicano en esa campaña? ¿Qué mensaje intenta enviar a la población? ¿Eso es vivir mejor? Sabemos que la administración de Felipe Calderón (2006- 2012) logró elevar en un 140% el presupuesto público destinado a la política de seguridad y a la llamada “guerra contra el narcotráfico” según las cifras que aporta la Secretaría de Hacienda mexicana (Rosas, 2012). También conocemos que eso no ha resultado en mayor eficacia de las fuerzas policiales ni en un país más seguro. Nos hemos acostumbrado a que cada día se eleve el número de muertes violentas transmitidas en cadena nacional hasta llegar a 70,000 en un sexenio. Finalmente, sabemos de los millones de mexicanos y mexicanas a los que arrojamamos al abismo cuando dejamos de invertir en mejorar las condiciones de vida de la sociedad.

Hablábamos de los cientos de miles de millones de pesos que el Estado mexicano ha dejado de recaudar en los últimos años y de los enormes déficits de nuestra política social y educativa. Cualquier cálculo, por pesimista que sea, demuestra que es cuestionable el que sea imposible aumentar sustancialmente nuestro gasto social y apostar por la cobertura universal de las políticas de educación, de salud y protección social. Otros países han demostrado que se puede cambiar de ruta y decirle no a las recetas que nos propinan los

portavoces del pensamiento único; que se puede generar empleos y que el libre mercado puede regularse para hacer posibles nuevos equilibrios; que debería ser una obligación mirar primero por las necesidades de la mayoría y que es posible definir entre todos el rumbo y apostar por un cabal Estado democrático, social y de derecho. El problema es que nuestro barco va a la deriva y nada garantiza que no esté en riesgo de hundirse.

El Tratado de Libre Comercio de América del Norte ha traído crecimiento económico, sí. Pero las ganancias solo han sido para los dueños del dinero. Afirmación irrefutable si tomamos en cuenta que en México los salarios han disminuido, el desempleo crecido y la pobreza alimentaria afecta a decenas de millones. Miles de pequeñas y medianas empresas han cerrado sus puertas sin herramientas para competir con los bajos precios de los productos estadounidenses o chinos. En tanto, seguimos expulsando la fuerza de trabajo de millones de jóvenes mexicanos que siguen migrando a Estados Unidos; recibimos a cambio toneladas de armas ilegales y –al amparo de la prohibición de las drogas que los gobiernos mexicano y estadounidense se niegan a revisar a profundidad- el narcotráfico es una industria binacional de miles de millones de dólares con una estela de muerte y violencia.

Vivimos atrapados en un dialéctico círculo vicioso que las clases política y tecnocrática dominantes han dado en llamar estabilidad macroeconómica. Nos dicen que hemos acumulado importantes reservas monetarias porque mantenemos una disciplina económica ejemplar sin despilfarros ni déficit; la realidad es que estamos endeudados sin que las deudas contraídas hayan servido para hacer que la economía crezca a favor de la gente. Deudas que, en cambio, han servido para rescatar al poder del dinero cuando la usura bancaria se desborda o cuando los errores de los gobernantes provocan desastres financieros insostenibles. La disciplina mentada no es más que subordinación a los dictados ideológicos del poder mundial del dinero; así como lo son las falsas “reformas estructurales”, de las que a continuación hablaremos. La riqueza mexicana existe y es producida por el trabajo de los mexicanos. El problema es que la disfrutan unos cuantos y –bajo el esquema vigente- nunca será eficazmente reinvertida en generación de empleos, infraestructura pública, salud, educación y tecnología o seguridad social. No mientras este país siga siendo gobernado por los culpables del desastre privatizador.

2.3 ¿Qué reformas necesita México?

A coro, la propaganda gubernamental, una buena parte de los medios de comunicación, los organismos empresariales y religiosos más conservadores, los comentaristas políticos y financieros que trabajan para esos medios y la mayoría de los políticos tradicionales mexicanos, suelen recetarnos –día y noche desde hace varios años– un discurso uniforme: *los problemas de nuestro país no se resuelven porque no han sido aprobadas las-reformas-estructurales-que-necesita-México*.

El disciplinado y poderoso coro nunca abunda en explicaciones en torno a los contenidos de esas reformas; sin embargo, parece quedar claro que a lo que se refieren es a la instrumentación de una serie de modificaciones constitucionales, gubernamentales y económicas en torno a lo fiscal, lo energético y lo laboral en favor de los intereses del capital privado. Otras reformas posibles y necesarias –según la opinión de otros analistas, otros políticos y otros sectores de la sociedad ajenos al coro– son relegadas a un segundo plano: las reformas educativa, del Estado, ambiental, de los medios, del campo, de los derechos indígenas, para la equidad de género, etc., son menos importantes o simplemente no lo son en la opinión del monotemático coro.

Es importante destacar que, de uno a otro lado de la geometría política, existe un consenso obvio en torno a la necesidad de reformar a México. El primer gran problema, sin embargo, es que no nos hemos puesto de acuerdo en qué reformas implementar. El segundo problema es tal vez más grave: el coro mediático-político-empresarial-ecclesial al que me he referido está convencido de que *no* es necesario debatir ni ponerse de acuerdo porque *las-reformas-estructurales-que-necesita-México* ya han sido concebidas con precisión técnica en otra parte como si se tratara de un pre-escrito destino manifiesto.

Si alguien osa criticar u oponerse a esas reformas -las “únicas posibles” aunque no nos quieran decir de que se tratan- es un enemigo de México, un emisario del pasado, un indeseable peligro, un populista demagogo e irresponsable, obnubilado por la ideología. ¿Por qué para el coro las reformas a imponer son solo unas, sin variaciones ni alternativas?

¿Por qué su virulenta reacción a quien propone otras visiones, otras reformas u otras maneras de reformar lo mismo?

Si analizamos los contenidos concretos incluidos en las iniciativas de reforma constitucional que los legisladores que trabajan en el coro han presentado ante el Congreso de la Unión durante los últimos años, podemos concluir que *las-reformas-estructurales-que-México-necesita* consisten básicamente en a) privatizar la mayor parte de lo que hoy es todavía público: el petróleo, la electricidad, la seguridad social y las pensiones, principalmente (no olvidemos que ya fueron privatizados en los últimos 25 años los ferrocarriles, el ejido, las minas, las carreteras, los bancos, la siderurgia y cientos de empresas públicas); b) reducir salarios, derechos y prestaciones de los trabajadores; c) sostener los privilegios de los líderes sindicales corruptos para contar con su apoyo; d) aumentar los impuestos que paga la clase trabajadora y los pequeños y medianos empresarios, sosteniendo y ampliando los mecanismos de elusión y evasión fiscal de los grandes conglomerados financieros; e) contener al máximo la inversión pública y f) promover la inversión privada transnacional a partir de todo lo anterior.

El coro se ha esforzado por vendernos el paquete arriba descrito envuelto en palabras como “modernización”, “flexibilización” “excelencia para la competitividad” y demás demagogia mercadotécnica. En el camino, han ocultado que la lógica privatizadora ha fracasado en todo el mundo y que hoy una buena parte de los países que la impulsaron desde hace mas de dos décadas han tenido que pagar altos costos por el desastre y diseñar políticas emergentes para revertir los daños. Cuando es solo la ganancia capitalista la que rige nuestros destinos no mejora la calidad de los servicios, ni la competitividad, ni crece la economía: los resultados solo han sido catastróficos. Para mayor ejemplo, recordemos el rescate bancario de 1998, el rescate carretero mexicano o el rescate bursátil de 2009 en Estados Unidos. Todos producidos por el despilfarro y la ambición privados pero pagados con dinero público.

En contraste, si analizamos los contenidos concretos incluidos en las iniciativas de reforma y en los postulados propuestos por algunas izquierdas democráticas, las

universidades públicas y los expertos científicos, o si tomamos en cuenta algunos referentes nacionales como los intentos de reforma del presidente francés François Hollande, las medidas soberanas del gobierno boliviano, el progreso económico brasileño e, incluso, el discurso económico de Barack Obama durante la campaña presidencial estadounidense en 2012, encontraremos un conjunto de alternativas que progresivamente demuestran su eficacia para producir un mundo mejor.

Estas opciones también han tenido –y tienen cada vez más- lugar en múltiples experiencias locales urbanas. El ex alcalde de Curitiba en Brasil, Jaime Lerner (2005), ha hecho una amplia relación del efecto regenerador de la calidad de vida de la sociedad entera producido cuando desde las ciudades se articulan la creatividad, la cooperación, el consenso y la generosidad en intervenciones transformadoras de lugares antes vacíos o supeditados a la dinámica solo mercantil. Regenerar un espacio público, volver peatonal una calle antes asolada por los coches o arreglar un jardín, crear una sociedad cooperativa que administre un café en el bajo puente de una vía rápida, encontrar formas revitalizar y llevar nuevas actividades y habitantes a un barrio degradado: crear acupunturas que estimulen nuevas sinergias colectivas, económicas y culturales que al multiplicarse pueden conformar un proyecto de sociedad. Ahí otro ejemplo. La reflexión, el conocimiento y la acción solidarios también generan valor, y este valor no solo es económico, también es social, ambiental y cultural. ¿Puede ello articular un nuevo paradigma alternativo al paradigma neoliberal? Sigamos reflexionando al respecto.

La inversión pública para crear infraestructura, generar empleo productivo y ampliar los alcances de la educación la ciencia y la tecnología; los límites y equilibrios a favor de la producción local en el marco del libre comercio global; las reformas fiscales redistributivas, el impulso a las pequeñas y medianas empresas, la protección de los productores campesinos con innovación tecnológica y regulación del mercado; el combate eficaz a la corrupción y los monopolios privados; el fortalecimiento de la seguridad social, los salarios y los derechos sociales; la modernización tecnológica y el reforzamiento de las empresas públicas, el uso social y estratégico de la nuevas tecnologías de la información y la

comunicación, la participación ciudadana, son todos factores que generan crecimiento económico, competitividad e inversión. Obviamente, el coro procura no hablar de todo esto.

La pretensión de que existe un pensamiento único y preescrito es uno de los peores inventos de la tecnocracia neoliberal (García Canclini, 1999). Propongo que cada vez que escuchemos hablar de *las-reformas-estructurales-que-necesitamos-a-toda-costa*, desconfiemos. Recordemos que el coro que lo repite sin parar trabaja para los dueños del poder y no para la gente. Las verdaderas reformas que México necesita son muchas, profundas y complejas. Hay distintas opciones que discutir para tomar las mejores decisiones de manera democrática. Las ciudades que han aprendido a transformarse por sí mismas son ejemplo de ello. Es tiempo de entender que nadie más podrá hacerlo por nosotros.

2.4 La política y nuestro barco.

La historia mexicana –de la civilización mesoamericana a la colonia, del turbulento siglo XIX a nuestros días- está atravesada por una visión autoritaria del poder. En contraste, nuestras revoluciones, resistencias populares y revueltas sociales han sido maneras de oponerse a la persistencia del afán de unos por dominar a los otros. Con múltiples traspies, esos esfuerzos colectivos han abierto lapsos y espacios de libertad y soberanía que también se han incorporado al mapa de nuestra identidad nacional. La Independencia, la Reforma liberal, la Revolución, el 68, las batallas de las comunidades indígenas en defensa de su autonomía, los movimientos sociales de diverso signo, la transición democrática, son parte del conjunto que da cuenta de ello. Pero la contradicción aún abraza nuestro ser nacional y le da vida a una cultura política que no es fácil desentrañar.

Entre vencedores y vencidos, el Estado nacional mexicano y un complejo y diverso movimiento social conformado a lo largo del tiempo han sintetizado un extenso expediente de batallas, tradiciones y sueños modernos, de subordinaciones y liberaciones (Gilly, 2002). Así, el entramado institucional que hemos urdido para navegar en este barco es a un tiempo social, democrático y de derecho. También es autoritario, genéticamente burocrático y

abusivo; suele ponerse del lado de los dueños del poder del dinero para permanecer y, siempre, ve primero por sí mismo. Es el ogro filantrópico que alguna vez dibujó Octavio Paz (1979).

Sin restarle méritos al astillero y los planos de Juárez y los liberales, la nave en la que vamos se hizo definitivamente a la mar tras la Revolución. De una u otra forma la abordamos todos y por eso puede navegar. Por lo mismo, a veces se detiene o cambia de rumbo. Siempre ha sido difícil que vayamos viento en popa (o a todo vapor) cuando en el cuarto de máquinas conviven los remos y la turbinas; cuando el barco conserva los mástiles y las velas de siglos anteriores, mientras algunos ponen motores eléctricos que lo impulsan en sentidos diferentes. Agreguemos el problema de remeros, carboneros, y maquinistas que, agotados, explotados e inconformes, se han amotinado una y otra vez en contra de los que juegan cómodamente en el viejo casino del barco y del voluble capitán que solapa a estos últimos. Los tripulantes, oficiales y suboficiales, son como su jefe el capitán. Dicen deberse al barco entero. Pero al final solo están interesados en que el motín de los de abajo –los que mantienen la nave a flote– no termine arrojándolos por la borda. Entonces la tripulación se vuelve experta en las promesas y el engaño. Mejor pensar en la forma de entrar al casino y en tomar algún día el timón para que todo siga más o menos igual, aunque se diga lo contrario.

El régimen autoritario que se consolidó en la posrevolución, aún con su importantísima matriz social, nos heredó una cultura política fundada en la doble moral, el paternalismo y la corrupción. Hace poco, en el año 2000, y tras un prolongado esfuerzo, parecía que una mayoría de los pasajeros de la embarcación nos podíamos poner de acuerdo para sustituir al setentón y envilecido capitán. El Partido Revolucionario Institucional (PRI) fue sustituido en el gobierno pero después poco cambió. La nueva tripulación al mando no fue capaz de encontrar una nueva forma de ser (o tal vez nunca lo quiso). La caída del viejo régimen pudo producir la desaparición del control monopólico de múltiples poderes locales y sectoriales conformados a partir de las opacas reglas del juego que durante décadas lo determinaban todo: la vida cotidiana, la relación de los de arriba y

los de abajo, los criterios para marcar la ruta. El problema es que hoy esos poderes y esas reglas subsisten y se reproducen en todos los campos y en todos los partidos.

Paralelamente, en México se ha consolidado una estructura económica que no resuelve sino ensancha la desigualdad y que ha traído consigo el debilitamiento de lo público frente a los dictados del mercado. Al ritmo del canon mundial, de un lado, el Estado declina su función social y democrática. Por el otro, los poderes fácticos del dinero y el interés privado ascienden hasta reclamar la conducción del sistema. En semejante lance, el conflicto de esos poderes con quienes aspiran a profundizar la democracia y hacer del interés general la carta de navegación es frontal. La crisis político- electoral del 2006 dio cuenta de ello. Para no hundirnos, en 2007 una reforma constitucional de gran envergadura fue necesaria para comenzar a sacar las manos del poder del dinero de las decisiones políticas, pero tampoco fue suficiente. El regreso del viejo PRI al poder lo ha demostrado.

El PRI ganó las elecciones presidenciales de 2012 a pesar del voto inconforme de casi 16 millones de electores y de un amplio movimiento social que intentó evitarlo desde la Ciudad de México y otras ciudades (protagonizado mayoritariamente por cientos de miles de jóvenes). En la coyuntura, sin embargo, fueron más determinantes los viejos artilugios de la fortalecida clase política mexicana: la compra masiva de votos y de opiniones en los medios, la presión clientelar hacia los votantes pobres, el miedo, el dinero sucio. Millones lo vimos con nuestros propios ojos.

Hoy México se encuentra a la deriva justo en la hora de una violenta tormenta global. Ubiquemos entonces en la cultura política el espacio de nuestras contradicciones y lastres. Ese es, también y por lo mismo, el espacio en el que podemos intervenir para desarrollar alternativas. Como lo demuestran las experiencias de intervención política colectiva desde el espacio urbano que más adelante abordaremos a propósito de la transformación de la Ciudad de México, necesitamos nuevas maneras de ver, navegar y entendernos para salir del atolladero. Esas nuevas formas deben fundarse en la construcción ciudadana de una visión y una praxis de la política que contemplen claramente su dimensión ética; en una concepción y un ejercicio del poder en los que se apueste por la horizontalidad.

Entendamos por ello la mayor participación posible de toda la sociedad en las decisiones que le atañen y que, por tanto, determinan al poder, al Estado, al rumbo del desarrollo. Diálogo donde hay confrontación; tolerancia donde se quiere destruir a los diferentes; Estado y gobierno democráticos donde hubo represión, fraude y autoritarismo; laicidad donde cualquier moral religiosa pretenda regatear la agenda republicana y liberal; espíritu solidario donde se han roto los nexos comunitarios; transparencia y honestidad donde ha prevalecido la doble moral; eficacia institucional y rendición de cuentas dónde la opacidad y la ineptitud burocráticas todo lo destruyen; “pensar inconforme” (el concepto se lo escuché a un indio tzotzil del EZLN) y autogestión donde había paternalismo y subordinación.

A pesar de avatares, obstáculos y retrocesos, en México persiste un importante movimiento ciudadano democratizador –hoy fundamentalmente urbano, aunque no únicamente- que comprueba que el actuar social más eficaz es el que parte de la libertad y del pleno acceso al conocimiento, la conciencia crítica y la información necesarios para el ejercicio cabal del libre albedrío colectivo e individual. Esas expresiones de la política construida y llevada a la práctica por la ciudadanía han consumado los más importantes cambios positivos en nuestra historia y, también, demostrado que es viable imaginar una apuesta por la democracia más amplia y radical posible, por la libertad responsable y sin atenuantes, por la justicia y la igualdad. Es una aspiración vigente el cifrar nuestro futuro en el espacio público, en el Estado laico, la pluralidad, la educación pública, la cultura, la ciencia y la tecnología. Valores que dan vida al concepto de moral que es posible y necesario comprometer en la política. Siempre será más factible reanudar la travesía cuando se hace política entre todas y todos.

2.5 Apuntes emergentes sobre el presente y el retorno del PRI⁵

2.5.1 De la #PrimaveraMexicana y la agenda del porvenir

“México es un país al que todo le duele, enfermo de corrupción, infectado de violencia, pero si uno se acerca a su corazón escucha un latido tan enérgico que lo pone a temblar: el de su juventud”. Elena Poniatowska, mayo de 2012.

Mayo de 2012. Un súbito vendaval ha comenzado a soplar por las calles para inyectar oxígeno puro al enrarecido ambiente político mexicano. Si alguien hubiera aventurado hace apenas dos semanas que desde los campus universitarios, las plazas y las avenidas de la Ciudad de México crecería un fuerte movimiento estudiantil de señas democráticas y libertarias con la legitimidad y la inteligencia necesarios para mover la agenda de los partidos políticos y los grandes medios de comunicación en plena campaña presidencial, hubiera sido tachado de loco o de romántico perdido. Y es que, hasta hace unos días, la mayoría de los jóvenes mexicanos eran oficialmente apáticos, desinformados y egoístas.

Pero hagamos un recuento. Todo empezó cuando el candidato presidencial del PRI tuvo una mala jornada en la Universidad Iberoamericana el pasado día 11. Fue algo tan simple y propio de cualquier contienda democrática como el hecho de no haber convencido a un auditorio crítico y luego salir entre abucheos y cuestionamientos. Unas horas después, distinguidos voceros del partido del viejo régimen y de sus aliados (incluyendo a una buena cantidad de medios de comunicación) procedieron a la implementación de una amplia campaña de denuedo contra los estudiantes que habían protagonizado la protesta, calificándolos con voz engolada y solemne preocupación republicana de “porros”,

⁵ Textos publicados por el autor como parte de la columna “Caos beat” en el portal web de la revista Emeequis el 31 de mayo y el 25 de junio de 2012, respectivamente (versiones íntegras) .

“agitadores entrenados”, “falsos estudiantes” y “acarreados de la izquierda”. Nada nuevo en las viejas prácticas de la vieja clase política.

<http://www.youtube.com/watch?v=P7XbocXsFkl>. Es el *link* que lleva al video en Internet que el día 14 del mes fue publicado por 131 jóvenes estudiantes de la Ibero mostrando su rostro, dando sus nombres y rebatiendo frontalmente a los políticos que los habían acusado de impostores (al escribir estas líneas el documento ha sido visitado 1,092,725 ocasiones sin contar sus replicas). El día 18 cientos de alumnos de la misma universidad, ahora acompañados de algunos más de otras universidades privadas y públicas, decidieron protestar ante las instalaciones de Televisa en Santa Fe exigiendo equidad en el tratamiento televisivo de sus propias protestas y posturas.

Desde el 19 de mayo pasado y hasta la fecha, decenas de miles de estudiantes, en su mayoría de entre 15 y 25 años de edad han protagonizado una serie de movilizaciones en la capital –y cada vez más en otras ciudades del país- prácticamente todos los días. Se organizan en asambleas y utilizan como principal arma informativa las redes sociales, aunque también volantes y carteles. Son de la Ibero, de la UNAM, del ITAM, del Tec de Monterrey, del Poli, de la UAM, del Claustro, de la UVM, de la UNITEC, de la UACM, de los Conaleps, de licenciatura y de posgrado, de bachillerato y no pocos de secundaria. Son un movimiento y para identificarse han inventado un *hashtag* de Twitter: #YoSoy132.

Con escepticismo, cuando no soberbia y amargura, una buena parte de ese coro bienpensante y casi uniforme que se ha dado en llamar *comentocracia* y que ocupa casi todos los espacios mediáticos en México se apresuró a minimizar, descalificar, aconsejar y regañar a las muchachas y muchachos. Aún cuando lo-políticamente-correcto les dictara no condenar de plano el hecho básico de una manifestación estudiantil, la tónica fue marcada por frases como “esto no puede verse como el 68”, “no es un movimiento contra el PRI”, “es iluso y cursi pensar que moverán las tendencias electorales”, “no es la primavera mexicana”, “que se cuiden de volverse violentos”, “no son concretos en sus demandas”, “México es un país que ya goza de libertades y apertura informativa” o “se aprovecharán de ellos”.

El *establishment* político y mediático mexicano tiene la mala costumbre de ver a la política (y pretender que todos así la veamos) como un instrumento naturalmente sucio e inmoral o, en otros casos, como una ciencia oculta reservada para el manejo privado de unos cuantos expertos. La visión de la política que le resulta más cómoda a las elites de este país es esa en la que la gente no participa por asco o por miedo. La eficaz política en la que todo tiene un precio y todo se puede comprar o vender. La política en la que gana el mejor embaucador y eso es normal y digno de aplauso. La rancia y opaca política en la que con dinero se puede fabricar un candidato en un laboratorio y pagar el tiempo televisivo necesario para que dicho candidato pueda ser vendido a fuerza de spots y aviesos “comentarios” como un producto fresco y novedoso a un pretendido público inmóvil y desinformado (aunque el contenido debajo de la envoltura sea impresentable).

El movimiento #YoSoy132 ha saltado a la escena presentándose de forma abierta, creativa, irreverente, clara y orgullosa como un movimiento político plural, pacífico y apartidista. Con lucidez y buen ritmo ha hilado un conjunto de ideas programáticas fundadas en una clara vocación democrática, moderna y liberal; en la aspiración a construir un país menos cruento y desigual: que se democratizen y transparenten los medios de comunicación y el acceso a la información para empoderar a los ciudadanos; que México ofrezca oportunidades de desarrollo a todos por igual, solidarizándose con los trabajadores explotados, los indígenas en resistencia, las minorías discriminadas y los condenados al no-futuro; que termine la violencia de Estado; que se garantice el respeto al voto en libertad y los votos se cuenten bien. Que tengamos una democracia más amplia.

Aunque lo nieguen, el movimiento #YoSoy132 ha comenzado a representar un cisma en el soberbio cálculo tecnocrático y el frío *script* mercadotécnico que ya había sido dictado por los dueños de los poderes fácticos mexicanos. Poderes que ya se aprestaban a festejar el regreso a aquella política servil, autoritaria y eficaz que podría finalmente reformar a México en su favor con una mayoría absoluta en el Congreso.

Pero resultó que no. Con propuestas concretas, singular alegría e incómodo espíritu pacifista los jóvenes en la calle han anunciado que votarán en libertad, que el voto nulo no

es su opción; que hay que debatirlo otra vez todo para ponernos de acuerdo en las prioridades, que hay que profundizar en la democracia, las libertades y los derechos y que, ante el anunciado regreso irrefutable de la política corrupta y represora que durante 70 años gobernó a México, ellos reivindicarán a la política horizontal que es derecho y patrimonio de la gente y que siempre hará posible transformar las cosas.

En 1968 un movimiento estudiantil abrió las puertas para la democratización de México a pesar de haber sido detenido con la fuerza de las balas. Entre 1986 y el nuevo siglo muchos movimientos estudiantiles defendieron a la universidad pública de múltiples afanes privatizadores, continuaron la tarea democratizadora, detuvieron guerras, arrinconaron al autoritarismo, reformaron varias veces la Constitución y conquistaron importantes espacios de libertad. Los jóvenes de mayo de 2012 lo recuerdan bien. Ellos también son hijos de la crisis y del cambio pero, tomemos nota, son además hijos de la revolución tecnológica de la información y la globalización: sus posibilidades de interacción son insospechadas y casi infinitas.

En el último artículo que escribió antes de morir (Reforma, 15 de mayo), Carlos Fuentes reflexionaba sobre los retos que tendría el nuevo presidente socialista francés en un mundo convulso. Al final, en la última frase, el escritor concluía lamentando la incapacidad de la política mexicana para debatir los grandes temas de la actualidad y construir una agenda del porvenir. El 30 de mayo en Ciudad Universitaria un estudiante de la UNAM daba inicio a la asamblea del movimiento #YoSoy132 diciendo... *“Bienvenidos al día en que juntos podemos cambiar la balanza y el curso de nuestro tiempo. Queremos cambiar la ignorancia por conciencia, la imposición por libertad, la violencia por paz (...). Tenemos pies que ya no esperan. Tenemos las mejores armas: inteligencia, creatividad, alegría, imaginación. Bienvenidos a la primavera mexicana”*. Parece que alguien se ha propuesto escribir la agenda del porvenir.

2.5.2 Entre el viejo régimen y otro futuro posible

Junio de 2012. Entre 1929 y el año 2000 México vivió bajo la sombra de un gobierno autoritario. Este hecho –que hoy pretende ser subestimado o borrado de la memoria colectiva por sus beneficiarios y herederos- sumió a México en un largo estancamiento económico y retrasó por setenta años la construcción de las instituciones y consensos que hubieran hecho de nuestro país una democracia moderna tras la Revolución Mexicana. En contraste, sobre los hombros de los mexicanos se conformó uno de los regímenes más represivos, corruptos y longevos del siglo XX: aquel que Mario Vargas Llosa definió como “la dictadura perfecta”.

¿Qué tanto recordamos hoy los tiempos del partido de Estado? ¿En qué medida hemos hecho un balance profundo de las herencias regresivas que nos dejó y los daños que infligió a la realidad nacional el vivir sin democracia durante tanto tiempo? A unos días de las elecciones presidenciales que definirán en el futuro de nuestra maltrecha transición democrática, hagamos un somero recuento...

En un principio, el sistema político mexicano se construyó sobre la base del pacto que tejieron los caudillos vencedores de la Revolución para acabar con el escenario de inestabilidad producido por once años de lucha armada. El régimen que nació de ese acuerdo obtuvo una parte importante de su legitimidad al incorporar en su programa -al menos en el papel- las causas y aspiraciones de las vertientes populares y liberales de la Revolución: el reparto agrario, el sufragio efectivo, la educación pública, los derechos laborales, la laicidad y la seguridad social; sin embargo, en la conformación final de ese ideario también prevalecieron los intereses de los terratenientes, hacendados y empresarios que se habían rebelado contra Porfirio Díaz por un afán básicamente económico. Es decir, los intereses de aquellos que terminaron por derrotar y asesinar a Francisco Villa y Emiliano Zapata (Gilly, 2007).

A contracorriente del poder caciquil que ya estaba incrustado en el núcleo fundador la Partido Nacional Revolucionario, solo durante el sexenio de Lázaro Cárdenas (1934-

1940) se intentó llevar a la práctica los ideales emancipadores de la Revolución. En ese lapso se nacionalizó el petróleo, se repartieron las tierras entre los campesinos, se consolidó la educación pública y se pusieron los cimientos de la seguridad social. El cardenismo se propuso echar a andar la modernización cabal de un país desgarrado y empobrecido, pero los poderes fácticos de entonces decidirían detener el tren y cambiar el rumbo (Gilly, 2007).

En poco tiempo, el “Partido de la Revolución Mexicana” se convirtió en un poderoso aparato de control usufructuado por una singular clase política compuesta por los cacicazgos que en nombre de la Revolución decidieron hacerse del dominio absoluto del país para beneficio propio. El régimen optó por enterrar para siempre el sufragio efectivo y aunque el derecho al voto y la libertad de expresión estuvieran consignados en la Constitución, permanecerían secuestrados por el Estado (junto a muchos otros derechos). El gobierno organizaba las elecciones para hacer ganar a su partido. A los opositores se les cooptaba o asesinaba, los votos se compraban y, si no eran suficientes, las urnas se rellenaban con votos falsos. Ningún ciudadano vigilaba los procedimientos y al final, siempre, los candidatos de “la Revolución” proclamaban su triunfo ante la plaza llena de acarreados.

En nombre del nacionalismo revolucionario y a partir de la arbitraria deformación de las leyes y las instituciones, surgió una corrupta élite política que aliada con la derecha empresarial hizo del erario público la fuente eterna de su escandalosa y cínica riqueza privada. Para intentar cubrir de legitimidad lo ilegítimo se enraizó una farragosa demagogia que lo mismo servía para engañar que para someter cualquier discrepancia en nombre de la patria. Cada seis años, el presidente en turno se erigía como el rey absoluto que tenía la capacidad plena de atropellar a los otros poderes nombrando a los jueces a su conveniencia y fraguando los fraudes electorales necesarios para garantizar mayorías serviles y absolutas en el Congreso. Al final del sexenio el presidente nombraba a su sucesor y la televisión, los periódicos y la radio –siempre bien pagados por el régimen– celebraban el advenimiento del nuevo guía de la “revolución institucional”. Así y al amparo

de un inmoral pero eficaz pragmatismo, durante setenta años el viejo régimen se autoreprodujo una y otra vez.

La idea de que es normal e inevitable que los políticos sean millonarios y corruptos sin rendirle cuentas a nadie; la impunidad y la ilegalidad convertidas en gobierno; la incompetencia solapada por el servilismo y la doble moral como forma de ascenso político; el robo del dinero público para fines personales y electorales; el sometimiento de los medios de comunicación al dinero de los políticos; la prepotencia y las prebendas de líderes sindicales gangsteriles; la complicidad entre el poder político y el poder económico para sostener un estado de privilegios a costa del bienestar nacional; el arraigado paternalismo que pretende que los sometidos ciudadanos agradezcan servilmente las migajas de los generosos políticos, son todas formas de hacer política que nos heredó el viejo régimen.

Cuando en 1968 surgió un movimiento estudiantil y popular de oposición que reclamaba libertades democráticas, desde la oficina del Presidente de la República no se dudó un solo segundo en ordenar al Ejército que perpetrara una masacre y lo volvería a hacer en 1971. La tradición represora del régimen nunca se fue. Se estima que desde entonces y hasta la caída del PRI en 2000 miles de activistas y militantes opositores fueron torturados y/o asesinados (600 durante la llamada Guerra Sucia, 600 más tras la fundación del PRD, ¿cuántos durante la rebelión zapatista? ¿cuántos que nunca supimos?).

En 1988 la Corriente Democrática que encabezó Cuauhtémoc Cárdenas, tras romper con el PRI, se alió a la izquierda electoral y a múltiples movimientos sociales para enfrentar al viejo régimen. Ese frente ganó las elecciones presidenciales pero el gobierno implementó un fraude descomunal para imponer a Carlos Salinas de Gortari. Sin embargo, había iniciado la transición democrática.

El régimen salinista se propuso gobernar con mano dura, acabar con los derechos sociales y ponerlo todo en manos del poder del dinero. A pesar de ello, un amplio movimiento civil (incluyendo además de la izquierda a sectores de la derecha democrática y a múltiples expresiones ciudadanas sin partido) nunca dejó de salir a la calle. La prensa

independiente ganó espacios, la sociedad civil tomó forma y el régimen comenzó a verse arrinconado. Tras el surgimiento de la rebelión indígena zapatista y el asesinato del candidato Colosio en 1994, las grietas en el sistema se profundizaron.

En 1996 el movimiento democrático conquistó la autonomía del principal organismo electoral mexicano (el Instituto Federal Electoral) y le quitó al gobierno la organización de los comicios. En 1997 la oposición ganó la mayoría del Congreso y la Ciudad de México eligió por primera vez a sus gobernantes. Múltiples leyes e instituciones fueron reformadas (no por iniciativa del gobierno si no a pesar suyo) para comenzar a dejar atrás la raíz autoritaria del Estado mexicano. Eso permitió que al finalizar el siglo el partido del viejo régimen fuera derrotado en las elecciones presidenciales por el candidato de la derecha Vicente Fox.

Doce años después, la alternancia en el poder no ha sido suficiente para transformar a México y consecuentemente un sector de la población ha perdido fe en la democracia. Sin restarle culpa a las burocracias partidistas que sin proponerse construir una nueva cultura política se enfrascaron en la pugna por el poder utilizando las viejas las reglas del juego inventadas por el PRI, una buena parte de la responsabilidad es del propio Vicente Fox: el presidente que a los pocos meses de asumir el gobierno decidió no reformar los cimientos del México autoritario y corrupto, dar la espalda al cambio democrático para aliarse con los dueños de las estructuras corporativas del antiguo régimen y gobernar para los poderes fácticos. La misma persona que en 2006 vulneró la Constitución y las instituciones al interferir en las elecciones e imponer a su candidato. La misma persona que en 2012 apoyó el retorno del PRI.

La corrupción y la ineptitud autoritaria nos hicieron desperdiciar el auge industrial de la posguerra y la riqueza petrolera, luego nos llevaron a la quiebra. Los gobiernos del viejo régimen nos heredaron un país dolorosamente desigual, estratificado y empobrecido en el que la crisis económica pareciera ser perpetua. Un país que no ha cambiado y que debe cambiar urgentemente. Un país de privilegios para los poderosos y carencias para los ciudadanos, caldo de cultivo de un país violento.

También nos dejaron un profundo desastre educativo y cultural que los gobiernos de la derecha no han podido o querido revertir. Hoy la televisión (convertida en duopolio privado por el viejo régimen y profundamente agradecida por el favor) llega a la práctica totalidad de la población (se puede estimar que en México hay 105 millones de televidentes) y es el principal (casi único) vehículo de información para el 80% de los ciudadanos (Ver INEGI, 2010). En tanto, solo 2.7 millones de jóvenes van a la universidad (ANUIES, 2011), el grado máximo promedio de escolaridad de los mexicanos es la secundaria, millones de personas no saben leer ni escribir, solo un 5% de la población lee el periódico y apenas un poco más del 30% tiene acceso a Internet (INEGI, 2010). Vivimos en un país dónde el poder decide desde hace mucho tiempo lo que deben conocer la mayorías y lo que no, lo que debe ser informado y cómo debe ser informado.

El cambio democrático en México no ha sido fácil y ha estado atravesado por mil obstáculos y contradicciones; sin embargo, lo mejor que nuestro país tiene hoy es ese conjunto de derechos, oportunidades, libertades y espacios obtenidos gracias a la democracia que hemos construido con nuestros pasos, nuestras voces y nuestro valor ciudadano. Dónde la participación, la crítica y la conciencia colectivas determinan las decisiones, como ocurre cada vez más en la Ciudad de México, las cosas han ido mejor y los problemas se resuelven con eficacia. La historia y las evidencias están ahí. Para que México sea un país mejor, más justo, próspero, moderno, menos desigual y sin corrupción, debemos desmontar las podridas estructuras que impiden ver al futuro con esperanza. Hay que continuar la tarea, volver al pasado sería volver a perder el tiempo que ya perdimos una vez. La decisión está en nuestras manos.

Tras recorrer algunas de las coordenadas de las complejas coyunturas que han determinado la realidad nacional mexicana, parece quedar claro que el nuestro es un país con múltiples desafíos en el horizonte. Un país en crisis y que al mismo tiempo se transforma. Un país con más contradicciones y despeñaderos que certezas. Vale en consecuencia preguntarnos si es inevitable que México continúe por la descompuesta senda que ha recorrido durante las últimas décadas. ¿Tiene esa ruta otro destino que no sea el

abismo? ¿Es factible encontrar o construir otro camino? ¿Todo la nación ha caminado en el mismo sentido? ¿Hay otros puertos de llegada u otros puntos de partida? En el siguiente capítulo traeremos a escena a la Ciudad México, una urbe con mucho que contar al respecto.

CAPÍTULO 3

LAS COORDENADAS DE UNA CIUDAD INTERMINABLE

“En el terreno visual, la Ciudad de México es, sobre todo, la demasiada gente. Se puede hacer abstracción del asunto, ver o fotografiar amaneceres desolados, gozar del poderío estético de muros y plazuelas, redescubrir la perfección del aislamiento. Pero en el Distrito Federal la obsesión permanente (el tema insoslayable) es la multitud que rodea a la multitud, la manera que cada persona, así no lo sepa o no lo admita, se precave y atrinchera en el mínimo sitio que la ciudad le concede. Lo íntimo es un permiso, la ‘licencia poética’ que olvida por un segundo que allí están, nomás a unos milímetros, los contingentes que hacen de la vitalidad urbana una opresión sin salida.

El reposo de los ciudadanos se llama tumulto, el torbellino que instrumenta armonías secretas y limitaciones públicas. ¿Y qué es hoy, desde ángulos descriptivos, la Ciudad de México? El gran hacinamiento, el arrepentimiento ante la falta de culpa, el espacio inabarcable donde casi todo es posible a causa de ‘El Milagro’, esa zona de encuentro del trabajo, la tecnología y el azar.”

Carlos Monsiváis, *Los rituales del caos*.

3.1 La ciudad sujeto

Hace unos años, en el Antiguo Colegio de San Ildefonso y poco antes de morir, Friederich Katz contrastaba a la Ciudad de México de nuestros días con la ciudad que tomaron Villa y Zapata en 1914. Ante su auditorio, Katz imaginaba la impresión que a los dos caudillos revolucionarios habría provocado la imponente metrópoli de herencia porfiriana, para luego preguntarse cuál habría sido la reacción de las tropas de la División del Norte y el Ejército Libertador del Sur si esa incursión hubiera ocurrido en el siglo XXI.

La ciudad de aquel noviembre de principios del siglo XX era una ciudad de barrios populares oscuros y miserables, al tiempo de haber sido durante más de tres décadas la sede una régimen fastuoso y dictatorial. Una ciudad desigual. Aquella urbe era también, y en primer lugar, *el objeto* de las grandes luchas para definir el rumbo del país: el centro del poder político y simbólico de una nación convulsa y en disputa desde el inicio de la Independencia de México.

Casi cien años después, pensaba y nos decía Katz, esa misma ciudad pasó de ser el

blanco de múltiples batallas de bandos en conflicto a convertirse en un intenso *sujeto transformador* de la historia de México. Así, Villa y Zapata habrían encontrado hoy una urbe donde la desigualdad seguía ahí, pero también un “*centro de grandes movimientos sociales, (...) dedicada al cambio social, a la transformación cultural, económica y educativa a favor de las clases populares*” (Katz, 2008).

Partiendo de la obvia certeza de que la Ciudad de México sigue estando llena de problemas y de la claridad de que sus retos inmediatos siguen siendo descomunales, parece comprobable que –a la luz de las estadísticas- Katz tenía razón; sin embargo, también es importante preguntarnos cuáles han sido los detonantes del proceso –hasta hace poco impensable- de transformación positiva de una de las concentraciones humanas más grandes y caóticas del orbe. Si al finalizar el siglo XX el Distrito Federal era la ciudad más contaminada, violenta e insegura de América ¿Cómo se pudo conformar ese proceso que ahora hace que la urbe mejore en sus indicadores sociales, económicos y ambientales? ¿Qué razones y qué actores han estado detrás de ese cambio? ¿Lo que está pasando aquí puede cambiar la historia contemporánea del México desigual y violento en el que vivimos?

Antes de ir a los datos que ilustran y responden a lo antes dicho, habría que comenzar visualizando que –más allá de cualquier espíritu centralista- las calles, plazas, barrios y edificios de esta urbe de casi 700 años de edad, son el espejo de la difícil narrativa de una nación entera. Éste ha sido el escenario de mil encuentros y desencuentros, de las victorias y las derrotas, de las crisis y los momentos vitales de la sociedad mexicana, y ello ha supuesto la conformación de un carácter urbano hecho a fuerza de experiencias nada sencillas.

La historia de nuestra ciudad es la historia de sus reinenciones (Gruzinski, 2004). La ciudad azteca nació sobre un lago. La ciudad novohispana se construyó con las piedras de la destruida y derrotada Tenochtitlán. Sin perder nunca su raíz náhuatl pero ya habitada por migrantes indios de todo México, por europeos de distintos orígenes e incluso por miles de trabajadores y esclavos de origen africano, en el siglo XVII la ciudad barroca conjugó la identidad estratificada y confrontada que subyacía en el origen de la Nueva España (Tovar

de Teresa, 2006). Luego, en el siglo XVIII, la ciudad ilustrada y neoclásica se traduciría en alumbrados públicos, en nuevos paseos y drenajes, en mejores trazos y nuevas ideas urbanas. La aspiración moderna, la ciudad que miraba al mundo y al futuro, se irían convirtiendo en un imaginario más o menos compartido. Se comenzaba a inventar un país.

El siglo XIX hizo de éste el lugar donde se forjó el concepto de soberanía y el objeto de nuestra vida independiente: un hervidero de ideas de libertad e igualdad en el marco de una contradictoria realidad social, signo de un intenso cambio histórico. Más adelante, la Reforma liberal y el Porfiriato, la Revolución y la posrevolución, al reinventar al país, también reinventaron la urbe. La vieja y cosmopolita ciudad de los palacios es por ello y desde entonces el espejo más importante de la diversidad cultural, de los sueños y los ideales de una nación.

Hoy, de los murales de San Ildefonso a la Catedral Metropolitana; de la ruinas del Templo Mayor a la Torre Latinoamericana; de la Merced a la Alameda; del Palacio de Bellas Artes y el Zócalo a las viejas vecindades y las tradiciones vivas; de Iztapalapa a Coyoacán, de Azcapotzalco a Tlalpan, de Milpa Alta a Tláhuac, de Cuauhtepac a Santa Fe o Ciudad Universitaria, la huella de las contradicciones, tensiones y acuerdos incluidos en todos los capítulos de una excepcional travesía urbana está presente en lo que el historiador Serge Gruzinski (2004) describió como una ciudad diversa compuesta de muchas ciudades superpuestas.

La actual Ciudad de México es un poliedro étnico y cultural. Nuestro mestizaje es multidimensional y añoso, dinámico y contemporáneo. En los pueblos campesinos del sur del Distrito Federal se habla náhuatl, como se habla otomí, zapoteco y otras lenguas en algunas vecindades del Centro Histórico. A unas cuadras subsisten los refugios del exilio republicano español o los centros sociales de la tradición monárquica borbónica. En torno a decenas de sinagogas o templos maronitas se advierten los esfuerzos urbanizadores de las copiosas y enraizadas comunidades judías y libanesas. La importante herencia de nuestra sangre africana parecería improbable pero deja de serlo cuando caemos en cuenta, ya lo decíamos, de la enorme población negra que la ciudad tuvo a finales del siglo XVII

(Gruzinski, 183- 184). En algunas manzanas enteras de la Colonia Juárez se habla coreano, como se habla mandarín al sur de la Alameda Central. El Caribe está en nuestras venas por obra de la cercanía, la música y la literatura. Ni que decir de la gigantesca aportación cultural que se entretrejió en nuestra identidad cuando aquí se asentaron las distintas migraciones y exilios que durante todo el siglo XX llegaron de Centro y Sudamérica. Luego la interacción cultural y económica masificada que la globalización nos legó ha hecho que el *graffiti* de nuestros muros, el *slang* de nuestros barrios y la música de nuestros bailes callejeros se cifren en códigos y lenguajes comunes que fluyen desde Brooklyn y Sao Paulo, pasando por East L.A., Oaxaca, Tokio, Tijuana y Shangai.

A mediados del siglo XX esta era ya una gran y moderna metrópoli, capital de la República Mexicana. El auge económico producido por la industrialización tras la Segunda Guerra Mundial se construyó sobre la base de del Estado vertical autoritario que ya describimos. Ello produjo la implementación de una amplia política social, que si bien fue producida por la Revolución y trajo consigo escuelas públicas, hospitales, crédito, seguridad social e instituciones culturales, nunca dejó de obedecer en el fondo al afán de control político clientelar del régimen. A la par, surgió un poderoso corporativismo sindical y apareció la corrupción sistémica de los políticos del partido gobernante.

Nuestro desarrollo urbano, antes de ser planeado con alguna visión de sostenibilidad futura, siempre respondió a los intereses económicos de las elites aliadas al poder. Luego, la clase media creció y se consolidó, se ampliaron las avenidas y por ellas comenzaron a circular millones de automóviles. Todo a ritmo de mambo, rancheras y rock and roll en el radio, el cine y la televisión. Para ese momento, el Valle de México ya había perdido por completo sus lagos y de manera un tanto abrupta comenzó a albergar una megaurbe nutrida por la sostenida migración de millones de campesinos y obreros de todo el país. Un nuevo y gigantesco cinturón de barrios precarios y sin servicios crecería sin parar durante varias décadas. La ciudad moderna y funcional de mediados del siglo XX comenzó a entrar en crisis cuando el rígido y burocrático Estado posrevolucionario dejó de tener la capacidad de dar servicios, bienestar, expectativas e inclusión a la clase media y a los hijos de los trabajadores de la megalópolis para asegurar con ello la “paz social”.

3.2 El 68 entre nosotros. Saber desobedecer.

“Pasos incrédulos, obstinados, absortos, voluntariosos, que fueron rescatando, recreando las calles, redescubriendo la Avenida (...). Los transeúntes se transformaron, súbitamente, en ciudadanos; el reconocimiento comunal del trazo de la ciudad le ganó la batalla a la grisura de las tardes tristes...”

Carlos Monsiváis. *Días de guardar* (a propósito de la manifestación silenciosa protagonizada por el movimiento estudiantil en la Ciudad de México el 13 de agosto de 1968).

Hacia la segunda mitad de los años 60 una nueva generación de *chilangos* había crecido y reclamaba espacios, oportunidades, el ejercicio pleno de los derechos consagrados en la Constitución y –sobre todas las cosas- libertades sociales y democráticas. El Movimiento estudiantil y popular de 1968 fue el signo de los nuevos tiempos. Y cuando esa juventud informada y rebelde tomó las calles, un amplio sector de la sociedad la rodeó de solidaridad. El régimen se puso a temblar y en un arrebato recurrió a la represión sangrienta para derrotar al movimiento; sin embargo, un germen democrático había quedado firmemente sembrado, como lo demostraría la historia posterior de México.

Carlos Fuentes (2005), Adolfo Gilly (2002), Carlos Monsiváis, Mario Vargas Llosa (2007), Marshall Berman (1988) y muchos otros han relatado la manera en que los grandes movimientos sociales de la posguerra, y de forma notable el 68 mundial, comenzarían a dar de martillazos a los cimientos de la torre cultural occidental: la familia, el capitalismo, la sexualidad, el machismo, los alcances de la democracia liberal, las guerras de los poderosos. Todo fue puesto en duda, justo cuando el equilibrio planetario y el Estado benefactor surgidos de la Segunda Guerra Mundial comenzaron a mostrar sus primeras fisuras.

Los jóvenes de entonces tenían perfectamente claro que la política no era “*más que el conjunto de las razones para obedecer y de las razones para sublevarse*”, como señala Fernando Savater (1992). La generación de nuestros padres (quien esto escribe nació en el

74) se atrevió a imaginar que la sociedad podía ser diferente. ¿Y si en vez de torre la sociedad fuera un barco? Si las visiones verticales del mundo demostraban su insolvencia para hacer de este un lugar más feliz, era posible imaginar alternativas y estas solo podrían ser ejecutadas por los pasajeros que a lo largo y ancho de la cubierta del barco miraban absortos (hasta ese momento) que el anciano capitán se derrumbaba sobre el timón dejando el barco a la deriva.

En 1968 en México –como en París, Washington y Praga- soplaron con fuerza y visibilidad esos nuevos vientos de cambio. El movimiento estudiantil y popular de aquel año trajo consigo una voz colectiva y discrepante que, aún tras ser acallada con la fuerza de las balas y seguir proscrita de los libros de texto oficiales en las escuelas mexicanas, resuena hasta nuestros días. Expresa o subrepticamente, la herencia rebelde de los jóvenes que entonces –con irreverente alegría y reivindicando la fuerza de las ideas- se atrevieron a tomar las calles para pugnar por la toma de conciencia sobre nuestras contradicciones, para proponer una sociedad solidaria y que la imaginación llegara al poder, permanece.

Teniendo como origen a la Ciudad de México convertida en un renovado sujeto activo, ese sería el punto de partida de una ardua lucha por las libertades democráticas y los derechos sociales en este país. La acción autogestiva ciudadana frente a los terremotos de 1985, la irrupción neocardenista de 1988, los movimientos estudiantiles de los años 80 y 90, la solidaridad con la lucha indígena del EZLN en 1994, la democratización de la Ciudad de México en 1997, la caída del PRI en 2000, el voto por la justicia social en 2006 y las demás batallas que la sociedad civil sigue dando en el siglo XXI, han dado forma a un amplio y pacífico influjo transformador que –visto en perspectiva y a pesar de todos sus traspiés- no ha dejado de ser decisivo en la consecución de un país menos doloroso. Tal vez, nada de ello hubiera sido posible de no ser por la memoria de esos agitados días en que para salir de la noche autoritaria, como alguna vez escribió Carlos Monsiváis, por primera vez en muchísimo tiempo el país volvió a disponer de ciudadanos. Parece claro entonces que desde hace algunas décadas esta ciudad ha sido transformada a lo largo de la historia

contemporánea por sus movimientos sociales. Después, esa fuerza urbana de cambio ha comenzado a reformar a la nación.

Tras el 68 vendrían tiempos difíciles para la capital de la mano de la crisis mundial del Estado de Bienestar en el mundo entero y de la imposición paulatina del paradigma neoliberal. Al tiempo que la inversión pública y el tamaño del aparato gubernamental fueron disminuyendo, la ciudad siguió creciendo; aumentó la desigualdad, el desempleo y la contaminación ambiental se apropió de nuestros días. El 19 de septiembre de 1985 un terremoto lo cimbró todo, acabó con las casas de 50,000 familias y se llevó la vida de miles de personas⁶. Pero la ciudad comenzaría a renacer de sus escombros en poco tiempo cuando sus habitantes salieron a la calle a rescatar a sus heridos, a reconstruir lo posible y a confirmar que la crisis del régimen vertical, autoritario y corrupto tenía como contraparte a una ciudad que sabía organizarse.

Con *Rockdrigo*, *El Tri*, *Botellita de Jerez*, *The Cure*, *The Clash*, *Soda Stereo* y luego *Maldita Vecindad*, *Los Caifanes* y *Santa Sabina* como música de fondo, otra nueva generación de jóvenes excluidos e inconformes protagonizaría en pocos años múltiples movimientos callejeros estudiantiles y culturales con un renovado discurso antiautoritario que exigía democracia plena, nuevos derechos, inclusión y libertades.

3.3 Acuérdate de ayer. La estela del CEU.

Hace más de 25 años, la noche del 31 de octubre de 1986, el abarrotado auditorio Ho Chi Minh de la Facultad de Economía de Ciudad Universitaria fue el escenario en que cerca de 200 activistas estudiantiles pertenecientes a más de 20 escuelas y facultades de la UNAM fundaron el Consejo Estudiantil Universitario (CEU). Dicha organización sería a partir de entonces el órgano de expresión y decisión democrática del más importante movimiento estudiantil surgido en América Latina desde 1968.

⁶ Las cifras sobre la cantidad de muertes producidas por el terremoto de 1985 en la Ciudad de México oscilan en medio de un debate aún presente, en el que priva la desconfianza hacia la reacción gubernamental ante el desastre y las versiones oficiales. Mientras el Registro Civil del DF consignó cerca de 4,000 defunciones, otras versiones ciudadanas hablan de más de 10,000.

Las razones que llevaron al surgimiento del CEU fueron las de la resistencia a la primer gran embestida neoliberal contra la educación superior pública en México. En abril de aquel año, el entonces rector Jorge Carpizo había dado a conocer un ambicioso plan de reformas para la UNAM y ya en septiembre había logrado su aprobación por el mayoritariamente afín Consejo Universitario. El rector veía en los mecanismos de evaluación tradicionales, en la burocratización de la vida académica y en el elevado número de alumnos en los salones de clase las razones de una universidad improductiva e ineficiente.

Aquellos eran los tiempos del franco derrumbe del Estado de bienestar en el mundo y desde el poder financiero transnacional se comenzaban a imponer violentamente todo tipo de reformas estructurales tendientes al desmantelamiento de lo público (derechos y presupuestos sociales, instituciones paraestatales, garantías laborales) en aras de “la eficiencia” que lo adecuara todo al paradigma privatizador. En el caso de la educación superior, ello significaba reducir la matrícula escolar para combatir la “nociva” masificación; cobrar colegiaturas para que los estudiantes “valoraran su educación”; restringir el pase automático del bachillerato a la licenciatura e imponer mecanismos de evaluación centralizada que midieran la eficacia académica a partir de parámetros de productividad en detrimento de la libertad de cátedra.

Al principio, como relatan Salvador Martínez Della Rocca (2010) y Carlos Monsiváis (1987) en sendas crónicas de esos días, el rector tuvo el respaldo de una parte de la opinión pública y la comunidad académica. Pero las cosas no ocurrirían conforme a los planes de las autoridades universitarias. Otro diagnóstico crítico de la situación de la universidad fue construido poco a poco por estudiantes y académicos de la izquierda universitaria. El documento “Fortaleza y debilidad” que sintetizaba las reformas oficiales fue rebatido desde las asambleas hasta quedar en evidencia que el plan del rector omitía que las dificultades académicas de la UNAM eran producto de las malas condiciones de estudio, los bajos salarios de los profesores, el insuficiente presupuesto y el peso autoritario de una gigantesca burocracia; que la inmensa mayoría del alumnado vivía en hogares de bajísimos recursos, que casi 100 mil estudiantes trabajaban para poder estudiar y que cobrarles cuotas los

echaría a la calle. Los estudiantes se resolvieron entonces a combatir la elitización de la UNAM y a proponer otro camino para reformarla.

La generación del CEU era la generación que apenas un año antes había salido a organizar brigadas populares para rescatar de los escombros a los sobrevivientes del terremoto de 1985 junto a una ciudadanía que súbitamente se auto-redescubría en la tragedia. Era la generación que había sorteado los oscuros años de la *guerra sucia*⁷, el miedo y el pasmo tras la masacre de 1968. Era la generación de la crisis económica. Todo ello la convirtió en una generación diferente. Los núcleos de activistas más politizados habían convivido durante años en una vida militante determinada por la presencia de profesores veteranos del 68. El terremoto les había inculcado el valor de la rebeldía, la toma de decisiones y la acción colectiva como forma de vida ante un presente hostil. Las y los jóvenes de ese tiempo habían dejado de temer al autoritarismo presidencial y protagonizarían entonces un importante sacudimiento de la cultura política tradicional. Así, el CEU construyó una identidad de lucha a la que se sumaron cientos de miles de estudiantes. Fue un movimiento inteligente, creativo y festivo que hizo de la exigencia de diálogo público del 68 una realidad. Al lograr que los debates con los funcionarios universitarios fueran transmitidos por Radio UNAM, el CEU rompió el cerco informativo que entonces era la condena de toda acción opositora. Más de un millón de radioescuchas siguieron los debates que tenían lugar en el auditorio *Che Guevara* y así el CEU se ganó la simpatía de una multitud de ciudadanos que se sentían reflejados en el discurso ceuísta que hablaba del papel transformador de la universidad, del autoritarismo, de igualdad, democracia y justicia social.

El CEU tuvo como primer postulado la reforma democrática de la UNAM para el fortalecimiento académico de su carácter público como alternativa a su reforma autoritaria. Propuso entonces que la salida al conflicto fuera la derogación del Plan Carpizo y la realización de un Congreso Universitario. Para conseguirlo, tras ganar los debates del *Che*

⁷ Término conocido para llamar al periodo comprendido aproximadamente entre 1970 y 1988, en el cual y según se ha denunciado, fueron detenidos, desaparecidos, ejecutados o perseguidos cientos de activistas de izquierda en México—algunos de ellos participantes en movimientos armados de oposición— por fuerzas policíacas o paramilitares del régimen.

Guevara, la asamblea plenaria del CEU decidió ir a la huelga. La huelga la sostuvieron miles con entusiasmo y tuvo el respaldo de amplios sectores de la sociedad civil, muchísimos profesores y los sindicatos independientes. Diez días después y tras una serie de memorables manifestaciones masivas que desde el otoño anterior habían colmado de vida democrática y rebelde las avenidas de la Ciudad de México, la rectoría cedió y el plan oficial de reformas fue derogado. Al discurso tecnocrático de la “modernización” neoliberal, le había salido al paso otro discurso: el de un movimiento estudiantil que imaginó una modernidad diferente en la que el conocimiento y la cultura eran un espacio horizontal e incluyente para cambiar colectivamente las cosas.

Tras la victoria de 1987 el CEU siguió existiendo y produjo dos generaciones de activistas estudiantiles. Se convirtió también en un actor determinante en la democratización de la ciudad y el país. De la mano de los jóvenes más marginados de la zona metropolitana, el CEU combatió desde la cultura y el arte a las *razias*⁸ policíacas en los barrios marginales de Ciudad Neza y Santa Fe hasta acabar con ellas. La decisión mayoritaria de los ceuístas de sumarse al movimiento opositor encabezado por Cuauhtémoc Cárdenas en 1988 sería determinante para la consolidación de la izquierda electoral mexicana y la fase crítica de la transición democrática. En 1990 se realizó el Congreso Universitario con una amplia mayoría de representantes estudiantiles integrantes del CEU y una reforma parcial de la UNAM resultó acordada, poniendo a salvo su carácter público.

En 1991 y 1992 el CEU volvió a movilizarse y sus asambleas se reactivaron para protagonizar otro gran movimiento en contra de un renovado intento por cobrar colegiaturas en la UNAM. Una vez más, el CEU logró defender la gratuidad. En 1994 fueron los ceuístas los primeros en salir a las calles para luchar contra la guerra, detenerla junto a otros sectores de la sociedad civil y luego solidarizarse con el EZLN. Esa sería la base de una sostenida solidaridad ciudadana con los pueblos indígenas zapatistas cercados por el Ejército. Durante varios años cientos de toneladas de ayuda humanitaria acopiadas en

⁸ Forma de llamar a las redadas y detenciones policíacas en contra de “bandas”, fiestas, manifestaciones o reuniones juveniles en los años 80 del siglo XX.

grandes festivales de rock fueron llevadas por cientos de estudiantes a la zona de conflicto en la selva chiapaneca, lo cual se traduciría también en el punto de quiebre para una generación de jóvenes urbanos que ahora cuestionaban la política tradicional mexicana tras conocer la digna y segregada mirada de los pueblos indios de México. En 1995 los activistas del CEU volvieron a protagonizar el primer movimiento en mucho tiempo que resistió la exclusión de miles de jóvenes que buscaban un lugar en la educación superior y media superior. Gracias a ello, al poco tiempo los gobiernos federal y de la zona metropolitana del Valle de México tuvieron que garantizar la cobertura universal en el bachillerato. El CEU siempre demostró que la indignación no era suficiente; que la tarea era actuar, movilizarse pacíficamente, proponer, debatir, hacer política y convencer desde la fuerza de la razón para transformar las cosas.

En 1997 el CEU se hizo cargo de la estructura organizativa que proveyó de cientos de cuadros políticos que tocaron la puerta de miles de casas en todos los barrios de la ciudad para convencer a la gente y hacer posible así la victoria del candidato de la izquierda, Cuauhtémoc Cárdenas, en las primeras votaciones democráticas para elegir al Jefe de Gobierno de la Ciudad de México. Una buena cantidad de ceuístas se incorporaron al nuevo gobierno y fueron determinantes en la generación de múltiples políticas públicas en el ámbito social, cultural, educativo y en la política de participación ciudadana. El conflicto universitario de 1999, producido una vez más por la obcecada idea de cobrar colegiaturas en la UNAM, sería protagonizado por una nueva generación claramente determinada por la agudización de la crisis mexicana y por la exclusión social y política de la juventud. Fue el llamado Consejo General de Huelga (CGH) y ya no el CEU quien condujo el movimiento.

25 años después de aquel 31 de octubre, me dice Imanol Ordorika (2011): *“la UNAM de hoy se parece mucho más a la que quiso construir el CEU que a la que buscaba la rectoría”*. Así es, y sigue cambiando. También la ciudad. Si hoy el D.F. es una ciudad que construye libertades democráticas y derechos gobernada por la izquierda, en la que la práctica totalidad de los estudiantes de bachillerato reciben una beca para sostenerse en la escuela (y se busca que así sea también el nivel superior); si ante la persistencia de los afanes privatizadores de la educación, hoy se ha vuelto incuestionable el papel de la universidad

pública y gratuita como instrumento de equidad y movilidad social; si la UNAM pública e incluyente sigue siendo un baluarte de calidad académica y crítico “espejo del mejor México posible” (Martínez Della Rocca y Ordorika, 1993), mucho tuvo que ver el CEU.

Tenía 12 años cuando mis padres me llevaron a la primera marcha del CEU un 6 de noviembre por la noche. Luego acudí a todas las demás y a una buena cantidad de asambleas; me escapaba con mis compañeros de la secundaria para escuchar en un radio portátil los diálogos públicos (por poco fuimos expulsados) y participé en las guardias nocturnas de la huelga. Vi a Maldita Vecindad en su primera aparición pública tocando en un camión azul de redilas en la gran manifestación que el 21 de enero de 1987 llenó por primera vez el Zócalo de estudiantes desde 1968. Unos años después, en el otoño de 1989, entré al CCH sur. El primer día, antes de ir a clases, fui a buscar el cubículo del CEU para informar de mi-incorporación-formal-al-movimiento. El pequeño cubículo tenía un bello nombre: “Acuérdate de ayer”; a las pocas horas había recibido mis primeras lecciones de mimeógrafo, saloneo, volanteo y me fueron asignadas unas primeras lecturas de informes de la OCDE y crítica marxista. Vendrían luego los mejores años de mi vida al lado de muchísimos compañeros y compañeras del alma con los que desde entonces compartí batallas entrañables, lances temerarios para cambiar al mundo desde las calles, prolongadísimas y didácticas asambleas de debates memorables, agueridas discusiones teóricas, rupturas, reinenciones, derrotas, victorias, represiones y gigantescos aprendizajes. Veintitantos años después, vale acordarse de ayer con orgullo ceuísta para imaginar un futuro diferente al cruento presente que vive México.

La lucha estudiantil, sindical, electoral y urbana de los 80 y 90 en la Ciudad de México fue un poderoso factor para la consecución de una importante reforma del Estado mexicano: aquella que posibilitaría pocos años después la realización en México de elecciones constitucionales limpias y libres, al menos en principio. Había iniciado la transición de nuestro país a la democracia y la capital mexicana comenzaría a elegir a sus autoridades en las urnas a partir de 1997. Nada fue fácil ni gratuito; detrás de todo obraba el expediente democrático de la ciudad más grande de América. Detrás de esa joven democracia estaban la ciudad siempre plural y contradictoria; la ciudad multicultural, la

ciudad solidaria que había tomado conciencia plena de sí misma. Se acercaba el siglo XXI ¿Hasta dónde sería capaz de llegar aquel impulso transformador?

3.4 Relato de una ciudad transformadora

Hace entonces poco más de quince años -tras esa ardua y larga gesta ciudadana que también ayudaría a democratizar al país- que los habitantes del Distrito Federal conquistamos el derecho de elegir a nuestros gobernantes. El sistema democrático local de la Ciudad de México es formalmente por ello el más joven de los existentes en las 32 entidades de la República Mexicana. Sin embargo, es importante notar que la democracia conquistada en la capital de México tiene características contradictorias que la hacen diferente de la existente en el resto del la nación.

En primer término, la nuestra es una democracia escatimada por la federación. Hasta hoy, el México conservador de resabios autoritarios sigue haciendo valer su peso en el Congreso de la Unión y otros ámbitos del Estado nacional para bloquear la posibilidad de que la Ciudad de México adquiriera los derechos plenos de otras entidades. Aunque con nuestro voto mayoritario hemos confirmado la voluntad de ser una entidad más de la República -incluso con constitución y congreso propios, municipios y cabildos- el régimen democrático del Distrito Federal está incompleto por la imposición de intereses ajenos a la voluntad de los que aquí habitamos.

¿Existe en la clase política dominante temor al influjo democrático y transformador de la Ciudad de México? Pareciera que sí. Lo cierto es que mientras se nos niega ser ciudadanos con los mismos derechos de elección que los habitantes del interior de la República, quienes aquí vivimos hemos seguido construyendo y ampliando nuestra democracia local. En poco tiempo y por decisión propia, la capital mexicana se ha dotado de figuras legales para la participación política como el referéndum, el plebiscito, la iniciativa popular, los consejos ciudadanos, el presupuesto participativo y las audiencias públicas, extendiendo a ámbitos que están más allá de lo electoral esa vocación democratizadora.

Nos falta mucho por hacer y, por supuesto, debemos mejorar lo conquistado; sin embargo, nuestra naturaleza plural está ahí y no hay entidad de la República en que los asuntos públicos se discutan tanto, la rendición de cuentas de los gobernantes y representantes sea tan obligada o en que los debates vecinales y de opinión pública sean tan relevantes para las decisiones de gobierno. En resumen, mientras la democracia nacional camina disminuida por los lastres oligárquicos y autoritarios de nuestras herencias históricas, la Ciudad de México se está convirtiendo en la entidad más democrática del país porque *quiere* ser más democrática, aún tomando en cuenta los claroscuros derivados de las prácticas clientelares y las disputas internas por cotos de poder que han menguado una parte de la naturaleza ciudadana original del gobernante Partido de la Revolución Democrática, principal organismo político de la izquierda mexicana.

La democratización de la capital de México ha sido construida desde abajo y de manera plural. En ella se cruzan los caminos de la clase trabajadora y los barrios populares que durante décadas han bregado por mejores condiciones de vida y oportunidades equitativas; también las aspiraciones de una clase media más liberal e informada que la del resto de México. Es así que la circunstancia democrática capitalina tiene las señas de la oposición al autoritarismo, la sociedad abierta, las libertades políticas y la inclusión social.

No es gratuito entonces que desde 1997 ese proceso haya ido acompañado de la creación de una política pública de signo social y progresista que se propone abatir la desigualdad. La mayoría de los electores de la Ciudad de México ha votado por la izquierda durante cuatro administraciones consecutivas (entre intensos debates y una creciente exigencia de resultados). Ello entraña al final una visión colectiva que apuesta críticamente contra la exclusión, que ve en los derechos y las libertades las claves de una sociedad mejor. Mientras la desigualdad desgarrar al país, aquí se han generado alternativas para contener el avance de la pobreza que genera el modelo económico reinante en México y el mundo. Esas alternativas -que primero fueron tildadas de populistas para después ser copiadas por los

mismos que las descalificaban⁹- con el tiempo han ido demostrando su eficacia. También, que es posible una política social de fondo sin desequilibrar las finanzas públicas: la hacienda de la ciudad es la más sana y equilibrada del país, aún tomando en cuenta que el D.F. aporta entre la cuarta y la quinta parte del Producto Interno Bruto y de los ingresos fiscales federales, mientras solo recibe poco más del 10% de esos ingresos a la hora de la distribución entre las entidades federativas (Márquez, 2009).

En realidad, lo que se ha hecho en esta urbe tiene sus símiles en múltiples medidas de protección social básica aplicadas en muchos países desarrollados desde hace varias décadas. La clave ha sido que el austero presupuesto de la capital se oriente primero al gasto social y a la infraestructura pública, antes que a los salarios de los altos funcionarios o a cualquier otra cosa. Así, el Distrito Federal ha logrado que su economía vaya mejor que la del resto de la nación, evitando que la gente pierda su poder adquisitivo y procurando que a la destrucción del tejido comunitario producida por la dinámica financiera global se le combata auspiciando el mayor bienestar posible y un sentido de comunidad. Con ello, la inversión productiva ha aumentado al encontrar mejores condiciones que en otros lugares y la recaudación fiscal local se ha convertido en la más alta y eficaz de México (Márquez, *Ibid*).

Con alrededor de nueve millones de habitantes y la tarea de dar servicios a cinco millones más que aquí trabajan pero viven en la zona conurbada, en el Distrito Federal¹⁰ más de 500,000 adultos mayores y alrededor de 20,000 madres solteras de bajos recursos reciben cada mes y de manera universal una pensión por parte del gobierno de la ciudad. Muchos de ellos y ellas, cuando no tienen otra opción, reciben en su casa medicinas y atención médica sin costo. Las familias de alrededor de 150,000 niños reciben apoyos dirigidos a que estos concluyan la primaria. Más de 90,000 personas comen todos los días por diez pesos en trescientas cocinas comunitarias que funcionan como cooperativas y

⁹ Políticas públicas iniciadas en la Ciudad de México como la pensión universal para adultos mayores o la beca para todos los estudiantes de bachillerato público, han querido ser reproducidas por el gobierno federal y algunos gobierno locales durante los últimos diez años, sin mucho éxito y sin un carácter realmente universal.

¹⁰ Las cifras incluidas en este párrafo tienen como fuente los anexos estadísticos del *Sexto Informe de Gobierno de Marcelo Ebrard Casaubón* (GDF, 2012), como se señala casi al final del mismo.

lugares de reunión cotidiana a los que acude cualquier ciudadano en dificultades que, en otras circunstancias, no tendría dónde, ni con quién, ni qué comer. 7,500 personas portadoras de VIH Sida reciben atención y medicamentos de manera gratuita en la única clínica pública especializada para ello en México. Ésta fue la primera entidad en establecer el seguro de desempleo y hoy ampara con él a más de 200,000 personas que han perdido su puesto de trabajo a raíz de las recientes crisis económicas. Y si el crédito social para tener una vivienda propia para los que ganan poco (casi todos) es imposible en México, aquí cientos de miles tienen acceso a él. Al final más de cinco millones de habitantes son beneficiarios de algún programa social. Especial mención merece el hecho de que 220,000 estudiantes de bachillerato público de la capital (la práctica totalidad de la matrícula) cuenten desde 2007 con una beca para asegurar que concluyan sus estudios. Con esta medida la deserción escolar en el nivel medio superior en la Ciudad de México bajó a 6% y prácticamente todo joven tiene un lugar en la escuela (GDF, 2012), mientras en el país más del 50% de los jóvenes de entre 15 y 19 años no accede al bachillerato o no lo termina (INEGI, 2010).

El Índice de Desarrollo Humano elaborado por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) señala para el caso de México que durante todo el siglo XXI (lapso coincidente con la consolidación del gobierno democrático de la ciudad) el Distrito Federal ha ocupado entre todas las entidades federativas el primer lugar en calidad y esperanza de vida, ingreso, escolaridad, empleo y equidad. Es relevante que cada año la capital mexicana haya ampliado su ventaja sobre los estados de la República en proporciones cada vez mayores (PNUD, 2012).

La capital mexicana fue considerada una de las urbes más contaminadas del mundo al finalizar el siglo XX. Sin embargo, de acuerdo a las mediciones acumuladas del Sistema de Monitoreo Atmosférico de la Ciudad de México, tras la aplicación sistemática de distintos programas de control de emisiones y cultura ambiental, todos los niveles de contaminantes en el aire del D.F. disminuyeron sensiblemente en el periodo 1990- 2010. En ese lapso las concentraciones de Dióxido de Azufre, Dióxido de Nitrógeno, Monóxido de Carbono y Ozono en el ambiente de la Ciudad de México se redujeron en alrededor de 60%, en tanto que la

presencia de plomo y partículas suspendidas en el aire se redujo en cerca de 90% (SMA-GDF, 2010). Se estima que un 20% de los usuarios de los nuevos sistemas de movilidad y transporte público de la Ciudad de México (Metrobús, bicicletas públicas, ciclovías, calles peatonales y ampliaciones del Metro) han dejado utilizar su automóvil, destacando que en enero de 2013 el gobierno capitalino recibió el Premio Internacional de Transporte Sustentable “por su liderazgo en buenas prácticas de movilidad” (ITDP, 2013), otorgado por los principales organismos mundiales dedicados al medio ambiente y la movilidad urbana.

Según el Índice Nacional de Corrupción y Buen Gobierno elaborado por el organismo Transparencia Mexicana, la percepción ciudadana de actos de corrupción en la Ciudad de México disminuyó –con altibajos- entre 44% y 21% en el periodo 2001-2010 (Transparencia Mexicana, 2010), en tanto que en 2012 un amplio estudio nacional del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) consideró a los organismos del Gobierno Distrito Federal como los de mayor acceso a la información pública en el país.

Tras haber sido la entidad más violenta e insegura de México, hoy la capital se está convirtiendo en la más segura y la menos violenta según las estadísticas oficiales y la percepción ciudadana (GDF, 2012). Este proceso comenzó desde los primeros años del siglo XXI. Mientras desde entonces muchas de las ciudades importantes del interior de la república se volvieron alarmantemente más violentas e inseguras, todos los índices delictivos disminuyeron radicalmente en la Ciudad de México (CIDAC, 2009 y 2012): hoy el DF está en el lugar 22 en la tasa de homicidios por habitante entre los 32 estados del país (estuvo en primer lugar hasta finales del siglo XX). En tanto, el robo, los crímenes de alto impacto, la violencia urbana y los secuestros disminuyeron entre 45 y 120%, dependiendo de la modalidad de los delitos.

¿Cómo hemos llegado hasta ahí? Los datos aquí mencionados, que son solo algunos, dan cuenta de la conformación de la política social más amplia de América Latina y, sin duda, esa es una de las respuestas. Pero hay más claves. También es importante entender los claroscuros y las insuficiencias.

La Ciudad de México ha emprendido un conjunto de reformas administrativas y

legales para la construcción de nuevas políticas públicas y mecanismos de gestión que le han permitido emprender un proceso integral de transformación. El mapa se ha trazado a partir un diagnóstico exhaustivo de las muchas dimensiones de la gigantesca problemática de la megalópolis y en un vigoroso proceso de debate que ha incluido a la academia, a la opinión pública, a los funcionarios públicos, la iniciativa privada y a múltiples organizaciones sociales. Aún cuando existe una nueva Ley de Participación Ciudadana, comités vecinales electos en las urnas y mecanismos de presupuesto participativo, es medular que el involucramiento de los habitantes sea mayor en todas las decisiones, que éste avance en la evaluación de la gestión pública y que produzca mejores y mayores formas de cooperación en la acción.

La redensificación de la zona central de la Ciudad de México -despoblada tras el terremoto de 1985 y cuya centralidad económica había decaído al finalizar el siglo XX en un marco de fragmentación y extensión caótica de la urbanización- se ha venido materializando de manera constante tras una década de aplicación sistemática de las políticas que la ciudad se propuso para ello a través de sus programas generales de desarrollo económico, social y urbano (GDF, 2003 y 2007). Paralelamente hay que reparar en que, sin embargo, también se han desatado nuevas dinámicas que impactan la realidad geopolítica interna del DF. La subdivisión territorial y de gobierno que la ciudad heredó del viejo régimen no se modificó al iniciar su autogobierno en 1997. Las 16 delegaciones políticas que durante el siglo XX se conformaron como demarcaciones interiores fueron diseñadas para una ciudad que hoy es muy distinta. El reto para la organización política interna de la Ciudad de México es cada vez mayor a la luz de la mayor importancia que las instancias de gobierno local pueden adquirir en un complejo entramado que se revitaliza y redensifica, pero que al mismo tiempo arrastra problemas como la insuficiencia infraestructural y de los servicios públicos en múltiples territorios, así como distintas formas de desigualdad social que persisten y contrastan con una ciudadanía cada vez más exigente y participativa.

Es fundamental que a la reactivación de la ciudad central le sigan proyectos urbanísticos integrales para la creación de nuevas centralidades en la periferia. Los barrios

periféricos deben ser integrados al proceso de regeneración urbana a partir de la reforma de la movilidad y las infraestructuras y de la creación de nuevos espacios públicos. Se debe aspirar a una ciudad policéntrica, articulada e integrada, igualitaria en sus servicios, derechos y posibilidades. Una ciudad en la que los trabajadores no deban pasar tres horas en el tráfico para trasladarse de su casa a su lugar de empleo, si no que también tengan la posibilidad de encontrar oportunidades en sus barrios. Para ello habría que profundizar sin cansancio en la conformación de alternativas económicas locales.

Otra clave para comprender el momento que vive la ciudad capital es su evolución económica. En términos metropolitanos, el Valle de México se ha posicionado como una ciudad con amplias posibilidades de inserción global. La zona reúne infraestructuras acumuladas en el tiempo que, si bien deben adaptarse y renovarse para ser plenamente funcionales en los nuevos tiempos, han sido y son la base de una importante actividad productiva y una intensa vida urbana. Por otro lado, como ocurre en otras metrópolis que están siendo transformadas por la globalización, la actividad industrial ha mutado y disminuido, abonando en el déficit de empleo formal y en la fragmentación del tejido urbano, aunque eventualmente esto produzca nuevas oportunidades potenciales de desarrollo territorial.

La economía de la Zona Metropolitana del Valle de México ha transitado considerablemente a la concentración y el crecimiento de los servicios como principal ámbito de trabajo y generación de riqueza. Factores para ello han sido la relativamente buena conectividad metropolitana, la influencia regional y nacional de la ciudad, el vasto capital humano, bien calificado y especializado. La presencia en la ciudad de las más importantes instituciones educativas y de investigación científica y tecnológica ha producido a lo largo de las últimas décadas una substancial cantidad de profesionistas, científicos, tecnólogos, artistas y mil procesos donde el conocimiento y la cultura posibilitan nuevas actividades que van de lo cooperativo a lo industrial. Ahí una alternativa; sin embargo, debe tenerse en cuenta que la búsqueda de opciones productivas locales debe reforzarse ante el crecimiento de la informalidad como única opción de sobrevivencia para millones de personas. ¿Podría la ciudad crear una opción económica propia reciclando e

industrializando sus propios residuos sólidos? ¿Puede la economía informal traducirse en opciones creativas de servicios y mercados cooperativos formales? ¿Cómo hacer para llevar hasta sus últimas consecuencias la reforma del transporte público? ¿Es factible sostener el crecimiento económico interno haciendo de la reinversión urbanística un factor productivo que genere empleos permanentes y refuerce la fiscalidad?

Nada de esto es ajeno a las políticas públicas de revitalización urbana ocurridas en el D.F. en los últimos años a partir de la sinergia político- económica, la concertación política y la participación de múltiples agentes en nuevas interacciones sociales. Hay mucho por hacer. En tanto, queda claro que la Ciudad de México es una apuesta colectiva en desarrollo. Una ciudad que hace conciencia de sí misma cada día y construye las soluciones que tiene a su alcance. El resultado es que la inversión, tanto pública como privada, han sido atraídas por la capital con mucho más eficacia que el resto de México. La ciudad ofrece certidumbre y atraktividad, políticas y proyectos urbanos claros y una vasta de fuerza de trabajo.

Para sintetizar la dimensión económica actual del Distrito Federal es útil la definición que de ella hace el propio gobierno federal mexicano (SE, 2013)...

“La Ciudad de México es una de las más dinámicas en la economía global. Es el centro financiero de Latinoamérica y la capital política, económica y cultural de México. El D.F. es la ciudad con el acceso a mercados y clientes más concentrado del País. Cuenta con un enorme potencial para ser un competidor activo y protagónico en la nueva dinámica mundial, por ello es la ciudad ideal para invertir. El Producto Interno Bruto (del Distrito Federal ascendió a 2.3 billones de pesos (200 mil millones de dólares, aproximadamente) en 2011 (...). Las actividades terciarias, entre las que se encuentran el comercio y los servicios financieros y de seguros, aportaron 85.0% al PIB estatal en 2011. El D.F. recibió 13,566 millones de dólares por concepto de inversión extranjera directa (IED) en 2011, lo que representó 69.8% de la IED recibida en México. La industria manufacturera y el sector de servicios financieros fueron los principales

*receptores de la inversión extranjera directa recibida por el Distrito en 2011*¹¹.

El cambio en el Distrito Federal se ha cifrado en la exigibilidad y la ampliación de los derechos y las libertades existentes en la Constitución, así como en la creación de nuevos derechos y libertades. Si bien la cultura política clientelar heredada del viejo régimen constituye una contradicción a superar, la ciudad solidaria que se forjó en tantas batallas difíciles y que creció abrazando a millones de migrantes, excluidos y perseguidos, hoy se ha propuesto resolver el presente e imaginar su futuro con equidad y sentido comunitario: sin discriminación a los diferentes, defendiendo el derecho de las mujeres a decidir sobre sus cuerpos; poniendo por delante el derecho a una vida digna, el derecho a la educación, la cultura y los beneficios de la ciencia y la tecnología; el derecho al transporte público, el empleo, la salud y un medio ambiente limpio.

No es nada del otro mundo, pero a este país hace tiempo que le hace falta reivindicar la función del Estado moderno social, democrático y de derecho, así como la certeza de que es posible encontrar caminos alternos a los que el recetario neoliberal nos ha querido condenar. Sin cantar victoria, la Ciudad de México confirma que desde lo local, la globalización y sus efectos pueden ser otros. También que México puede ser diferente. Solo se trata de concebir el lugar en que vivimos como un gran espacio público, en el que siendo diferentes todos somos iguales y podemos aspirar a caminar por la calle y conocernos y entendernos y ayudarnos. Sin miedo.

3.5 Sobre el discurso en la política urbana. La visión de los gobernantes de la Ciudad de México.

Hemos hecho ya un recorrido por algunas de las dimensiones históricas y sociales del proceso de transformación de la Ciudad de México. Pero antes de ir al siguiente capítulo, considero que también es importante poner atención a uno de los factores que conforman

¹¹ Hay que señalar que algunas de estas cifras discrepan con las estimaciones hechas por el Gobierno del DF y por múltiples organismos nacionales e internacionales que estiman el PIB local en más de 300,000 millones de dólares. Esto haría de la Ciudad de México la octava economía urbana del mundo.

la singularidad de la relación ciudadanía- gobierno que parece tener lugar en la dimensión local de las urbes: la mayor cercanía entre el discurso y la crítica, la acción política y los cambios concretos. Si, como hemos explicado, en la globalización se disuelve la capacidad de los Estados nacionales para resolver los problemas estructurales y modificar el rumbo, algo diferente parece ocurrir en ciudades como la capital mexicana.

¿Qué representa el hecho de que los cuatro jefes de gobierno del Distrito Federal electos desde 1997 (desde que hay elecciones) provengan de la izquierda democrática y que la derecha o el autoritarismo tradicional hayan sido siempre derrotados en la urnas? ¿Qué contenidos y valores diferencian a la política de la ciudad respecto a la política dominante en México? ¿Cómo se ha traducido en la visión de los gobernantes de la ciudad el impulso ciudadano transformador que los ha llevado al poder? ¿Existen líneas visibles de continuidad que den cuenta de un proyecto de largo plazo? A continuación y contra cierta costumbre de menospreciar el discurso político, intentemos ilustrar una posible respuesta dándole voz a los propios gobernantes.

Al tomar posesión el 5 de diciembre de 1997 como primer Jefe de Gobierno electo por el voto popular, Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano trazaba un mapa de los problemas y los retos de la ciudad democrática...

“Son muchas, muy diversas y muy fuertes las inconformidades de la gente respecto a cómo está la Ciudad de México hoy día. Es grande la irritación frente a una inseguridad que aumenta y aumenta; al manejo viciado del transporte; al ambulante, las licencias, los usos del suelo; a la caída general de la calidad de la vida; a las ineficiencias administrativas; a la voraz corrupción de fuera y de dentro; al cierre para grupos de población cada vez mayores de oportunidades de trabajo, de estudio, de vivienda, de atención a la salud y de asistencia. En esta condición de incertidumbre y deterioro crecientes por todos lados, se ha mantenido a la ciudad por la incuria, la insensibilidad, la proclividad a la corrupción y/o la ineficiencia de las últimas administraciones. Pero (...) la Ciudad de México, para fortuna de sus habitantes, para fortuna del país, tiene con qué salir de esta crisis profunda y labrarse un presente distinto en el que se asiente un futuro efectivamente de bienestar, justicia y progreso. Existen voluntad y

decisión, se cuenta con un variado y rico potencial productivo. Se tienen identificados problemas y conflictos. Se sabe qué es lo que debe hacerse. Hay también mandato ciudadano. Legitimidad democrática y compromiso político y personal de miles que permiten ver con optimismo hacia adelante.

Hoy las calles y banquetas, los parques, los transportes y espacios de convivencia de nuestra ciudad, no nos pertenecen; se ha apoderado de ellos la delincuencia. Ello nos agravia a todos, a nuestros hijos, a nuestras familias, a nuestros amigos y compañeros. (...) Mejorar las condiciones generales quiere decir que debe hacerse un esfuerzo; trabajarse con la visión y el objetivo de elevar los niveles de vida en cada delegación, en cada colonia, para cada grupo de la sociedad, para cada hogar y para cada persona; entender que si bien la acción oficial debe y tiene que orientarse preferentemente a atender a las distintas colectividades, el asunto de un grupo reducido de personas o el problema de una familia, de un trabajador, de un anciano o de un niño no nos es y no debemos verlo como ajeno. (...) Una administración surgida del compromiso y con el apoyo de la gente, tiene que ser una administración sensible ante las carencias, ante el dolor, humana y solidaria, para que la suma entonces de la mejora individual se transforme en el bienestar colectivo. Solo así responderemos al mandato recibido.

(...) Nuestra ciudad ha vivido sin autonomía, se ha desarrollado con base en decisiones tomadas por las instancias de gobierno y legislativas federales (...); con instituciones locales de facultades reducidas y ciudadanos con algunos de sus derechos fundamentales gravemente cercenados. La falta de democracia (...) constituye una de las causas principales de la problemática no resuelta que confrontan la ciudad y sus habitantes. Dar solución a esta situación, exige una nueva forma de gobernar.

La ciudad enfrenta una problemática compleja y muy variada. que solo en la democracia y con una creciente participación de la gente encontrará solución. La Ciudad de México será, por la dedicación y voluntad de todos nosotros, la ciudad de todos y para todos, segura, productiva, de educación y cultura, de vida digna, solidaria y democrática; podemos lograrlo y lo vamos a hacer.” (Cárdenas, 1997)

Dado lo establecido en la reforma constitucional de 1996 que posibilitó las elecciones democráticas de gobernantes y legisladores locales en el D.F., la administración encabezada por Cárdenas solo duró tres años (reducidos a dos cuando éste fue postulado para la presidencia en 1999, quedando en el cargo Rosario Robles para completar el mandato). Fue un periodo breve y agitado en el que, sin embargo, reformando viejas estructuras y construyendo nuevas políticas públicas, el gobierno democrático de izquierda de la ciudad salió al paso de las embestidas que le fueron propinadas por la federación, por el viejo régimen y por la derecha.

En 2000, en el marco de la caída del PRI y la victoria de Vicente Fox en las elecciones presidenciales, Andrés Manuel López Obrador ganó otra vez –por un estrecho margen- la Jefatura de Gobierno de la capital mexicana para la izquierda. El nuevo gobierno regiría por seis años y el entusiasmo democrático que inundaba al país parecía ser el escenario esperado para profundizar los cambios. Al tomar posesión como nuevo alcalde el 5 de diciembre del último año del siglo XX, López Obrador delineaba las bases y las señas de su administración...

“La ciudad ha tenido en su historia épocas de estancamiento y otras de prosperidad. Entre 1935 y 1980, por ejemplo, a pesar de las inercias autoritarias los habitantes del Distrito Federal vivieron con optimismo y esperanza. La ciudad creció en medio del espejismo de la modernidad. Desde todos los rincones de México millones hemos llegado y nos hemos arraigado en esta ciudad generosa y fraterna. Aquí florecieron la nueva clase media, las industrias más avanzadas y las mejores instituciones de educación superior del país.

La ciudad era una inmensa fábrica de sueños y esos sueños se reflejaron en el apogeo del cine, el arte y las actividades culturales. No faltaron los problemas ni la desigualdad, pero existía la ilusión de un futuro con esperanza. A partir de 1980, sin embargo, comenzó una aciaga época, se desvaneció el optimismo y aparecieron la decepción y la desconfianza, se multiplicaron entonces grandes y graves problemas: corrupción, crisis económica, sobrepoblación, desempleo, pobreza, inseguridad, deterioro del medio ambiente y de los servicios básicos. Durante las dos últimas décadas todos los índices de criminalidad se

dispararon. La situación se hizo particularmente grave a principios de los noventa.

La ilegalidad se ha manifestado en las formas más diversas, desde asaltos, robos y secuestros, hasta delitos de cuello blanco, como las defraudaciones bancarias, el lavado de dinero o el desvío de fondos públicos. En tales circunstancias, toda una generación ha crecido en el caos, la incertidumbre y el desamparo. Por eso, la mayoría de los jóvenes no perciben a la ciudad con optimismo, sino como una amenaza y un obstáculo a su desarrollo futuro. Nuestro principal objetivo es por eso encender la llama de la esperanza; una esperanza que es fe en la viabilidad de esta ciudad y en un futuro personal digno y mejor para todos. A eso convocamos, a construir entre todos la esperanza, para darle a cada niño, a cada joven, a cada anciano, a cada mujer y cada hombre nuevas, importantes y poderosas razones para vivir, para soñar y para triunfar en esta ciudad generosa y fraterna.

Para lograr este propósito, existen condiciones inmejorables, hay una voluntad colectiva a favor del cambio; la gente demanda participar en la construcción de una nueva legalidad, de una nueva convivencia, de una nueva República. Los habitantes del Distrito Federal poseen una sólida tradición de lucha por la democracia, la justicia y la solidaridad. Contamos con enormes potencialidades, los más altos niveles de escolaridad del país y los principales centros culturales, turísticos, financieros y administrativos de México; aquí se produce el 23 % de toda la riqueza que se genera en el país, de modo que hay una inmensa reserva de energía que puede ser desatada y encauzada en el propósito de convertir a la ciudad en un espacio para el mejoramiento y el disfrute de la vida.” (López Obrador, 2000)

El gobierno de López Obrador sería prolijo en transformaciones y dificultades. Si bien una buena parte de las reformas estructurales al régimen político y social de la urbe se consolidaron en ese periodo (como la pensión universal para adultos mayores y madres solteras, la apuesta por la revitalización urbana de la ciudad central o importantes obras de transporte público e infraestructura), cuando la popularidad del entonces Jefe de Gobierno de la capital comenzó a preocupar a la derecha gobernante en el país, éste se vio sometido a una infame campaña de acoso y denuesto que incluso derivó un intento de destitución desde el Congreso de la Unión (intento detenido por millones en las calles de la ciudad). La

ciudad se sobrepondría a la confrontación y López Obrador sería candidato de la izquierda a la presidencia en las convulsas elecciones de 2006¹², quedando como Jefe de Gobierno sustituto Alejandro Encinas.

Después de un disputado proceso interno, el candidato de las fuerzas progresistas para gobernar la Ciudad de México de 2006 a 2012 sería Marcelo Ebrard Casaubón, un experimentado actor de la política urbana del Distrito Federal que, habiendo participado como funcionario de la penúltima Regencia y tras romper en 1994 con el viejo régimen, recién se incorporaba a las filas de la izquierda. Ebrard ganó las elecciones con una importante ventaja y con el apoyo final de todas las organizaciones y fuerzas de la izquierda social y política de la capital. Desde el principio, el discurso de Ebrard apostó por la modernización y ampliación de los horizontes de cambio de la metrópoli y por poner la atención en los retos que cifrarían la sostenibilidad de la ciudad futura: el espacio público, los derechos y las libertades sociales, el transporte público, la ampliación de la política social, la equidad, la educación y la ciencia, la competitividad económica global de la ciudad. Al rendir su último informe de gobierno en octubre de 2012, Ebrard hacía el siguiente balance...

“Nos propusimos avanzar en la construcción de una ciudad progresista, de derechos y libertades, de desarrollo humano, de espacios y tendencias comunitarias, de inversión e innovación. Una ciudad de vanguardia en México y en el mundo. (Hoy) con la resuelta participación de los poderes de la ciudad (...) y de nuestra sociedad, la Ciudad es primer lugar en desarrollo humano, transparencia, promedio de escolaridad, acción climática, perspectiva de género, derechos humanos, inversión pública, inversión extranjera, inversión privada, expansión de infraestructura, calidad del espacio público, creación artística, (...) investigación científica y en competitividad.

El más grande y denotado esfuerzo estos años ha sido el de la equidad, aquel dirigido a reducir la barbarie que es la desigualdad en México. (...) Trabajamos en todos los frentes con

¹² A la luz de la polémica, e incluso de las ambiguas sentencias de los tribunales electorales, muchos opinan, el autor entre ellos, que si aquella contienda hubiera sido limpia, el presidente de México resultante habría sido López Obrador.

los recursos disponibles: educación, salud, alimentación, vivienda, entretenimiento y acceso a bienes culturales, movilidad. Buscar la equidad es una filosofía política, es una visión de la sociedad y es la política pública principal.

(...) Se ha seguido una acción afirmativa vigorosa para transformar nuestra sociedad. Todo el empeño en (...) equidad de género, respaldo a la tercera edad, personas con discapacidad o jefas de hogar en situación vulnerable, mejoramiento barrial, seguro de desempleo, empleos generados, tienen como propósito último crear los fundamentos de una comunidad. Para ello es vital fortalecer aquello que nos es común por excelencia: el transporte público, el espacio público, la cultura.” (Ebrard, 2012)

Al finalizar la gestión de Marcelo Ebrard, la Ciudad de México aparecía como una excepción al clima de violencia, exclusión e inseguridad que durante el sexenio de Felipe Calderón (2006-2012) afectó a todo México. También se convertía en un ejemplo internacional de inclusión social, libertades, crecimiento económico y del empleo, de recuperación del espacio público y políticas ambientales. Durante este sexenio fueron incluidos en la legislación local el derecho al aborto, el matrimonio entre personas del mismo género con derechos plenos y posibilidad de adopción; el seguro de desempleo y la beca universal para estudiantes de bachillerato público. Con la inversión estatal más grande del país, se reanudó el crecimiento del Metro y se expandió 300% el sistema de transporte público “Metrobús”. La ciudad se pobló de bicicletas y ciclovías, nuevas calles peatonales, obras de infraestructura y plazas rescatadas del abandono y la oscuridad (mediando muchas veces un intenso debate). El Centro Histórico de la capital fue escenario de una amplia revitalización y regeneración urbana tras décadas de deterioro sostenido. Y más allá de las encuestas que confirmaban la buena percepción sobre el gobierno capitalino entre los habitantes de la ciudad y del país, el principal termómetro del cambio positivo fueron las calles siempre llenas de gente caminando sin miedo para convivir, encontrarse, manifestarse, hacerse ver y valer: la ciudad que volvía a ser vivida y usada por sus habitantes con orgullo democrático.

A principios de 2012, el proceso interno de la izquierda del D.F. concluyó con el

nombramiento como candidato a la Jefatura de Gobierno para el periodo 2012- 2018 de Miguel Ángel Mancera, el joven doctor en derecho y hasta entonces procurador capitalino que había adquirido popularidad por su gestión en contra de la inseguridad. Se trataba, por primera vez, de un candidato que no venía de la militancia partidista y cuyos principales atributos visibles eran la eficiencia percibida en la gestión pública e, incluso, el ser un brillante egresado de la educación pública. Un ciudadano trabajador, no un político tradicional, con el reto a cuestas de dar continuidad a la política de izquierda que durante quince años se venía desarrollando en la Ciudad de México. Al iniciar su campaña electoral, Mancera daba cuenta de su compromiso al respecto y, como se verá, planteaba nuevos temas y énfasis para engranar continuidad y derroteros futuros...

“En la Ciudad de México, desde el gobierno de izquierda del Ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas se abrieron las puertas de participación en las instituciones, la participación que sentó las bases para un verdadero cambio. Andrés Manuel López Obrador continuó con el trabajo, continuó con la lucha por el bienestar de los sectores más desfavorecidos, contribuyó a democratizar todas las relaciones de la sociedad civil con el gobierno. (...) Marcelo Ebrard afianzó un sólido sistema de protección social que genera mejores condiciones de equidad y mayor reconocimiento en los derechos y las libertades de todas y de todos.

Estas acciones son fundamentales para evitar la violencia y mantener una vida pacífica, contrastante con el resto del país. Para consolidar el proyecto progresista en la ciudad es indispensable reafirmar la política de bienestar social para los sectores más desfavorecidos, garantizando los derechos y las libertades a nuestros adultos mayores, madres solteras, estudiantes y a todos los trabajadores de esta ciudad.

El gobierno de esta ciudad debe ser (...) cercano a la gente, dinámico, ordenado, eficiente, transparente y con resultados. Un gobierno que respete los derechos y las libertades ganadas: es la hora de las y los ciudadanos; es tiempo de disfrutar nuestra ciudad. Una ciudad en paz, en armonía, es una ciudad que se convierte en un espacio confiable para el desarrollo social. Sin seguridad no hay gobernabilidad y sin justicia no hay certidumbre social.

(...) La Ciudad de México enfrenta retos importantes que deben atenderse para

reafirmar su viabilidad futura, por ejemplo, los ocasionados por el cambio climático. (Hay que) remediar los daños ambientales y mejorar la calidad del aire. (...) El agua es un bien universal, es la garantía de vida para todas y todos. Nuestra propuesta se extiende a los temas de calidad, de abasto y de reserva de este vital líquido. (...) Es el inicio de un movimiento por la cultura del agua. Fortaleceremos los programas ambientales y agropecuarios, fortaleceremos el desarrollo sustentable de esta ciudad

(...) Voy a impulsar la equidad de género en los presupuestos, en las leyes y en todas las áreas y en todos los niveles de acción. La ruta que debemos emprender en la educación será con programas de respeto al medio ambiente, que forje valores cívicos, convivencia pacífica (...). Mi reto es garantizar el acceso a la cultura y a las artes en todos los espacios de la ciudad.

(...) Vamos a encabezar un gobierno que estimule a los empleadores que contraten a los jóvenes, a las mujeres, a adultos mayores, a los discapacitados. Vamos a crear fondos de riesgo para impulsar a las pequeñas y medianas empresas. (...) Voy a defender los derechos laborales, voy a fortalecer las conquistas alcanzadas a lo largo de varias décadas.

(...) Lo más importante es el traslado de las personas, no el de los vehículos. Trabajaré en la creación de una nueva cultura de movilidad. Con mayor civilidad en las calles, donde se respire cortesía, prudencia, cordialidad y orden para reducir el tráfico. (...) Las reglas de tránsito se deben cumplir, la gente de a pie exige respeto.

No puedo dejar de comprometerme con ustedes a consolidar la rendición de cuentas de la Ciudad, hablar de frente, transparentar los procesos de gobierno y a cuidar los recursos públicos. (...) Propongo un gobierno cuya transparencia sea la garantía para generar confianza.

Soy defensor de los derechos de las niñas y de las niñas, de los jóvenes, de los adultos, de las amas de casa, de las madres, de los trabajadores, de las fuerzas productivas rurales y urbanas, de los indígenas, de los migrantes, de los maestros, de las personas con discapacidad, en suma, soy el aliado de todas y todos los habitantes del Distrito Federal". (Mancera, 2012)

El 1º de julio de 2012, Miguel Ángel Mancera ganó las elecciones en la Ciudad de México al obtener el 63% de los sufragios, la votación más alta conquistada por la izquierda

capitalina en la historia y una de las ventajas más amplias conocidas en la joven existencia de la democracia mexicana.

CAPÍTULO 4

LAS COORDENADAS DEL FUTURO.

4.1 Al futuro en bicicleta

Hemos hablado ya de la evolución de las ciudades a través del tiempo y de su lugar en la dinámica mundial contemporánea; de México y su ciudad capital como ejemplos de inserción, alteridad y reflejo de lo nacional y lo local- urbano en la globalización; de la desigualdad producida por el modelo económico vigente y las nuevas formas de interacción social que propician las nuevas tecnologías y el espacio público; de la función política transformadora de las ciudades en el complejo y contradictorio plano actual. Ahora abordaremos la lectura de algunas coordenadas que, partiendo de la convicción de que es posible afrontar los grandes retos de la humanidad, podrían ser claves en la apuesta por mejorar las posibilidades de futuro y las condiciones de la travesía de nuestra sociedad. Las coordenadas del futuro se cifran en distintas dimensiones preponderantemente urbanas. Comencemos entonces por aquella que está más determinada por el apremio y que mejor ilustra la contradicción inherente al paradigma vigente del progreso humano: la dimensión ambiental.

Nuestro planeta se mueve todos los días quemando petróleo, gas y carbón. Para ser más precisos, quemando 162,483 litros de petróleo y 230,000 kilogramos de carbón cada segundo (IEA, 2011). Quemamos petróleo (en forma de diesel o combustóleo) y también quemamos gas y carbón para producir una buena parte de la energía eléctrica que consumimos. Quemamos petróleo en forma de gasolina y aceite diesel para motorizar 1,000 millones de vehículos automotores todos los días en todo el orbe (Tencer, 2011). Incineramos combustibles fósiles para generar calor o generar frío. A través de la combustión cocinamos lo que comemos; también usamos una parte del petróleo y el gas que producimos para a su vez producir todo el plástico que nos rodea. Usando energía eléctrica cuando extraemos del subsuelo una buena parte del agua que bebemos. Fabricamos con energía no sustentable en su mayoría casi todo lo que necesitamos (y lo que

no necesitamos). Luego convertimos en montañas de basura, gases y aguas tóxicos nuestros residuos y desperdicios, haciendo muy poco para reaprovecharlos o reciclarlos. En escala ascendente ese ha sido nuestro *modus vivendi* durante los últimos cien años. Así hemos construido lo que hoy llamamos progreso, para bien y para mal; el problema es que la Tierra no estaba preparada para ello.

Cada kilogramo de combustible fósil que es utilizado para generar energía y mover una máquina o encender un foco produce, a su vez, entre 2.3 y 3.3 kilogramos de dióxido de carbono (CO₂). Quemar 88 millones de barriles (12 millones de toneladas) de petróleo y 20 millones de toneladas de carbón cada día representa entonces una emisión cotidiana de 82 millones de toneladas de CO₂. Y al ritmo que dicta el crecimiento de la economía capitalista –aún en tiempos de crisis–, en las próximas dos décadas sería necesario consumir hasta un 17% más (IEA, 2011).

El resultado de todo esto es que el mundo se encuentra al borde del colapso ambiental. Un ecocida torbellino antropogénico ha ocupado el timón del barco en que navega la sociedad humana que, en tanto, no está organizada para encontrar alternativas. La atmósfera terrestre ha sido forzada a almacenar mucho más CO₂ del que normalmente puede liberar o incorporar a los procesos químicos y físicos que sostienen la vida y el medio ambiente. El mundo comienza a calentarse y se ha producido el llamado “efecto invernadero”. Adicionemos a la fórmula explosiva los miles de millones de hectáreas de bosques y selvas que hemos destruido y una dosis salvaje de azufre y metano aportados por la industria y por la vorágine consumista de las grandes ciudades. La lluvia se torna ácida y el clima se desquicia. Sube el nivel del mar y Venecia se inunda cada vez más. Donde antes pastaban las vacas hoy solo queda un desierto con esqueletos. Donde antes llovía en una medida que aprendimos a controlar y aprovechar a lo largo de los siglos, las aguas se vuelven salvajes y todo lo arrasan. Las viejas ciudades que diseñamos para vivir en armonía con las montañas y los ríos que nos rodeaban, hoy corren el riesgo de no resistir los arrebatos de un medio ambiente que ha perdido el equilibrio.

A finales de 2011 el presidente de la Comisión Europea José Durao Barroso (2011) lo confió a un grupo de alcaldes de ciudades históricas reunidos en Sintra, Portugal: han concluido los debates sobre la existencia o no del calentamiento global y ha comenzado la cuenta regresiva. Tenemos 5 años para resolver el problema. En ese breve periodo, de no reducir sustancialmente (al menos un 20 ó 25%) la emisión mundial de gases de efecto invernadero, de no mejorar en la misma medida la eficiencia de nuestras maneras de producir energía y de no sustituir en esa proporción los actuales combustibles por fuentes renovables como las energías eólicas, nucleares, solares e hidroeléctricas, habremos perdido la oportunidad de controlar el cambio climático. En otras palabras, en cinco años el fin del mundo comenzará a salir de las pantallas del cine para cernirse sobre nuestra existencia.

¿Estamos condenados? Si nos atenemos al dogma neoliberal y a la sed insaciable de los mercados financieros, la respuesta es sí. Solo la Unión Europea ha comenzado a tomar medidas efectivas, se ha propuesto metas y ha legislado para combatir la debacle ambiental. Las economías emergentes lo hacen ambiguamente. En tanto, Estados Unidos y China, responsables de casi la mitad del efecto invernadero, se niegan a suscribir compromisos verdaderos y nos obligan al resto de la humanidad a contar angustiados los 1825 días contenidos en los cinco años que, en la cuenta de Barroso, le quedan a la Tierra para salir del hoyo.

El ambientalista brasileño Washington Novaes (2011) advierte el laberinto: nuestro patrón civilizatorio se ha desfasado. Consumimos 30% por ciento más de los bienes, servicios y alimentos que el mundo puede producir sosteniblemente. Ese consumo es además cruelmente desigual: mientras mil millones de seres humanos sobreviven expuestos a la muerte por hambre, los países desarrollados desperdician un tercio de lo que reciben. Para que el mundo fuera igualitario de acuerdo a los cánones del capitalismo, se requeriría aumentar en un 70% por ciento la producción económica y eso haría estallar al planeta. Si, más aún, aspiráramos a que los 7,000 millones de seres humanos accedieran a los niveles de consumo de la sociedad estadounidense, necesitaríamos tener dos planetas más.

¿Hay entonces alguna solución en nuestras manos? Para quiénes vivimos en una ciudad y/o nos transportamos en coche todos los días, la respuesta es un entusiasta sí. Primero hay que hacer conciencia de lo siguiente: a) el automóvil es una máquina diseñada hace más de un siglo para transportar –quemando gasolina- a quien tuviera el privilegio de comprarse uno; b) los automóviles particulares transportan en promedio a solo una persona, aunque estén diseñados para transportar a cinco; c) los motores de automóvil tienen una eficiencia energética menor al 20%, cuando se operan en su punto óptimo, o lo que es igual, la máquina inventada por Henry Ford como ícono del progreso individualista está arrojando un 80% de energía no aprovechada en sus gases de combustión a la atmósfera y desperdiciando así una cantidad bestial de combustible; d) démonos cuenta que quien va en un automóvil ocupa el espacio que podrían ocupar 5 personas; e) miremos a nuestro alrededor y advirtamos que el 80% de las personas no tienen un automóvil y se mueven todos los días en el transporte público; f) seamos conscientes de que consumimos mucho más agua de la que es posible extraer sosteniblemente; g) veamos que la energía y las materias que obtenemos de la naturaleza para vivir como vivimos en la urbe, luego se transforman en residuos que van a algún otro lugar; h) recordemos las veces en que junto a nuestros vecinos logramos encontrar soluciones para los problemas comunes.

Las grandes urbes, sus ciudadanos y sus gobiernos tienen la posibilidad de acometer una tarea vital para el futuro humano. Tarea que parece imposible en el escenario geopolítico y económico global. Cuando dejamos el coche para probar subirnos a una bicicleta y transportarnos en ella al trabajo o al parque o a la escuela, estamos ayudando de manera importante a salvar al mundo. Si nos transportamos en metro, metrobús, tranvía o trolebús, también. Quien lo hace, produce 10 veces menos CO₂ que quien se transporta en automóvil y ayuda radicalmente a reducir el millón de barriles de gasolina que consumimos todos los días en México, por ejemplo. Las ciudades que estrechan sus distancias redensificándose para disminuir los largos y obligados viajes en automóvil, las ciudades que ahorran energía, gestionan responsablemente sus recursos hídricos, ven la manera de afectar menos su entorno consumiendo lo que producen localmente, o que reciclan su basura (por ejemplo, para producir electricidad), son ciudades que viven mejor, más

equitativamente y reduciendo la presión salvaje que los humanos ejercemos sobre el medio ambiente. Tomemos nota: en las ciudades se genera el 80 por ciento de la huella ecológica producida por la humanidad a partir del procesamiento y el consumo de materia física, energía y agua, a través de la generación de residuos, o a través de la emisión de gases contaminantes. En las ciudades está entonces también la clave para salvar al mundo del colapso ambiental cambiando el rumbo.

Luego, saliendo otra vez a la calle, redescubriremos la ciudad que habíamos olvidado encerrados tantas horas y tantos años de nuestras vidas atrapados en un congestionamiento. Ahora el espacio urbano se vuelve público, democrático, de la gente y no de los coches, el ruido y el smog. Ahí, podremos ver el rostro de otros y otras como nosotros. Saludarlos y sonreír, respirar mejor y perder peso. No es fácil, pero valdrá el esfuerzo y luego querremos hacer más cosas para mejorar el ambiente. Es posible luchar decididamente para cambiar las cosas. La Tierra vivirá agradecida y el futuro será infinito y mucho mejor.

4.2 El espacio público es primero

Era la hora en que los niños juegan en las calles de todos los pueblos, llenando con sus gritos la tarde.

Juan Rulfo, Pedro Páramo.

Tal vez todos hayamos imaginado el espacio público como una plaza grande a la que se llega fácilmente, con árboles, fuentes y un kiosco; sensatamente limpia, con bancas para sentarse y tomar el fresco, comerse un raspado o simplemente ver pasar a la gente. La imagen mejora si le agregamos música y un suficiente barullo. Es una estampa simple, deseable por obviedad, completa y más o menos consensual. El problema es que desde hace algunas décadas esa imagen se haya convertido poco a poco en parte de la nostalgia y que hoy haya desaparecido de la vida real y cotidiana de miles de millones de personas.

Como hemos venido explicando, el espacio público tradicionalmente conocido comenzó a desaparecer cuando las formas dominantes del progreso moderno nos

condenaron a vivir en ciudades solo funcionales para el lucro mercantil. De la mano de la publicidad que promovía el *american way of life* vino la idea de que la familia moderna sería feliz teniendo un automóvil, una televisión y un refrigerador. Luego apareció también la insuficiencia en la capacidad de las grandes urbes para satisfacer aquella ilusión en una bonita casa con jardín: para que el mundo funcionara había que alojar a los millones que alimentaban la fuerza laboral en grandes edificios modernos, crear grandes avenidas modernas para que la gente se transportara por ellas lo más rápido posible y así llegar a tiempo a su puesto de trabajo en otro gran edificio moderno o en la línea de producción de una gran fábrica moderna.

Sobre todo en las megalópolis de los países pobres, aquel plano ideal nunca funcionó. En ninguna de sus variantes. Ahí, el paisaje citadino se fue conformando a partir de infinitas y grises ciudades perdidas, de aglomeraciones miserables y sin servicios, proceso que hoy continúa. Los transportes masivos públicos o privados y de oprobiosa calidad (nuestros microbuses están ahí para ejemplificar) se convirtieron en el hogar de millones de trabajadores a los que no quedó otra alternativa más que vivir en ellos dos o tres horas al día para trasladarse de su lejana y precaria vivienda a su mal pagado lugar de trabajo (formal o informal).

Tras el torbellino de la nueva “vida” urbana, el tiempo de la gente comenzó a tener precio. Las calles para los coches y los estacionamientos para los coches ocuparon la mayor parte del espacio que antes fue o pudo ser público. Surgió también, como señala Jordi Borja (2003: 203-214) una suerte de agorafobia urbana. Sobre todo entre las clases medias, nació el miedo a salir a la intemperie y a encontrarse con otros. El espacio público empezó a morir asfixiado en la selva de concreto, atrapado por la soledad, el vacío y la obscuridad para luego volverse sinónimo de inseguridad: un páramo desértico solamente ocupado por indigentes, parias y desempleados luchando descarnadamente por sobrevivir. Borja (2003:205) sintetiza...

“En la ciudad actual, el proceso de metropolización difusa fragmenta la ciudad (...), se especializan o se degradan las áreas centrales y se acentúa la zonificación funcional y

la segregación social. La ciudad se disuelve y pierde su capacidad integradora, y la ciudad como sistema de espacios públicos se debilita, tiende a privatizarse. Los centros comerciales sustituyen a las calles y a las plazas, Las áreas residenciales socialmente homogéneas se convierten en cotos cerrados, los sectores medios y altos se protegen mediante policías privados. Los flujos predominan sobre los lugares. Y los servicios privados, sobre los públicos”.

Como hemos dicho, el espejismo funcionalista de la ciudad imaginada tras la Segunda Guerra Mundial por el urbanismo capitalista produjo, en vez de ciudades eficaces y de espacios compartidos, ciudades compartimentadas y disfuncionales. La desigualdad y la pobreza trajeron consigo ciudades jerarquizadas, estratificadas, violentas y delimitadas por zonas prohibidas a una u otra clase social. Suburbios elegantes vigilados por agentes policíacos privados. Centros comerciales para la clase media que ocuparon el vacío dejado por la plaza pública perdida. Niños solos, encerrados en sus casas viendo la televisión, sin posibilidad de salir a las calles oscuras en las *favelas* de la clase trabajadora. Ciudades atrapadas por sus muros interiores.

La ciudad impuesta por la lógica solo mercantil abandonó sus jardines públicos y también sus centros históricos al amparo del dogma que los consideró no útiles, prescindibles y simplemente viejos. Más tarde pretendió destruirlos para abrir paso a los automóviles. La ciudad así, se volvió inhumana, irrespirable, excluyente e individualista. También se convirtió en una bomba de tiempo. Hasta el día en que comenzó a explotar.

La clave del estallido se ubicó justo en el punto en que se cruzaron las contradicciones sociales, económicas y políticas que impedían ver que la ciudad siempre había sido un espejo de la comunidad humana, de su historia, su presente y su futuro. La socavación del espacio público había ocurrido al tiempo de la implantación de una concepción vertical, mercantil y excluyente de la política y la vida en sociedad. Luego, muchos cayeron en cuenta de que la ciudad era de los ciudadanos. A partir de 1968 iniciaría una larga, fluctuante, travesía hacia una sociedad abierta, de libertades y derechos. No todos vieron que en las calles y las plazas públicas recuperadas para la comunidad por los jóvenes

de las urbes occidentales, había sido engendrada la semilla de una nueva manera de entender el espacio público.

Pasarían algunas décadas, y con ellas, un gran terremoto en la Ciudad de México, la caída del Muro de Berlín y múltiples tomas de conciencia construidas al amparo de la ciudad como lugar de encuentro. Hoy priva la incertidumbre, pero desde hace algunos años y en medio de las crisis cíclicas de los mercados financieros, además de las agendas ciudadanas que proponen alternativas en materia económica, ambiental y política, ha tomado fuerza con claridad el surgimiento de una conciencia sobre *ser ciudad* (Sassen, 2003). Hay hartazgo, confusión e indignación. Pero también memoria, uso de la información y el conocimiento, madurez cívica. Lo cierto es que cuando la metrópoli se reconoce a sí misma reclama como espacio público la política, el gobierno, la economía, los medios de comunicación y, por supuesto, las plazas, los jardines y las calles.

Un fantasma silencioso parece recorrer el orbe, como si se preparara para anunciar pronto que sí existen alternativas a la violencia, la desigualdad y la destrucción de la naturaleza. Es la ciudad que ha decidido reencontrarse en sus lugares públicos para reconocerse, tomar el sol y olvidar el miedo. En el espacio público no hay guetos, todos somos iguales y, si nos lo proponemos, nos ponemos de acuerdo y podemos actuar. No es tan difícil pero la agenda pendiente es larga. ¿Hasta dónde podremos llegar? ¿Ilusión o punto de partida? La moneda está en el aire.

4.3 Del espacio público, la ciudadanía reconstituida y la sociedad en red

Por las palabras que lo definen, el espacio público es en primer término el lugar que comparten los individuos, aunque eso no signifique que automática y necesariamente en ese lugar las personas además se encuentren, intercambien ideas y miradas o construyan una comunidad. El espacio público tiene múltiples dimensiones y puede ser objeto de distintas interpretaciones. Hay un debate en curso sobre su naturaleza y su futuro. Un debate del cual hay que hacerse cargo.

El espacio público puede ser el terreno de mil disputas. Puede servir a la gente, o a un sector de la gente. Puede ser utilizado por el poder o secuestrado por los intereses privados, aunque en ese momento pierda, al menos temporalmente, su carácter público. Puede servir como arma arrojadiza y también puede ser la plataforma desde la que se emprenden causas colectivas. El espacio público es una construcción social y como tal puede ser y entenderse de muchas maneras (Borja y Castells, 1999: 139-165).

Una de las discusiones al respecto surgió cuando, tras la revolución tecnológica de la información y las comunicaciones, el ciberespacio apareció como la posibilidad de un nuevo e infinito espacio público sin fronteras. Una red universal para la interacción humana y la libre circulación de contenidos, ideas, dilucidaciones, imágenes, códigos y estrategias. Una gran clave compartida sin la interferencia o la prohibición de poder alguno.

Y es que, a más o menos veinte de años de su existencia, es importante que reflexionemos sobre el papel de Internet como espacio público. Cuando entre 2010 y 2011 una ola de revueltas populares urbanas derrocó a los regímenes autoritarios de varios países árabes, se impuso rápidamente la conclusión de que todo ello había ocurrido gracias a la aparición de las redes sociales como herramienta de organización, propaganda y acción política entre una nueva generación que hizo de Facebook y Twitter lo que a los *sesentayocheros* fueron el mimeógrafo, el volanteo, el correr la voz, las asambleas y los desplegados en los diarios impresos en papel.

Sin leer con cuidado y calma como es común en estos tiempos, muchos atribuyeron dichos dictámenes explicativos de la primavera árabe a algunos teóricos de la globalización que, como Manuel Castells (2011) en su artículo *La wikirevolución del jazmín* explicaron la manera en que el origen de “*un nuevo poder popular*” podría cimentarse en “*la conexión entre la juventud y la cultura de Internet*”; en el diálogo digital que determinó a una revuelta democrática basada en la libre comunicación para después conformarse como un horizontal movimiento sin líderes que, al compartir en línea imágenes y mensajes contra el régimen, incluso marcó la pauta de lo que después transmitirían las cadenas televisoras globales como Al Jazeera y la BBC.

Tuvo que ser el propio Castells el que saliera a recordar que en su reflexión siempre dijo que las causas primeras y determinantes de la subversión ciudadana en el Magreb habían sido la desigualdad, la represión y la corrupción de los gobernantes. Y que, como explicó a Carmen Aristegui (2011) en entrevista realizada en México, las redes sociales fueron el poderoso complemento de un gran movimiento que se hizo corriendo la voz y repartiendo volantes al calor de la discusión política en múltiples asambleas callejeras que luego produjeron la toma de la plaza pública por millones de ciudadanos indignados y resueltos a cambiar su destino. La red digital fue una nueva y gigantesca herramienta colectiva, más no la causa ni la única herramienta, como el superfluo y viral pensamiento único del siglo XXI televisado o simplificado en 140 caracteres nos quiso decir.

Muchos creemos que la red debe ser, en efecto, un pleno y verdadero espacio público; sin embargo, mientras solo uno de cada tres seres humanos tenga acceso a Internet esa aspiración será solo eso: una ilusión. Hay un largo camino que recorrer para democratizar la entrada a la carretera de la información. Antes, hay que caer en cuenta de que creer que la red es ya un equivalente del espacio público es relativo y discutible.

Las redes sociales son un instrumento importantísimo de interacción ciudadana, pero es importante no confundirlas con la plaza pública. Una comunidad de Facebook o Twitter, aún con millones de participantes, tiende a reunir a los afines, a quienes comparten aspiraciones, gustos y preocupaciones y eso, en efecto, entraña un potencial transformador tan inusitado como necesario. Pero hay otros que piensan distinto en otras redes y, sobre todo, hay una mayoría compuesta por casi 5,000 millones de habitantes del planeta que aún no están ahí: la exclusión económica y tecnológica tiene todavía un importante espejo en el ciberespacio.

La interacción plural, la convivencia democrática plena, la inclusión social y la equidad, el acceso a todas las formas de pensar, las decisiones mayoritarias que transforman el estado de las cosas transcurren entonces, por lo pronto, en el conjunto de las dimensiones de la comunicación humana que va de las redes cibernéticas a la televisión; de la literatura, el arte y la cultura a la política; de la tradición a las propuestas de cambio; de

las pantallas y los módems a las palabras, el diálogo y las calles. La red puede ser, en efecto, un factor que cambie por completo las formas en que nos entendemos dentro de la aldea global. También puede convertirse en un bálsamo individualizante cuando se cree que la realidad virtual puede ocupar el lugar de nuestra cruenta y compleja realidad concreta.

El espacio público, en primer término, es la ciudad. La ciudad es por antonomasia el espacio público. La *wikirevolución* ocurrió hasta el instante en que el hartazgo y los ánimos democráticos -comunicados, explicados, debatidos y multiplicados por la red y otros artificios como el panfleto de papel- fueron capaces de hacerse ver, escuchar y sentir en las calles del espacio público: cuando la ciudad fue recuperada por la gente y se derrumbaron los muros reales y los imaginarios. Antes no.

La ciudad es entonces un punto de partida y no solo una ilusión. En el espacio público urbano es visible y tangible nuestra diversidad. Cuando el espacio público es democrático aprendemos a convivir con nuestros desacuerdos y de la expresión colectiva y la manifestación cívica pueden surgir los grandes acuerdos que luego marquen las coordenadas para encaminar el barco. En el espacio público las libertades se conquistan y se ejercen, los derechos sociales existentes se hacen valer o se construyen nuevos derechos. En el espacio público no estamos solos. Luego son posibles muchas otras cosas...

La vida urbana supone el ejercicio del derecho a la ciudad. Y la ciudad es el espacio en que la sociedad humana se despliega para resolver aquellas necesidades que, *“complementarias a un tiempo, comprenden la necesidad de seguridad y la de apertura, la de certidumbre y aventura, la de organización del trabajo y la de juego, las necesidades de previsibilidad y de imprevisibilidad, de unidad y de diferencia, de aislamiento y de encuentro, de cambios y de inversiones, de independencia (cuando no de soledad) y comunicación, de inmediatez y perspectiva a largo plazo. El ser humano tiene también la necesidad de acumular energías y la de gastarlas, e incluso derrocharlas en el juego. Tiene necesidad de ver, de oír, de tocar, de gustar, y la necesidad de reunir estas percepciones en un mundo. (...) Nos referimos a la necesidad de actividad creadora, de obra (no solo de productos y bienes materiales consumibles), de necesidades de información, simbolismo, imaginación, actividades lúdicas. A*

través de estas necesidades específicas vive y sobrevive un deseo fundamental (...): lugares de simultaneidad y encuentros, lugares en los que el cambio suplantará al valor de cambio”, como ha reflexionado Lefebvre (1978:123-124). Reformar a la ciudad es revolucionar al mundo en que vivimos.

Más allá de lo urbano, es importante recordar que la dimensiones del espacio público y sus problemáticas pueden ser tantas y tan distintas como las que posibilite la interacción humana. La ciudad puede ser el espacio público para los más de 3500 millones de personas que hoy viven en alguna urbe y podría serlo para los 7000 millones que lo harán en 2025. Sin embargo, como apunta el sociólogo Sergio Varela (2011), la noción de espacio público también es un componente de lo que ocurre en las disputas por las tierras agrícolas, los recursos naturales y el subsuelo. El debate entre lo público y lo privado es inherente a todos los ámbitos de la actividad social humana en el mundo capitalista.

La batalla cívica por lo público está presente en la lucha del pueblo huichol en defensa de las tierras sagradas de Wirikuta o en la resistencia de los ciudadanos potosinos a la explotación del Cerro de San Pedro por parte de la minera canadiense San Xavier; también en el debate sobre los usos y abusos del espectro radioeléctrico –un bien público– por parte de las compañías televisoras privadas. Al final, la definición de lo que es público (¿es lo estatal o lo ciudadano? ¿lo son las dos cosas?) y lo que es o debe ser privado, es un debate tan grande como el existente en torno a la utilidad de la globalización, el futuro del capitalismo o las alternativas democráticas que los seres humanos podemos concretar.

¿Cuál es el papel del espacio público urbano en el marco de estas disputas? Si tomamos en cuenta que una de las grandes tendencias generadas por la dinámica global, la revolución tecnológica de la información y la imposición del dogma económico neoliberal es la fragmentación y el aislamiento de lo comunitario, lo social y lo colectivo, entonces el potencial transformador del espacio público utilizado por los habitantes de las ciudades aparece con una fuerza específica y renovada que es difícilmente posible en otras esferas de lo público.

Como ya hemos dicho aquí, la palabra “política” fue acuñada por los pensadores de la antigüedad clásica para nombrar a todo lo relacionado con la vida en la *polis*. En aquella idea horizontal y más o menos igualitaria que ordenaba a las ciudades griegas, la política y el ser político eran el hecho mismo de vivir en sociedad en un espacio compartido por todos sus ciudadanos. Solo la asamblea reunida en el foro abierto era capaz de generar decisiones aceptablemente legítimas y democráticas para definir el rumbo colectivo.

Hoy, la privatización, el socavamiento y la fragmentación de nuestros espacios públicos urbanos tienen como fiel reflejo el intento emprendido por los dueños del poder económico y político global o local para privatizar, socavar y fragmentar en beneficio propio la acción política ciudadana. Así, podemos afirmar que aquella ciudad –sus ciudadanos y ciudadanas- que apuesta por recuperar, ampliar y mejorar su espacio público es una ciudad que al mismo tiempo está trabajando para recuperar, ampliar y mejorar su vida democrática. La política es una de las grandes dimensiones del espacio público y viceversa. Ahí donde las decisiones impuestas por el poder financiero global escapan de nuestras manos -al menos por el momento- las claves y los nombres comunes que marcan los procesos desde el espacio público son el espejo fiel del papel que solo las ciudades pueden jugar para transformar a este mundo injusto, excluyente y violento desde lo local, desde la plaza, el barrio, el jardín público y la calle que se llena de gente.

“Estamos presenciando la emergencia de una política desnacionalizada, centrada en los espacios urbanos, operando sobre redes globales de ciudades. Este es un tipo de política de lo global que no necesita pasar por alguna suerte de estado mundial o de nivel supranacional. Por el contrario, pasa a través de lugares concretos, aun cuando, compromete siempre lo global”. “Las diversas transformaciones asociadas a la globalización acarrearán continuidades o discontinuidades en la forma institucional básica de la ciudadanía”. “Muchas de las transformaciones que se están produciendo en este contexto y en la propia institución de la ciudadanía, se vuelven legibles en las grandes ciudades actuales.” “La gran ciudad actual aparece como un lugar estratégico para toda una serie de nuevas formas de acción: políticas, económicas, culturales y subjetivas”, advierte Saskia Sassen (2003: 40, 89-90 y 108).

Tal vez el mundo se acabe pronto pero, mientras y para resistir la idea, los neoyorquinos han decidido que Times Square -el corazón de Manhattan antes atravesado por miles de automóviles- comience a volverse peatonal, a llenarse de mesas para comer en la calle y hasta de camastros públicos para tomar el sol gratis en verano. En el extremo oeste de la misma isla, una vieja y abandonada estructura que servía como paso elevado para los trenes hoy se ha convertido en el High Line Park: un parque público aéreo de una milla de extensión lleno de jardines y niños corriendo. Ambas recuperaciones del espacio público fueron conquistadas por movimientos vecinales y son mantenidas por organismos ciudadanos que reciben fondos privados (pagados en forma de impuestos por las empresas de la zona) y distintos tipos de financiamiento público.

El alcalde socialista de París, Bertrand Delanoë, ha sido el artífice de una radical transformación de los modelos tradicionales de la gestión urbana. Primero, instituyó la realización periódica de la *Noche Blanca*: una jornada anual en que cientos de edificios públicos y privados –desde las oficinas gubernamentales hasta los museos y las iglesias– abren sus puertas de par en par desde el anochecer hasta el amanecer para que millones de personas los visiten libremente y convivan entre intervenciones de arte contemporáneo realizadas ex profeso. Luego, Delanoë sorprendió al mundo instalando playas artificiales públicas a las orillas del Río Sena. Más adelante implantó una medida de fondo –en principio polémica– para que en las calles parisinas la movilidad democrática fuera un principio: todas las grandes avenidas fueron modificadas para que la vía pública fuera paulatinamente ocupada en proporciones iguales por los arroyos vehiculares y por una amplia red de carriles exclusivos para el transporte colectivo, los peatones, las ciclovías y las bicicletas. Delanoë reivindica un discurso a favor de la ciudad de libertades y derechos, a favor la ciudad equitativa que ejerce su derecho a la fiesta y el encuentro: la ciudad viva. Los parisinos llevan más de diez años votando por él.

Madrid, Sevilla y Barcelona (y cada vez más la Ciudad de México) han hecho peatonales la práctica totalidad de sus centros históricos para dar paso a eficientes sistemas de transporte masivo compuestos por tranvías, metro y bicicletas. Quito y Santiago de Compostela viven para amar a sus viejos barrios centrales y hacen de ellos el objeto

principal de la acción colectiva. Sao Paulo convierte sus basureros en jardines. Medellín y Bogotá han revolucionado el urbanismo latinoamericano creando modelos de transporte público, rehabilitando sus plazas abandonadas, generando de manera decidida una nueva cultura de convivencia cívica, construyendo complejos culturales en barrios miserables y escaleras eléctricas públicas para suplir las escarpadas cuestas de las favelas que nacieron en los cerros. En tanto, la Ciudad de México, esa que se sobrepuso al terremoto de 1985 para luego proponerse gobernarse a sí misma y cambiarlo todo, ha comenzado a seguir muchos de estos ejemplos y también ha aportado los propios. Que la megalópolis haga conciencia de sí misma y se proponga ser comunidad en medio del caos y la crisis no es cualquier cosa. Que además lo haga contra todos los pronósticos, ampliando las libertades ciudadanas y garantizando una red de seguridad social con equidad, es sin duda una proeza.

Las ciudades que he mencionado son ejemplos de la capacidad que la ciudad tiene – desde su espacio público- para sobreponerse a la fatalidad que nos receta la crisis global. La ciudad y su espacio público son un multidimensional cruce de caminos. Desde ahí, podemos cambiar lo que tenemos inmediatamente alrededor para luego intentar resolver los problemas del mundo. Los derechos humanos, la libertad individual y colectiva, la defensa del medio ambiente, la justicia social y la democracia moderna no serían posibles sin la ciudad que, hoy más que nunca, los enarbola como valores y principios.

Recapitulemos utilizando un ejemplo ocurrido en el invierno de 2011: un día por la mañana, un *tuit* daba cuenta de una noticia aparecida semanas atrás en algún canal de la televisión local chihuahuense: la hambruna, la sequía y el frío estaban matando a los indígenas de la Sierra Tarahumara en Chihuahua y pocos lo sabían. El *tuit* se reprodujo hasta convertirse en *Trend Topic* en la Ciudad de México primero y luego en todo el país. Unas horas después, se había organizado autogestivamente un centro de acopio de alimentos en el Zócalo para enviarlos al pueblo rarámuri. La noticia corría. Pasado el mediodía los centros de acopio eran decenas en las plazas de todo el país y el Gobierno del Distrito Federal ofrecía ayuda logística y cientos de toneladas de comida, medicinas y frazadas. En Twitter se nombraron coordinadores ciudadanos y por la tarde éstos se organizaban, también vía Twitter, con funcionarios del gobierno para planear el envío de un

convoy a Chihuahua. Cayó una granizada y por la noche en el Zócalo había decenas de personas que cargaban cajas y costales para que no se mojaran. A la mañana siguiente, salió un primer trailer desde el Zócalo y la televisión, la radio, los periódicos, el gobernador chihuahuense, la sociedad civil organizada y la Presidencia de la República debatían, aclaraban y componían posturas sobre la tragedia producida por el rostro injusto, cruel y racista de una nación excluyente y disfuncional.

Tras siglos de existir, el problema de la miseria en que viven los tarahumaras no se resolverá hasta que haya cambios profundos en México; sin embargo, ese día algo se movió de nuevo. Y no fue la primera vez, ni será la última, en que desde una ciudad solidaria el espacio público local se hizo más grande para hacerlo posible. El drama que viven el campo mexicano y la realidad indígena ha activado, no pocas veces, la conciencia urbana en las últimas décadas. Las formas de resistencia y lucha que han tenido y tienen lugar en el espacio rural (de manera destacada la rebelión zapatista desde 1994) han producido nociones ampliadas sobre la desigualdad y los déficits de nuestra integración nacional. Luego lo rural es capaz de encontrar ecos y propiciar la acción social en la urbe y lo urbano colectivo mira más allá de su entorno inmediato. La ciudad es también una gran caja de resonancia para los que no son escuchados.

Es claro entonces que la construcción y/o la reconstrucción social del espacio público (en todas sus dimensiones) constituyen, en efecto, un factor que construye y reconstruye el ejercicio de la ciudadanía. El poder transformador de la ciudad se cifra, por tanto, en esa ecuación indisoluble: calle y ciudadanos que actúan para cambiar su entorno (incluyendo el nacional y el global); ciudad y gente que la usa para imaginar, enunciar y conquistar colectivamente una vida mejor. Pero ¿qué tamaño y qué alcances globales tiene nuestra capacidad para imaginar y concretar una idea de ciudadanía que la conciba como un espacio abierto y solidario, en el que todo ser humano tiene un lugar igual por naturaleza? Una vez más, Mike Davis (2004:30 y 2008:215) observa el sinuoso camino y sus incertidumbres, planteando como condicionante del futuro la extensión social de la conciencia sobre la desigualdad y la pobreza que amenazan a la práctica totalidad de la humanidad (conciencia que de no existir impide la ciudadanía plena)... *“La historia no es*

uniformadora. El nuevo mundo urbano está evolucionando a una velocidad extraordinaria y con frecuencia en direcciones impredecibles. En todas partes, la acumulación constante de pobreza mina la seguridad existencial y plantea desafíos extraordinarios si cabe la inventiva extraordinaria de los pobres". "Hasta dónde alcance en el futuro la solidaridad humana entre los nuevos pobres depende de una negativa militante a aceptar su propia marginalidad dentro del capitalismo global".

El cúmulo de tensiones y contradicciones, desastres y fracasos que produce la sociedad jerarquizada en la que vivimos hace insostenible una visión futura del planeta en la que no se entienda que la aberrante desigualdad humana puede ser la mecha que, encendida, un día lo dinamite todo. Pero la esperanza se torna urbana, una vez más, cuando en la vida colectiva de las ciudades de la Tierra se cuestionan los antiguos paradigmas y la gente se propone concebir otros; comenzando por la edificación una nueva forma de ciudadanía integradora, plural y que parte desde abajo, que no pide permiso, que se ejerce y se practica (Ver Acevedo y López Caballero, 2012:13-30). Una ciudadanía en la que todas y todos los ciudadanos son visibles, conquistan a mano nuevos derechos y conforman nuevas aspiraciones. Saskia Sassen (2003:112-113) recapitula en ese sentido al considerar que *"las condiciones actuales de las ciudades globales están creando no solo nuevas estructuras de poder sino también oportunidades narrativas y de acción para nuevos tipos de actores políticos hasta ahora posiblemente sumergidos, invisibles o silenciados". "Las ciudades se configuran como lugares estratégicos de los principales procesos económicos. En la medida en que la ciudadanía está asociada, al tiempo que determinada por estas condiciones, puede muy bien indicar la posibilidad de nuevas formas de acción e identidad ciudadanas. (...) En el contexto de los nuevos espacios estratégicos, las ciudades globales, los 'desfavorecidos' no son simples marginales. Adquieren 'presencia' en un nuevo proceso político que escapa a los límites del ordenamiento formal. Esta presencia revela la posibilidad de una nueva forma de política"...* Incluir a los excluidos. Reconquistar la ciudad y, desde la ciudadanía, luchar contra la injusticia social, apostar todos los días por la igualdad y por un futuro mejor para las y los que hoy están desposeídos de futuro.

4.4 Educar y hacer ciudad en la marea global.

Desde las grandes ciudades hay entonces muchas cosas que podemos hacer para modificar el rumbo vertiginoso y violento que ha tomado el progreso humano en estos tiempos. La primera tarea es comprender a cabalidad el hecho de que vivamos en mundo cada vez más urbano. La segunda cosa que debemos hacer es recordar que, si bien el horizonte mundial no pinta nada bien, formando ciudades los habitantes de este planeta hemos logrado una y otra vez ponernos a salvo de las tormentas y otros peligros para vivir en sociedad, enfrentar el presente e imaginar el futuro juntos. En la ciudad construida a partir del trabajo, la razón, el conocimiento y la circunstancia de mujeres y hombres está el espacio primordial en el que se confirma que la cultura, ese otro mundo de matriz antropogénica, es la mejor manera de avizorar un destino mejor.

Ante el difícil escenario, los urbanistas Jordi Borja y Francesc Muñoz (2009) proponen la búsqueda de nuevas posibilidades partiendo de la comprensión holística de la globalización y el cambio tecnológico informacional para visualizar un campo de oportunidades para lo urbano en un mundo convulso. Ante la destrucción de certidumbres que produce el mercado sin freno, las regiones urbanas pueden convertirse en espacios para el desarrollo y la inversión productiva si éstas se proponen ir en sentidos alternativos a los que indica el recetario privatizador y desregulador. En las ciudades pueden fundarse estrategias que contemplen la cohesión social, las libertades y los derechos, la innovación tecnológica, el equilibrio ambiental, el conocimiento, la cultura y la educación, las comunicaciones abiertas, la multiculturalidad, la participación de todos los agentes económicos, sociales y políticos en un plano de igualdad para la consecución de un futuro compartido.

La tercera tarea es asumir que el mundo ha cambiado profundamente. Hace tiempo que el capitalismo industrial y la idea tradicional occidental de la modernidad que conocimos de su mano entraron en crisis, agotando su capacidad de dar respuestas a los retos de la humanidad; aunque ni una ni otra cosa hubieran muerto en el fondo... el capital se volvió financiero y global aprovechando el poder y la movilidad que le dieron las nuevas

tecnologías de la comunicación y la información. En cuanto a la modernidad –aún cuando hubo quienes decretaron su final, quienes postularon el inicio de una nueva era posmoderna o quienes aventuraron el fin de la historia-, lo que ahora tenemos es un acertijo compuesto de mensajes cifrados, rompecabezas y aparentes laberintos. Sin embargo, el paradigma moderno fundado en la razón, el individuo, la sociedad, el trabajo, la ciencia, en el cambio permanente y posible, parece seguir ahí. Bien dispuesto a reinventarse dejando atrás los atropellos cometidos en su nombre y cobrando nuevos bríos para servir a la humanidad. Nuestro presente es más complejo y entraña señales cruzadas. Es un torbellino que no se detiene –como lo imaginó Rousseau- pero que va más rápido que antes.

Buena parte de las certezas y las recetas que hasta hace poco nos rigieron han dejado de servir. Hoy todo es riesgo e incertidumbre, aunque también posibilidades infinitas. Por ello el ejercicio racional y la reflexión continua sobre cada instante que vivimos se vuelven vitales. El conocimiento tiene ante sí un campo inmenso de acción posible. Como señala el sociólogo urbano Francois Ascher (2003), queda claro entonces que no hay una crisis en la razón moderna, más bien lo que tenemos enfrente es la ampliación y evolución de sus horizontes. Es por eso que la ciencia se ha entregado a la labor de medir y comprender las nuevas complejidades, los ritmos del caos y el papel del azar y lo incierto.

La producción, innovación, transmisión y utilización del nuevo capital del conocimiento determinan cada vez más a la economía, al poder político y a la sociedad. Si nos resignamos a que ese capital solo puede estar en manos de los actuales dueños del poder financiero, el futuro siempre se verá oscuro. El reverso de la moneda es la posibilidad de la producción y uso social de ese conocimiento en beneficio de la comunidad humana. Aunque para ello haya que cambiar muchas de las reglas del juego, cimentar nuevos consensos y rediseñar nuestros sistemas políticos y económicos.

La sociedad tradicional ha mutado en una retícula multidimensional. La comunidad local en la que crecimos, ha sido trastocada por los medios informáticos que liberan -a quienes tienen acceso a ellos- de los límites espaciales y temporales que antes configuraban el trabajo, el rol social, la familia, la acción política y la religión. La ubicuidad y la

multitemporalidad son nuevos factores que hacen posible que las personas pertenezcan virtualmente al mismo tiempo a diversas comunidades en red e interactúen en ellas con infinitas implicaciones y posibilidades. La comunidad original sigue ahí pero enfrenta una disyuntiva: puede perder su cohesión social y diluirse, aunque también puede ser el factor que aporte recursos para articular la solidaridad y el interés colectivo que tanto se necesitan ante el torbellino global informático (Ascher, 2003).

La nueva desigualdad y la nueva movilidad social son las que resultan de la mayor, menor o nula posibilidad de acceso a la sociedad en red y del conocimiento. Por encima de gobiernos y países, el capital financiero fluye libremente y su movilidad es del tamaño de sus intereses, excluyendo a quienes tenga que excluir en pos de la ganancia. Abajo, la ciudad y sus habitantes luchan como pueden por sobrevivir y no hundirse. Pero desde ahí también es posible decidir otra cosa: inventar un mundo mejor para vivir y trabajar en él encontrando la manera de aprovechar los nuevos flujos que la globalización y el nuevo conocimiento posibilitan.

La tarea social más importante de todas las que tenemos por delante es entonces la educación. La educación que enseña a hacer ciudad solidaria en la sociedad fragmentada; la educación que explica la historia y sus mareas para demostrar que es posible encontrar alternativas, desafiar sin miedo los esquemas tradicionales e inventar nuevos paradigmas. La que otorga herramientas y conocimiento para navegar y reflexionar colectivamente en el torbellino. La que amplía los horizontes y pone a los nuevos caudales de la ciencia y el conocimiento al servicio de la humanidad. La que hace entender al mundo como una compleja y diversa comunidad de iguales. La que enseña a respetar y cuidar al planeta, a cohabitar con otros y a aprender de los diferentes.

El papel de la educación debe inscribirse en el esfuerzo por edificar una sociedad más fuerte, conciente de sí misma y de sus posibilidades. La democratización del conocimiento es el cimiento esencial de un tejido social actuante, capaz de contrarrestar desde el poder colectivo las contradicciones y las injusticias que han sido producidas cuando los poderes político y económico están atrapados por unos cuantos en beneficio

propio. La educación es entonces una tarea democrática para evitar que este mundo se colapse a manos de la exclusión salvaje. Quienes piensan a estas alturas que la educación – en cualquiera de sus niveles- debe ser un privilegio para los mejores o para quienes puedan pagarla, o que puede ser un instrumento de control político, son aquellos que prefieren que el mundo desigual e injusto en el que vivimos nunca cambie (los hay y muchas veces gobiernan). La vieja fórmula que heredamos de otras batallas transformadoras sigue vigente: en la educación pública, gratuita, crítica, universal, laica y de calidad garantizada por el Estado, en la ciencia y la cultura, se cifra el único futuro posible; si es que queremos que ese futuro sea de libertad, fraternidad, igualdad y felicidad para todas y todos. Hay que luchar por ello. El anverso es el abismo.

4.5 Sobre el valor de la discrepancia

Las noticias del orbe dan cuenta de la sociedad global en crisis que aquí hemos buscado describir. Políticos y jueces corruptos; desastres financieros producidos por la ambición y la avaricia de los dueños del dinero y los poderosos; grandes fraudes urdidos por quienes buscan resguardar o ampliar sus privilegios. Mayorías empobrecidas y desempleadas, condenadas a la exclusión eterna, a una violencia omnipresente y atroz. Democracias extenuadas y puestas al límite por un sistema económico cada vez más depredador. Basta con echar una mirada a los titulares de los principales periódicos del planeta para comprobar que, como decía Tony Judt, nuestro mundo va muy mal.

Sin embargo, el mundo es también un tejido en movimiento. Son muchos los esfuerzos colectivos e individuales que, una y otra vez, demuestran que las cosas pueden cambiar cuando entre la gente se extiende el convencimiento de actuar y criticar sin miedo, cuando gana terreno la conciencia de que los cambios son posibles; cuando hay quienes deciden trascender el autoengaño, el cinismo y el conformismo que los poderosos quisieran fuera la conducta de la sociedad en tiempos turbulentos como este; cuando se sale al paso haciendo valer los principios modernos de comunidad y libertad que son fundamento de la vida democrática.

Francois Hollande, presidente socialista francés desde 2012, ha buscado poner un ejemplo concertando un rumbo distinto al que dictan los poderes fácticos del ultraliberalismo económico: intentando intervenir para evitar que una fábrica automotriz cierre sus puertas y eche a la calle a miles de obreros¹³; impulsando una reforma fiscal para que los ricos paguen más impuestos y al mismo tiempo proteger la economía de las familias trabajadoras, afianzando los derechos laborales y sociales, proponiendo inversión y crecimiento productivos como alternativa al dogma conservador que tiene a Europa sumida en la recesión económica. Con espíritu crítico Francia podría caminar establemente hacia un futuro distinto al marcado por los insaciables mercados financieros: el que dicta recortes, despidos, sumisión y desamparo para los ciudadanos. ¿Podrán Hollande y los franceses encontrar un cauce diferente para sortear el torbellino de exclusión, estancamiento y desempleo que agobia a Europa? Nada es seguro en el precipitado caudal de la economía contemporánea global. Sí, todo está en contra; pero las alternativas serán seguramente imposibles si ante el descontento social nadie se propone ensayar nuevas rutas acudiendo al mapa de la voluntad política colectiva.

Hollande llegó al poder tras convencer en una segunda vuelta electoral al 50.8% de los votantes franceses con un programa de cambio contundente. En tanto, Grecia, España, Italia y otras naciones europeas –si bien han decidido cambiar de gobierno- se debaten entre convulsiones políticas y económicas. En el fondo de sus crisis están la negligencia de los políticos, la corrupción y el conservadurismo, la prevalencia de las rancias élites que encontraron la manera de aprovecharse del crecimiento económico europeo haciendo trampa, especulando y solo mirando por sí mismas. También la incapacidad de sus sistemas democráticos para dirimir la indignación ciudadana y cambiar el rumbo. En esos países y en muchos otros –como ocurrió hace poco en Egipto y Túnez o hace 23 años al caer el Muro de Berlín- el desacuerdo y el malestar son la nota determinante que lleva a los ciudadanos a

¹³ El 14 de julio de 2012 Hollande declaró su oposición al cierre de una fábrica cerca de París anunciado por la empresa Peugeot- Citroën y al consecuente despido de más de 6500 empleados, considerándolo “inaceptable” y afirmando que este “sería renegociado”, según fue publicado por el diario español “El País” (Mora, 2012) y diversos medios.

salir a la calle y protestar, buscando así, cambiar el presente hostil y recuperar la esperanza en un futuro mejor (sin garantía alguna de lograrlo siempre).

La legitimidad de quienes gobiernan tiene que ver con el grado de consenso existente en torno a las formas y las reglas que determinan a una sociedad: cómo elegimos a nuestros representantes, cómo decidimos que camino tomar, qué nos identifica en la diversidad, cómo afrontamos las crisis y con qué herramientas resolvemos los problemas. La legitimidad de los gobernantes descansa en las leyes que nos rigen, pero también depende de nuestra capacidad y confianza para depositar en la representación democrática y en las instituciones nuestras aspiraciones y oposiciones, nuestros acuerdos y desacuerdos. El Estado, el tipo de régimen que queremos tener y el gobierno que debemos elegir para conducir el barco son entonces herramientas de la propia sociedad, fruto de un complejo proceso de legitimación compuesto por las razones y las decisiones que tejemos entre todos.

Ni el Estado ni las instituciones son tótems estáticos, infalibles o intocables: en un sistema democrático, son construcciones y relaciones sociales que los seres humanos posibilitamos con nuestros acuerdos y convenciones y que después traducimos en constituciones, leyes e instituciones. Luego, el grado de confianza y legitimidad que conferimos a un sistema político hace posible que esas leyes e instituciones sean respetadas por la mayoría; cuando los resultados de una forma de gobierno y la eficacia democrática de un régimen son puestos en duda de manera constante y reiterada por cada vez más gente, al grado de que el mismísimo ejercicio del voto se lleva a cabo en un ambiente de desconfianza generalizada, cuando no queda claro que todos ejerzamos nuestros derechos democráticos en condiciones de equidad, es tiempo de poner manos a la obra para reformar todo lo que haya que reformar y reconstruir así la legitimidad menguada. Desde el Estado mismo hasta el pacto social fundacional y el último reglamento.

El mundo atraviesa por una crisis política –además de la económica- determinada por el cuestionamiento a la legitimidad del sistema político, a la eficacia democrática de instituciones y gobernantes. Esa crisis puede y debe resolverse debatiendo, razonando,

protestando cuando sea necesario y al final produciendo nuevos cambios y equilibrios. Es por ello lamentable la uniforme, exaltada y un tanto nerviosa condena que el *establishment* conservador global y sus poderosos medios han emprendido contra los que protestan pacíficamente para cuestionar los resultados oficiales de las elecciones, los que cuestionan la fiabilidad de las instituciones, los que denuncian por la vías legales los mil atropellos que la gente ve y documenta. “Discrepar es lo mejor para servir” decía Javier Barros Sierra a propósito del 68 mexicano. La inmensa mayoría de quiénes hoy lo hacen es porque quiere tener mejores instituciones, mejores leyes, una comunidad justa, un Estado cabalmente democrático y moderno que recupere su función social. Los que se oponen a que lo hagamos son los que siempre se han opuesto al ejercicio de la crítica, al debate y la diversidad de las ideas porque, en el fondo, ni la igualdad ni los acuerdos que produce la democracia les gustan tanto. En contraste y desde la experiencia social urbana, los resultados obtenidos confirman la eficacia de la discrepancia democrática como factor equilibrante y constructor de una sociedad mejor.

4.6 ¿Cómo es la ciudad del futuro?

“Toda comunidad es una comunidad imaginada. La comunidad global (...) no constituye una excepción a la regla. Pero la imaginación se convierte en una fuerza tangible, potente e integradora cuando la sostienen las instituciones de autoidentificación y autogobierno producidas y mantenidas socialmente (...). En ninguna otra época la búsqueda activa de la humanidad común, junto con la práctica que ello implica, ha sido tan imperiosa y tan urgente como lo es ahora. En la hora de la globalización, la causa y la política de la humanidad común se encuentran ante la posibilidad de dar un paso que habrá sido el más importante de su dilatada historia”
(Bauman, 2011:149)

Imaginar otro mundo y luchar por él hasta conquistarlo. Factores transformadores de la realidad que una y otra vez han surgido desde alguna urbe y sus habitantes. Para entender y aprovechar a conciencia esta posibilidad es importante concebir a la ciudad

vivida por la gente como un libro abierto, en proceso de elaboración, y no como una obra concluida. Así lo imaginaba Henri Lefebvre (1978:85) al preguntarse: “¿quién recorre esta escritura?” y luego responderse afirmando que la “*vida urbana intenta volver los mensajes, órdenes, presiones venidas de lo alto contra sí mismas. Intenta apropiarse el tiempo y el espacio imponiendo su juego a las dominaciones (...). Interviene también en el nivel de la ciudad y de la manera de vivir. Lo urbano es así, (...) obra de ciudadanos, en vez de imposición como sistema*”.

Una vez más, nos hallamos frente a la eterna encrucijada. Una bifurcación tras la que se encuentran tanto el precipicio como otros futuros probables. Sin embargo, si atendemos a la historia, a los aciertos, los errores y las enseñanzas del actuante artificio humano que aquí hemos descrito, la disyuntiva puede ser menos temible aunque siempre sea compleja. El tiempo apremia. Rolando Cordera (2007:3) explica el reto que para la ciudad está en la mesa:

“A la ciudad se le veía como la posibilidad de una gran culminación del cambio histórico, como la concreción de una utopía milenaria. Ahora, tenemos que rendirnos a la evidencia de sus insuficiencias y excesos; y, sin embargo, es en la ciudad, megalópolis y cosmopolita, red de redes y punto de concentración e intercambio de saberes y talentos, destrezas y ambiciones, donde los nuevos mundos de la globalización pueden descubrir un contexto físico y humano articulador y productor de sentido histórico renovado”.

Imaginemos entonces con libertad cómo podrían ser nuestras ciudades en un futuro no muy lejano, digamos dentro de diez años, a partir de lo que sabemos sobre el funcionamiento del planeta. Dibujemos escenarios posibles, sin fantasear; con realismo y creatividad bien fundados. La materia prima de nuestra proyección deben ser las líneas actuales de la economía y la política, de lo social, lo ambiental y lo cultural. Solo tengamos bien claro que así como siempre estaremos expuestos a los avatares de la naturaleza, los mercados financieros y las coyunturas políticas, al futuro, por negro que se le vea de lejos, lo definimos los seres humanos con nuestra inteligencia, decisiones, acciones, inacciones,

acuerdos y desacuerdos. Es decir, siempre podremos modificar el rumbo. En tanto, propongo dos primeras opciones...

Opción 1:

En la mejor ciudad posible del futuro cercano los ciudadanos hemos aprendido a convivir y respetarnos, a ser siempre solidarios y a caminar en un sentido que hemos convenido democráticamente. Participamos y decidimos colectivamente. Reconocemos a los otros y las otras siempre: aunque seamos diferentes y pensemos diferente, hemos aprendido que todos vamos en el mismo barco. Cuando no estamos de acuerdo discutimos, argumentamos, reflexionamos, si es necesario protestamos y pacíficamente nos ponemos de acuerdo. Hemos fundado una nueva cultura cívica basada en la democracia, la libertad y una ética de la responsabilidad compartida.

En esa ciudad la educación pública es gratuita, laica, de calidad y nadie que quiera estudiar se queda fuera, desde preescolar hasta el posgrado. Acabamos con el analfabetismo. En las escuelas la gente aprende a leer con gusto, a ser crítica, a conocer su ciudad, su país y el planeta en el que vive: a hacerse de las herramientas que da el conocimiento para engendrar un mejor presente y posibilitar la esperanza en mejores tiempos. Ni un niño está fuera de la primaria; todos los adolescentes van a la secundaria y luego a la preparatoria. Todos. Tenemos maestros bien pagados y bien preparados, buenas bibliotecas y acceso universal a Internet, incluso en el espacio público. Ahora tenemos el doble de ingenieros, médicos, científicos, sociólogos, historiadores, filósofos, psicólogos y músicos.

Todos pagamos impuestos de manera justa, de acuerdo al ingreso de cada quien y, sobre todo, los ricos –que antes no pagaban o pagaban poco-, tienen que distribuir por la vía fiscal una parte de las ganancias que obtienen gracias al trabajo de la gente. El gobierno recauda esos impuestos y los destina a obras y servicios públicos, a financiar la educación, la investigación científica, la salud y el transporte público. Hemos erradicado la corrupción. Los funcionarios y los empresarios que roban dinero, reciben sobornos o extorsionan son

castigados por la justicia. Se rinden cuentas y la transparencia del ejercicio gubernamental permite que siempre lo exijamos.

Todos nuestros espacios públicos están limpios e iluminados. En ellos caminamos a todas horas y sin miedo. La cultura y las artes florecen pluralmente y en libertad, están al alcance de toda la gente y son también un espacio en el que nos encontramos. La ciudad se ha vuelto más verde, tiene más árboles y jardines regados con sistemas inteligentes. Hemos aprendido a ahorrar energía. El transporte público, bueno, barato, suficiente y no contaminante ha hecho posible que nos deshagamos de una buena parte de los automóviles. Ya no es necesario tener uno y preferimos andar en bicicleta para ir de un lugar a otro. Ahora reciclamos toda la basura y con ella producimos electricidad, materias primas y artefactos útiles. Con el campo y los bosques que nos rodean tenemos una relación también equitativa y de respeto. Cuidamos celosamente el agua.

Hemos organizado una nueva economía local haciendo uso de las soluciones creativas, solidarias e incluyentes que hemos creado desde nuestra experiencia urbana. Así, participamos en la economía global aportando al mundo lo que aquí sabemos hacer bien: producimos para nosotros y para ofrecer lo que otras ciudades o países necesitan. Hemos reflexionado y trabajado ampliamente y por ello logramos encontrar nuestras mejores vocaciones productivas y encontrar otras nuevas. Todos los actores económicos y sociales se han integrado en la búsqueda de mecanismos para generar empleo, oportunidades y crecimiento sostenido. Hemos aprovechado el conocimiento que generan nuestras universidades y el que se genera en el mundo entero. Hemos creado una nueva infraestructura urbana basada en el uso social de las tecnologías de la información y la comunicación. Ya no hay cables en el aire, todo lo conducimos por galerías subterráneas. Los árboles crecen y reverdecen. Repoblamos nuestros centros históricos y los conservamos reinventándolos con espíritu de futuro. La ciudad es policéntrica, en todos sus puntos cardinales hemos creado lugares urbanos habitables y disfrutables. Todos accedemos a la innovación tecnológica y aprendemos a usarla sustentablemente.

En la ciudad ideal futura se elige con libertad y certidumbre electoral entre las distintas opciones políticas. Los resultados de las elecciones son creíbles para todos. Hay más derechos y más libertades conforme nos desarrollamos. A nadie se discrimina, a todos se recibe con los brazos abiertos. Nadie se queda sin comer, nadie muere de frío, soledad o enfermedades curables. Todos tienen derecho a la salud, a la información, a la vivienda, a la fiesta, a la libre manifestación de las ideas, a la discrepancia, a amar a quien se quiera amar y a vivir dignamente en libertad.

Opción 2:

Para imaginar la otra ciudad no hay que hacer mucho esfuerzo. Dependiendo del lugar dónde se viva, basta con echar un vistazo alrededor y escoger lo peor. No hagamos ni cambiemos nada, solo pongámoslo ahí y sin actuar veámoslo evolucionar. La ciudad que obtendremos estará contaminada y no tendrá árboles, jardines ni espacios públicos. Será irrespirable y sus alrededores un desierto: el basurero de nuestros desperdicios. Sus arterias escleróticas serán intransitables y en ellas solo habrá millones de automóviles y microbuses atiborrados. Ahí, en medio de un pantano motorizado, pasaremos la mayoría de nuestro tiempo. En tanto, los ricos vivirán en una ciudad privada apartada de nosotros, más o menos bonita o quién sabe: será imposible entrar a ella. Los demás tendrán que salir a ganarse la vida a cualquier costo.

Recordaremos el día en que alguien nos vendió la idea de que era mejor privatizarlo todo porque ahora la salud, la vivienda digna, el espacio público y la educación solo existen para los pocos que lo pueden pagar. En esa ciudad el empleo formal casi se ha extinguido. La economía informal es la economía popular. No hay otra. Nos hemos convencido de que nada puede cambiar porque todos, todos los políticos son corruptos: la política misma es corrupción y mentiras. ¿Derechos? ¿Libertades? No hay tiempo para pensar en eso. La ciudad se ha vuelto violenta y, además de la corrupción, la única imagen que tenemos del gobierno es la de las fuerzas del orden patrullando las calles. Por supuesto que da miedo. Pero no hay otro lugar a dónde ir.

¿Qué nos queda?...

De acuerdo, no es tan fácil que la ciudad del futuro sea tan idílica o tan lúgubre y descarnada como las ciudades imaginarias que aquí se han trazado. Pero hagamos un balance y determinemos a qué ciudad se podría parecer más la nuestra recordando con Lefebvre (1978: 31) que *“la vida urbana supone encuentros, confrontaciones de diferencias, conocimiento y reconocimiento recíprocos (...), maneras de vivir (...) que coexisten en la ciudad”*. Luego pensemos en cuál quisiéramos vivir en el futuro y actuemos en consecuencia. La verdadera ciudad del futuro puede estar en nuestras manos. Ante la destrucción de certidumbres que produce la sociedad mercantilizada sin equilibrios, las regiones urbanas pueden producir nuevas certezas y equilibrios desde abajo y entre sí. Al poder vertical del dinero que se ha apropiado de nuestras urbes para ver en ellas solo su valor de cambio, bien podemos rebatirle usando democráticamente la ciudad para encontrarnos y delinear nuevas estrategias desde la integración social, las libertades y los derechos; desde la colectivización de la innovación tecnológica, la armonía ambiental, el conocimiento, la cultura y la educación, las comunicaciones abiertas y la multiculturalidad; desde la participación de todos los agentes sociales en un plano de igualdad para la planeación y la consecución de un futuro compartido.

A la realidad excluyente, desigual y violenta que parece condenarnos ese destino que el 99% de los seres humanos no escogimos, bien puede salirle al paso la ciudad solidaria que desde sus espacios públicos pelea contra el fin del mundo. La ciudad que se propone ser un mejor lugar para vivir y trabajar. La ciudad que imagina pluralmente la mejor modernidad posible. En ella, podemos aprender de los otros y con los otros usar el espacio social para resolver nuestros problemas. Luego, tal vez podamos volver a cambiarlo todo. El porvenir del planeta que habitamos está en juego.

Bibliografía

- Acevedo, Ariadna y López Caballero, Paula.** *Ciudadanos inesperados. Espacios de formación de la ciudadanía ayer y hoy*, México, El Colegio de México/ Centro de Investigación y de Estudios Avanzados, 2012.
- Aristóteles.** *Política*, Madrid, Alianza Editorial, 1995.
- Arizpe, Lourdes.** *Culturas en movimiento. Interactividad cultural y procesos globales*, México, Miguel Ángel Porrúa- Cámara de Diputados, 2006.
- Ascher, François.** *Los nuevos principios del urbanismo*, Barcelona, Alianza Editorial, 2003.
- Bartra, Roger.** *Fango sobre la democracia. Textos polémicos sobre la transición mexicana*, México, Ed. Planeta, 2007.
- Bartra, Roger.** *La democracia ausente*, México, Grijalbo, 1986.
- Bartra, Roger.** *La sombra del futuro. Reflexiones sobre la transición mexicana*, México, Centzontle- Fondo de Cultura Económica (FCE), 2012.
- Bauman, Zygmunt.** *Daños colaterales. Desigualdades sociales en la era global*, México, FCE, 2011.
- Bauman, Zygmunt.** *En busca de la política*, México, FCE, 2009.
- Bauman, Zygmunt.** *La globalización. Consecuencias humanas*, México, FCE, 2001.
- Bauman, Zygmunt.** *La sociedad sitiada*, Buenos Aires, FCE, 2007.
- Bauman, Zygmunt.** *Modernidad Líquida*, FCE, México, 2003.
- Bauman, Zygmunt.** *Vida Líquida*, Madrid, Paidós, 2010.
- Beck, Ulrich.** *¿Qué es la globalización?*, Barcelona, Paidós, 1999.
- Berman, Marshall.** *Todo lo sólido se desvanece en el aire, La experiencia de la modernidad*, México, Siglo veintiuno editores, 1988.
- Bobbio, Norberto.** *Estado, gobierno y sociedad*, México, FCE, 1996.

- Bobbio, Norberto.** *Teoría General de la Política*, Madrid, Ed. Trotta, 2003.
- Bobbio, Norberto; Matteucci, Nicola y Pasquino, Gianfranco,** *Diccionario de Política*, México, Siglo veintiuno editores, 1997, 2 vols.
- Bonfil Batalla, Guillermo.** *México Profundo. Una civilización negada*, México, Grijalbo, 1989
- Borja, Jordi.** *La ciudad conquistada*, Madrid, Alianza Editorial, 2003.
- Borja, Jordi y Castells, Manuel.** *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, México, Taurus, 2000.
- Borja, Jordi y Muñoz, Francesc.** *Urbanización y ciudad en la globalización*. Barcelona, Universitat Oberta de Catalunya, 2009.
- Calvino, Italo.** *Las ciudades invisibles*, Madrid, Ediciones Siruela, 1998.
- Canetti, Elías.** *Masa y poder*, España, Muchnik Editores, 1982.
- Castells, Manuel.** *La cuestión urbana*, México, Siglo veintiuno editores, 1980.
- Castells, Manuel.** *La era de la información*, Obra en tres volúmenes, México, Siglo veintiuno editores, 2002.
- Cordera, Rolando; Ramírez Kuri, Patricia; Ziccardi, Alicia (coordinadores).** *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI*, México, Siglo veintiuno editores, 2008.
- Davis, Mike.** *Planeta de ciudades miseria*, Madrid, Foca, 2008.
- Díaz Polanco, Héctor.** *El laberinto de la identidad*, México, UNAM, 2006.
- Díaz Polanco, Héctor.** *Elogio de la diversidad. Globalización, multiculturalismo y etnofagia*, México, Siglo veintiuno editores, 2006.
- Echeverría, Bolívar** (compilador). *La mirada del ángel*. En torno a las tesis sobre la historia de Walter Benjamín, México, Ed. Era- UNAM, 2005.
- Fuentes, Carlos.** *Los 68. París, Praga, México*, México, Debate, 2005.

- García Canclini, Nestor.** *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Paidós, 2001.
- García Canclini, Nestor.** *La globalización imaginada*, México, Paidós, 1999.
- Gilly, Adolfo.** *El siglo del relámpago. Siete ensayos sobre el siglo XX*, México, Ítaca- La Jornada, 2002.
- Gilly, Adolfo.** *Historia a contrapelo. Una constelación*, México, Era, 2006.
- Gilly, Adolfo.** *La revolución interrumpida*, México, Era, 2007.
- Gómez, Pablo.** 1968. *La historia también está hecha de derrotas*, Ed. Miguel Ángel Porrúa, México, 2008.
- Glaeser, Edward.** *El triunfo de las ciudades*, México, Taurus, 2011.
- Gruzinski, Serge.** *La ciudad de México: una historia*, México, FCE, 2004.
- Huntington, Samuel P.** *El choque de civilizaciones*, Buenos Aires, Paidós, 2000.
- Kaplan, Marcos.** *Estado y Sociedad*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 1980.
- Klein, Naomi.** *La doctrina del shock*, España, Paidós, 2007.
- Judt, Tony.** *Algo va mal*, Madrid, Taurus, 2010.
- Lefebvre, Henri.** *El derecho a la ciudad*, Barcelona, Ediciones Península, 1978.
- Lerner, Jaime.** *Acupuntura Urbana*, Barcelona, Insitut d'Arquitectura Avançada de Catalunya, 2005.
- Maquiavelo, Nicolás.** *El príncipe*, México, Gernika, 2004.
- Martínez Della Rocca, Salvador.** *Centenario de la UNAM, Estado y Universidad Nacional. Cien años de conciliaciones y rupturas*, México, Ed. Miguel Ángel Porrúa- Universidad de Guadalajara, 2010.
- Martínez Della Rocca, Salvador y Ordorika, Imanol.** *UNAM: espejo del mejor México posible. La universidad en el contexto educativo nacional*, México, Era, 1993.

- Marx, Karl.** *El Capital. Crítica de la economía política*, México, Tomo I, Fondo de Cultura Económica, México, 1974.
- Marx, Karl y Engels, Federico,** *El manifiesto comunista*, México, Biblioteca Marx y Engels, 1972.
- Morales Aragón, Eliezer, et. al.** *El slum III. Repensar la ciudad. De lo dendrítico al slum*, México, Facultad de Economía y Facultad de Arquitectura- UNAM, 2012.
- Monsiváis, Carlos.** *Apocalipstick*, México, Debate, 2009.
- Monsiváis, Carlos.** *Días de guardar*, México, Era, 1991.
- Monsiváis, Carlos.** *Entrada libre. Crónicas de la sociedad que se organiza*, México, Era, 1987.
- Monsiváis, Carlos.** *Los rituales del caos*, México, Era, 1995.
- Paz, Octavio.** *Corriente alterna*, México, Siglo veintiuno editores, 1990.
- Paz, Octavio.** *El laberinto de la soledad*, México, FCE, 1981.
- Paz, Octavio.** *El ogro filantrópico*, México, FCE, 1979.
- Poniatowska, Elena.** *Todo empezó el domingo*, México, Ed. Mapas, 2012.
- Rulfo, Juan.** *Pedro Páramo*, México, FCE, 1955.
- Sánchez Vázquez, Adolfo.** *Ética y política*, México, FCE- UNAM, 2007.
- Sartori, Giovanni.** *Elementos de Teoría Política*, Madrid, Alianza Editorial, 1999.
- Sartori, Giovanni.** *La Ciencia Política. Lógica y Método en las Ciencias Sociales*, México, FCE, 2000.
- Sartori, Giovanni y Mazzoleni, Gianni.** *La Tierra explota: superpoblación y desarrollo*, Madrid, Taurus, 2003.
- Sassen, Saskia.** *Contra geografías de la globalización. Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos*, Madrid, Ed. Traficantes de sueños, 2003.
- Sassen, Saskia.** *La ciudad global*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1999.

- Savater, Fernando.** *Diccionario del ciudadano sin miedo a saber*, Barcelona, Ariel, 2007.
- Savater, Fernando.** *Política para Amador*, Barcelona, Ariel, 1992.
- Soros, George.** *La crisis del capitalismo global. La sociedad abierta en peligro*, México, Plaza y Janés, 1999.
- Talavera, Fernando; Morales, Eliezer; Muñoz, Francisco.** *El slum mexicano II. Investigación socioeconómica para definir un perfil de la pobreza en México*, México, Facultad de Economía- UNAM, 2010.
- Tocqueville, Alexis de.** *La democracia en América*, México, FCE, 1984.
- Tovar de Teresa, Guillermo.** *El Pegaso. O el mundo barroco novohispano en el siglo XVII*, Sevilla, Ed. Renacimiento, 2006.
- Villoro, Luis.** *De la libertad a la comunidad*, México, ITESM- Ariel, 2001.
- Villoro, Luis.** *El pensamiento moderno. Filosofía del Renacimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Villoro, Luis.** *El poder y el valor. Fundamentos de una ética política*, México, FCE, 1997.
- Weber, Max.** *El político y el científico*, Madrid, Alianza Editorial, 1997.
- Zermeño, Sergio.** *La desmodernidad mexicana y las alternativas a la violencia y a la exclusión en nuestros días*, México, Océano, 2005.
- Zermeño, Sergio.** *La sociedad derrotada. El desorden mexicano del fin de siglo*, México, UNAM- Siglo veintiuno editores, 1996.
- Zermeño, Sergio.** *Reconstruir a México en el siglo XXI. Estrategias para mejorar la calidad de vida y enfrentar la destrucción del medio ambiente*, México, Océano, 2010.
- Ziccardi, Alicia (coord.).** *Ciudades del 2010: entre la sociedad del conocimiento y la desigualdad social*, México, UNAM, 2012.

Otras fuentes:

-Artículos y ensayos

Carrión M., Fernando. *El desafío político de gobernar la ciudad*, ensayo publicado en *Nueva Sociedad*, Buenos Aires, num. 212, noviembre- diciembre de 2007.

Castells, Manuel. *La wikirrevolución del jazmín*, artículo publicado en *La Vanguardia*, España, 29 de enero de 2011,
<http://www.lavanguardia.com/opinion/articulos/20110129/54107291983/la-wikirrevolucion-del-jazmin.html>, consultado en marzo de 2012.

Cebrián, José Luis. *La tercera Gran Depresión*, artículo publicado en *El País*, España, 9 de enero de 2011,
http://elpais.com/diario/2011/01/09/domingo/1294548755_850215.html, consultado en enero de 2012.

Cordera Campos, Rolando. *El desarrollo ayer y hoy: el reto de reconstruir el futuro*, México, 2007, artículo <http://www.rolandocordera.org.mx/textos>, consultado en abril de 2013.

Davis, Mike. *Planeta de ciudades miseria. Involución urbana y proletariado informal*, ensayo publicado en la revista *New Left Review* (versión en español), num. 26, Londres, 2004.

Fuentes, Carlos. *Viva el socialismo pero... (segunda parte)*, artículo publicado en *Reforma*, México, 15 de mayo de 2012.

Gilly, Adolfo. *Lo que el ángel miraba: Bolívar Echeverría. Violencia y utopía*, ensayo publicado en *Revista de la Universidad de México*, núm. 84, México, febrero de 2011.

González Casanova, Pablo. *Paradigmas y Ciencias Sociales: una aproximación*, publicado en *Dialéctica*, num. 15, Universidad Autónoma de Puebla, México, primavera de 1992.

Márquez Ayala, David. *Un federalismo fiscal disfuncional. Daños al DF*, artículo publicado en la revista *Vector económico*, México, 5 de octubre de 2009,
<http://www.vectoreconomico.com.mx>, consultado en agosto de 2012.

Monge Yolanda. *La caída de un imperio*, artículo publicado en *El País*, España, 6 de febrero de 2011, http://elpais.com/diario/2011/02/06/eps/1296977217_850215.html, consultado en diciembre de 2011.

Monsiváis, Carlos. *Propuestas (desatendibles) sobre un Bicentenario y un Centenario*, texto publicado en la revista *Proceso*, num. 1613, México, 30 de septiembre de 2007.

Poniatowska, Elena. *Los jóvenes de hoy son los del 68*, artículo publicado en *La Jornada*, México, 19 de mayo de 2012, <http://www.jornada.unam.mx/2012/05/19/cultura/a06a1cul>, consultado en mayo de 2012.

Sassen, Saskia. *La ciudad global: emplazamiento estratégico, nueva frontera*, ensayo incluido en **Laguillo, Manuel.** *Barcelona, 1978-1997*, Barcelona, Ed. Museu d'Art Contemporani de Barcelona, 2007.

Tovar de Teresa, Guillermo. *México entre el fundamentalismo y la globalización*, ensayo publicado en *Vuelta*, México, num. 198, mayo de 1993.

Vargas Llosa, Mario. *Las batallas de Jean-Francois Revel*, ensayo publicado en *Letras Libres*, México, num. 107, noviembre de 2007.

Villoro, Juan. *El olvido. Un itinerario urbano en México D.F.*, ensayo publicado en *Nueva Sociedad*, Buenos Aires, num. 212, noviembre- diciembre de 2007.

Villoro, Juan. *Elogio de la mujer barbuda*, publicado en *Luna Córnea*, México, num. 8, 1995.

Puig, Carlos. *Juárez: ¿y si no es el narco?*, artículo publicado en *Milenio*, México, 13 de febrero de 2010, <http://www.milenio.com/cdb/doc/impreso/8718894>, consultado en marzo de 2012.

Tencer, Daniel. *Number Of Cars Worldwide Surpasses 1 Billion; Can The World Handle This Many Wheels?*, artículo publicado en *Huffington Post*, GB, 23 de agosto de 2011, http://www.huffingtonpost.ca/2011/08/23/car-population_n_934291.html, consultado en diciembre de 2011.

-Notas periodísticas

González Amador, Roberto. *Existen en México 54.8 millones de pobres, 51% de la población*, nota publicada en *La Jornada*, México, 20 de agosto de 2009,

<http://www.jornada.unam.mx/2009/08/20/index.php?section=economia&article=024n1eco>, consultado en mayo de 2011.

Rosas, Tania. *Aumenta gasto en seguridad. No se ven resultados*, nota publicada en *El Economista*, México, 22 de agosto de 2012,

<http://eleconomista.com.mx/sociedad/2012/08/22/aumenta-gasto-seguridad-no-se-ven-resultados>, consultado en septiembre de 2012.

Mora, Miguel. *Hollande se vuelca en la “moralización” de la vida política*, nota publicada en *El País*, España, 14 de julio de 2012.

http://internacional.elpais.com/internacional/2012/07/14/actualidad/1342273529_378100.html, consultado en agosto de 2012.

-Estudios, reportes y fuentes estadísticas internacionales

Banco Mundial. *Datos sobre pobreza en México*,

<http://datos.bancomundial.org/pais/mexico>, consultado en mayo de 2011.

Banco Mundial. *Datos sobre inversión pública comparada en educación*,

<http://datos.bancomundial.org/indicador/SE.XPD.TOTL.GD.ZS>, consultado en septiembre de 2012.

Instituto de Políticas para el Transporte y el Desarrollo (ITDP). *La Ciudad de México gana premio internacional de transporte sustentable por su liderazgo en buenas prácticas de movilidad*, Boletín de prensa, 15 de enero de 2013,

<http://mexico.itdp.org/wp-content/uploads/Bolet%C3%ADn-México-gana-STA2013.pdf>, consultado en enero de 2013.

International Energy Agency (IEA), *Annual Statistical Supplement*, 2011

<http://omrpublic.iea.org/>. Consumo mundial de carbón en:

<http://www.indexmundi.com/energy.aspx?product=coal&graph=consumption>, consultado en enero de 2012.

Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). *Public sector, taxation and market regulation*, <http://stats.oecd.org/index.aspx>, consultado en diciembre de 2011.

OCDE. *México. Reformas para el cambio*, 2012,

<http://www.oecd.org/mexico/49363879.pdf>, consultado en septiembre de 2012.

OCDE. *Panorama de la Educación en México*, 2010,

<http://www.oecd.org/centrodemexico/medios/panoramadelaeducacion2010.htm>, consultado en septiembre de 2012.

Organización de la Naciones Unidas (ONU); Departamento de Asuntos Económicos y Sociales. *Prospectivas de urbanización mundial y Datos sobre población rural y urbana*, Revisión 2011. <http://esa.un.org/unpd/wup/> y

<http://esa.un.org/unpd/wup/CD-ROM/Urban-Rural-Population.htm>, consultado en julio de 2012.

ONU, Programa Habitat. *The challenge of slums: global report on human settlements*, 2003.

ONU, Programa Habitat. *State of the World's Cities 2006/2007*, 2008.

Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). *El Índice de Desarrollo Humano en México: cambios metodológicos e información para las entidades federativas*, México, 2012.

PNUD. *Informe sobre Desarrollo Humano México 2011*, México, 2011.

-Estudios, informes y fuentes estadísticas mexicanos

Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES). *Estadísticas de la Educación Superior*,

http://www.anui.es.mx/servicios/e_educacion/index2.php, México, consultado en diciembre de 2011.

Centro de Investigación para el Desarrollo A.C. (CIDAC). *Evaluación de gestión de gobierno de Marcelo Ebrard*. México, 2012.

CIDAC. *Índice de Incidencia Delictiva y Violencia 2009*, México, 2009.

Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE); Conferencia Mexicana de Acceso a la Información Pública (COMAIP). *Métrica de la transparencia 2010*, México, 2010, <http://www.metricadetransparencia.cide.edu/metrica.html>, consultado en octubre 2012.

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CNCA). *Encuesta Nacional de Hábitos, Prácticas y Consumo Culturales*, México, 2010.

http://www.conaculta.gob.mx/encuesta_nacional.php, consultado en mayo de 2011.

Gobierno del Distrito Federal (GDF). *Sexto Informe de Gobierno* (anexo estadístico), México, 2012, <http://www.informe.df.gob.mx/index.jsp>, consultado en octubre de 2012.

GDF. *Programa General de Desarrollo del Distrito Federal 2007- 2012*, México, 2007, http://www.pgjdf.gob.mx/temas/6-1-1/fuentes/fapjus/ProgGralDes2007_2012.pdf, consultado en mayo de 2012.

GDF. *Programa General de Desarrollo Urbano del Distrito Federal*, México, 2003, <http://www.invi.df.gob.mx/portal/transparencia/pdf/PGDUDF.pdf>, consultado en mayo de 2012.

Instituto Nacional de Evaluación Educativa (INEE). *Panorama Educativo de México*, México, 2008.

Instituto Nacional de Geografía y Estadística (INEGI). *Censo Nacional de Población y Vivienda*, México, 2010.

INEGI. *Producto Interno Bruto nominal del tercer trimestre de 2011*, <http://www.inegi.org.mx/inegi/contenidos/espanol/prensa/comunicados/pibcorr.asp>, México, consultado en mayo de 2012.

Secretaría del Medio Ambiente del Gobierno del Distrito Federal (SMA- GDF). *Calidad del aire en la Ciudad de México. Informe 2010*. México, 2010, <http://www.calidadaire.df.gob.mx/calidadaire/informes/informe2010/>, consultado en octubre de 2012.

Secretaría de Economía (SE), Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos. *Descripción económica de las Estados de la República*, nota sobre el DF, en <http://www.economia.gob.mx/delegaciones-de-la-se/estatales/distrito-federal>, consultado en enero de 2013.

Transparencia Mexicana. *Índice Nacional de Corrupción y Buen Gobierno*, Resultados nacionales por entidad federativa, México, 2010, http://www.funcionpublica.gob.mx/web/doctos/transparencia/focalizada/indices/2_incbg_2010_ranking_por_entidad_federativa.pdf, consultado en octubre de 2012

-Discursos, conferencias y declaraciones

Barroso, José Durao. Conferencia dictada en la reunión mundial de la Organización de Ciudades del Patrimonio Mundial, Portugal, noviembre de 2011.

Cárdenas Solórzano, Cuauhtémoc. *Discurso de toma de posesión como Jefe de Gobierno del Distrito Federal*, 5 de diciembre de 1997, México, Diario de los debates de la Asamblea Legislativa del Distrito Federal (ALDF), 1997.

Ebrard Casaubón, Marcelo. *Discurso ante la ALDF con motivo del Sexto Informe de Gobierno*, 17 de septiembre de 2012, México, Diario de los debates de la ALDF, 2012

Katz, Friedrich. Conferencia dictada en la Ciudad de México en noviembre de 2008. Ver <http://www.icyt.df.gob.mx/documents/gacetas/GacetaICyTDF8.pdf>, consultado en febrero de 2012.

López Obrador, Andrés Manuel. *Discurso de toma de posesión como Jefe Gobierno del Distrito Federal*, 5 de diciembre de 2000, México, Diario de los debates de la ALDF, 2000.

Mancera, Miguel Ángel. *Discurso de inicio de campaña*, 29 de abril de 2012, México, <http://manceradf.mx/category/discursos>, consultado en agosto de 2012.

Narro Robles, José. *Declaraciones hechas a la prensa en agosto de 2010*, México, ver <http://www.jornada.unam.mx/2010/08/13/politica/011n3pol>, consultado en septiembre de 2012.

Novaes, Washington. Conferencia dictada en la reunión mundial de la Organización de Ciudades del Patrimonio Mundial, Portugal, noviembre de 2011.

Ordorika, Imanol. Conversación personal con el autor, México, octubre de 2011.

Varela, Sergio. Conversación personal con el autor, noviembre de 2011.

-Materiales audiovisuales

Aristegui, Carmen. *El poder de las redes sociales. Entrevista con Manuel Castells*, CNN en español, México, transmitido abril de 2011, <http://mexico.cnn.com/videos/2011/04/19/>. consultado en noviembre de 2011.

Temple, Julien. *Requiem for Detroit*, documental, Estados Unidos, 2010.

#YoSoy132. Videos elaborados por el movimiento, difundidos a través de la redes sociales, México, 2012,

<http://www.youtube.com/watch?v=DcrIeiFIGew>

<http://www.youtube.com/watch?v=EUD95H5QpQY>

<http://www.youtube.com/watch?v=igxPudJF6nU>, consultados en mayo de 2012.